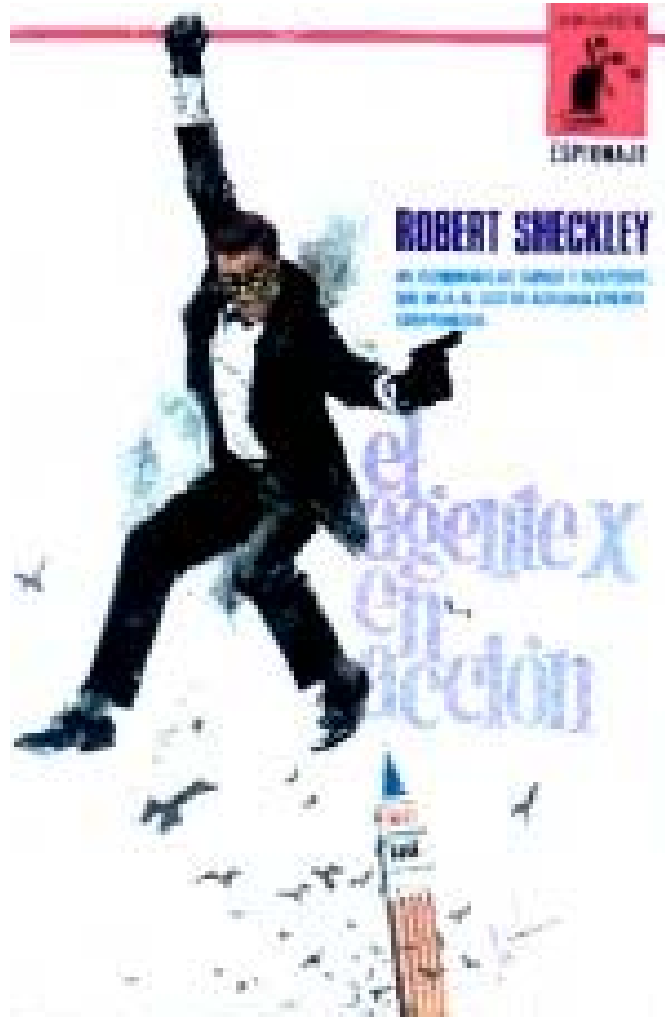


# EL AGENTE X EN ACCIÓN



**Robert Sheckley**



# El agente X en acción

*Robert Sheckley*

Título original: *The game of X*

Traducción de: Ramón Margalef Llambrich

Cubierta de Noiquet

© 1965, Robert Sheckley

© 1967, Editorial Molino. Colección Oro espionaje.

Depósito Legal, B. 37.932-1966

Número de Registro, 5.119-66

Edición digital de Carlos Palazón. Revisión de Umbriel. Febrero de 2003.

## **Contraportada**

Esta es una novela de espías y aventuras que va de París a Venecia por caminos de intriga que 007 nunca soñó, que trata de un asesino semi-profesional, de obedientes terroristas y de una Mata Hari bailarina del Hunter College. Éste es espionaje divertido en EL JUEGO de X.

## Guía del lector

*En un orden alfabético convencional se relacionan a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra*

- BAKER (Coronel): Jefe de una sección del servicio secreto.
- BEPPO: Agente de Forster. GARLO: Lo mismo que el anterior.
- FORSTER: Jefe del servicio secreto soviético.
- GEORGE: Amigo del anterior.
- GUESCI (Marcantonio): Italiano. Trabaja a las órdenes del coronel Baker.
- JANSEN (Doctor): Otro de los hombres de Forster.
- KARINOVSKY: Agente secreto.
- NYE (William P.): Nombre del agente secreto protagonista.

## Capítulo 1

HABÍA SIDO aquél un día largo y duro. Mis visitas se habían extendido de un lado a otro de París. Estuve en las proximidades de la Ópera, crucé el río en dirección a Vanries, regresé más tarde al Faubourg St. Honoré, volví a mi punto de partida... Resultados positivos: ninguno.

Eran cerca de las siete cuando, muy cansado, salí del metro, en la parada de Cluny. Corrían los días del mes de abril. En el boulevard St. Michel se alineaba una interminable fila de camiones «Diesel». Caía una lluvia fría y desesperante. Me sentía fatigado, con los pies doloridos, desilusionado. Me dolía la boca de hablar francés con sombríos recepcionistas. Ansiaba volver a mi habitación para hervirme un huevo. Pero le había prometido a George que nos veríamos sin otro propósito que el de tomar algo juntos en cualquier bar.

Me estaba esperando en un feo y pequeño café que se halla situado en las inmediaciones de la «École». Charlamos un rato sobre el cariz del tiempo. Por fin, me preguntó si había conseguido encontrar empleo ya. Le contesté que no. El hombre se quedó profundamente pensativo.

Conozco a George desde los días de la escuela superior, pero tenemos pocas cosas en común. George es achaparrado. Se mueve siempre con una idea determinada: es esencialmente práctico. Yo soy alto, de carácter indeciso e inclinado a formular especulaciones. Él había llegado a Europa para ocupar un puesto técnico de tipo menor en una oscura agencia gubernamental. Yo no había aguardado ninguna invitación específica. Estaba preparado para desarrollar cualquier trabajo, pero nadie me ofreció ninguno. Pronto me di cuenta de que no tenía porvenir —ni siquiera presente—, la venta de la edición parisiense del *Herald Tribune*. Trabajé como chófer (ilegalmente, haciendo de esquirol), conduciendo un brillante «Buick» desde El Havre a París. En otra ocasión me coloqué de bajo en una orquesta francesa de jazz que actuaba en Montmartre. A fin de seguir con aquella buena gente, sin embargo, necesitaba un permiso, el cual procedí a solicitar de los «Services de Main d'Oeuvre du Ministère du Travail». Me lo negaron: mi empleo robaría a un meritorio bajo del país la oportunidad de ejercer su honesta profesión.

Estaba desanimado. Pero no sentía ninguna amargura. Me gustaba Europa y deseaba quedarme en ella. Aspiraba a vivir en un apartamento romano, con suelos de frío mármol, calefacción inadecuada, sin frigorífico, con su «loggia», un patio, ventanas de dos hojas y un balcón desde el que se disfrutase de una panorámica de los jardines Borghese. Apurando mucho la cosa me hallaba dispuesto a perdonar lo de la «loggia».

Pero, ¡ay!, este modesto objetivo parecía ir a quedar para siempre fuera de mi alcance. Mis reservas económicas habían ido descendiendo alarmantemente. Corrían ya el peligro de desvanecerse. Yo me esfumaría con el último dinero.

—Puede que tenga un trabajo para ti —manifestó George tras dilatada reflexión.

—¿De veras? —inquirí.

George miró a su alrededor. De no haber sido por los trescientos estudiantes que había por allí nos hubiéramos encontrado completamente a solas. Bajando la voz me preguntó:

—¿Te gustaría ayudar a atrapar a un espía, Bill?

—Naturalmente que me gustaría. Me complacería muchísimo. —Hablo muy en serio.

—Ya lo he advertido. Tampoco yo bromeo. ¿Se me deparará la oportunidad de vestir una trinchera holgada y de llevar encima una pistola, con funda de esas que se colocan bajo la axila?

—Nada de pistolas —señaló lacónicamente George.

—¿Trabajaré por lo menos en colaboración con una atractiva y misteriosa dama?

—Ni eso siquiera.

—Lo que me ofreces no parece ser muy interesante, tal como tú me lo presentas —le dije a mi amigo—. Quizás sea preferible que actúe para el «MI-5» o la «Sûreté».

—Escúchame —contestó George, irritado—. No se trata de una broma.

Inicié una sonrisa que no se consumió. A lo largo de los quince años que conozco a George le he visto gastar pocas bromas y ninguna como aquella...

—La verdad es que desde un principio he pensado que no hablabas por hablar —confesé.

—No te has equivocado, Bill.

Le miré con fijeza. Siempre me había preguntado, hasta entonces, cómo se convierte una persona normal en agente secreto. Lo supe: uno se ve metido en el asunto por un amigo que ya está dentro de él.

—Bueno, ¿qué? —inquirió George al cabo de un rato.

—¿Qué de qué?

—¿Te interesa?

—Ya te he dicho que sí. ¿Cuándo tengo que empezar?

—Antes de tomar una decisión quiero que te lo pienses —señaló George, muy serio.

Me puse a meditar, sólo por complacerle. Consideré mis cualidades personales con vistas a la vida aventurera del agente secreto. Sabía disparar un rifle «M-1» con precisión razonable y conducir un coche deportivo a velocidades modestas. Yo había ayudado a patronear una embarcación a vela, concretamente una «Hereshoff-S», en travesía efectuada desde Manhasset a Port Jefferson y en otra ocasión tuve en las manos los mandos de una avioneta «Piper Cub». Sabía hablar a medias francés, español e italiano y había recibido tres horas de instrucción de judo. Por añadidura, había leído, desde luego, mucho sobre tan especial actividad en las páginas de determinadas revistas pasadas ya a mejor vida. En resumen: me hallaba tan bien preparado como cualquiera.

Pensé también en lo interesante que podía resultar aquel trabajo, en el poco dinero de que disponía yo en aquellos instantes, en las escasas perspectivas de prosperidad que me ofrecía París y en que no abrigaba la menor intención de regresar a Estados Unidos. Me constaba que George iba en serio y que incluso había tocado el tema de una forma sombría. Mi actitud era distinta. Había oído decir siempre que Europa estaba plagada de agentes secretos de todas las nacionalidades, sexos, tamaños y colores, pero la idea de que George o yo mismo pudiéramos vernos en ese mundo se me antojaba ridícula.

—De acuerdo —manifesté—. Ya está pensado.

—Al parecer, has reaccionado de un modo muy curioso —indicó George fríamente.

Creí haberle ofendido en su dignidad.

—Lo siento —respondí—. Intento habituarme a la idea. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas tú para el CÍA?

—Trabajo para una organización autónoma. Desde luego, colaboramos con la que has citado.

—¿Y por qué me has hecho esta proposición? Quiero decir: esta clase de tareas, ¿no son efectuadas rigurosamente por individuos afectos, ya encuadrados?

—Habitualmente, sí. Pero ahora necesitamos una persona que no haya tenido anteriormente contacto con nosotros, ni con el CÍA, ni con ninguna otra organización similar.

—¿Por qué?

—Para atrapar a un espía es preciso poner un cebo fresco —explicó George, sencillamente. Estas palabras no tenían para mí un sonido demasiado agradable. Opté por callar, sin embargo. No podía reprocharle nada.

—Además —añadió George—, había que hacerse con un hombre de cierta apariencia y edad, en quien pudiésemos confiar sin reservas. Nos une una antigua amistad y mi confianza en ti es absoluta.

—Muchas gracias.

—Bien. Si tu decisión es en firme, vayamos a ver a mi jefe. Él te pondrá al corriente de todos los detalles.

George pagó el servicio. Cuando nos marchábamos agregó:

—A propósito... No esperes recibir una gran suma de dinero. Andamos algo apretados desde el punto de vista económico y tu labor será breve.

—Sólo he esperado serte útil —repliqué.

Quizá me hubiese mostrado insufriblemente despreocupado. A modo de compensación, George había actuado en todo momento con extraordinaria gravedad.

Nos trasladamos a la oficina de George, en el boulevard Haussmann. Allí me entrevisté con el coronel Baker. Era un hombre menudo, limpio, de piel color caqui, acerados ojos e irónicos labios. Las extremidades de sus uñas aparecían terriblemente mordisqueadas. Le fui muy simpático.

Procedieron a darme cuenta de la situación tal como se hallaba planteada. Todo estaba referido a un tal Antón Karinovsky, rumano de nacimiento, agente ruso con la ocupación. Este individuo, utilizando diversos nombres y disfraces, se había convertido en una auténtica molestia por espacio de algunos años dentro de Europa Occidental. Al coronel Baker le había sido encomendada la misión de hacer algo con respecto a él...

Había habido un dilatado período de papeleo, vigilancia y simple espera. Por fin, había sido identificado por la organización a que pertenecía Baker, con razonable seguridad, un hombre en quien todos veían a Karinovsky. Esbozaronse planes a continuación. Hubo aportaciones llenas de fantasía, puros juegos de manos. Todo ello culminó en el plan final, conocido técnicamente con la denominación de «Captura». Dos días más tarde, Karinovsky tomaría un tren que había de conducirlo a Barcelona. Yo me encontraría con él en dicho tren. Me había convertido en un cebo. En la curiosa jerga del servicio secreto, yo era conocido por el nombre de «el queso».

—Nada tengo que objetar —manifesté—. Pero será mejor que les prevenga... No he disparado un arma de fuego desde que me licenciaron.

Baker hizo una mueca.



—¿No se lo dijo George? Las armas no tendrán aquí intervención.

—George me lo indicó ya, en efecto. A mí esto me parece bien. ¿Qué pasará, no obstante, si Karinovsky decide seguir otros rumbos?

—No se producirán violencias —aseguró Baker—. Todo lo que usted ha de hacer es cumplimentar las órdenes recibidas.

—Escuchar es ya obedecer —repuse.

Las invisibles ruedecillas del misterioso mecanismo comenzaron a girar.

Veinticuatro horas más tarde, cierto general americano que pasaba sus vacaciones en Pamplona recibió una petición con carácter urgente, que procedía del comandante de la 22.<sup>a</sup> División Acorazada estadounidense, estacionada en Sangüesa. El general rebuscó apresuradamente entre sus papeles, comprendió algo, muy embarazado, y cursó un telegrama cifrado a París.

Poco después de ser recibido en la capital francesa aquél, un civil visitaba el cuartel general del Tercer Ejército, enclavado en la avenida Neuilly. Allí, dentro de una oficina del segundo piso, un coronel de fruncido ceño puso en manos de su joven y bien parecido visitante un maletín. Este último salió a buen paso del edificio y ya en la acera miró con naturalidad en ambas direcciones, haciendo señas a un taxi para que le recogiera. Vestía una camisa «Madras» de corte deportivo, una chaqueta de seda italiana... Sus zapatos, bastos y fuertes, de procedencia escocesa, brillaban. Solamente su pañuelo, de color oliva, como los del soldado raso, no era de origen rigurosamente particular.

El joven y bien parecido visitante del coronel era yo, ya de lleno metido en la intriga bizantina tramada por Baker. Se me suponía portador de unos papeles, por el más sencillo de los medios, los cuales había de poner en manos de mi general, un hombre de congestionada faz. Se me suponía también un individuo obstinadamente empeñado en no asemejarme en nada al clásico agregado militar americano. Tal caracterización presentaba sus dificultades, naturalmente. Con franqueza: no tenía la más leve idea sobre la forma en que Karinovsky iba a enterarse de todo esto. Estimé que aquel asunto era desesperadamente complicado. Desde luego, yo sabía prácticamente bien pocas cosas acerca de los tortuosos caminos que acostumbraban seguir los espías. Sea lo que fuere, Baker me había dicho que no me preocupase.

Al poco de mi entrada en la estación de Lyon me acomodaba en un compartimiento de primera clase del expreso del sur, con sus carga de turistas que se encaminaban a Pamplona. El «queso» se había puesto en movimiento. Cosa sorprendente: el ratón avanzaba ya tras aquél y a escasa distancia.

No tuve que buscar a Karinovsky; me encontró él, como ya me había sido anticipado. Teníamos el compartimiento a nuestra disposición. Karinovsky era un hombre de mediana edad, de cuadrado rostro, en cuyo labio superior campeaba un negro bigote. La expresión de aquél era dura. Tenía unas pronunciadas bolsas bajo los ojos. La nariz era más bien aplastada y grandes las orejas. Los canosos cabellos completaban los rasgos más sobresalientes de su físico. Hubiera podido pasar perfectamente por un defensa, en el terreno deportivo, y también por un coronel húngaro de infantería o un bandido siciliano, quizá. Me dijo que se llamaba Schoner, era de nacionalidad suiza y estaba dedicado a la venta de relojes. Yo le di por mi parte como apellido el de Lymingión, declarando que trabajaba como ayudante del director de una agencia de viajes.

Hablamos. Mejor dicho, habló Karinovsky. Era un fanático del fútbol. No dejó de charlar un instante, ocupándose a fondo de las probabilidades que tenía el equipo de Suiza de vencer en su inminente encuentro con el Milán. Fumamos casi sin parar y el aire del compartimiento se enrareció con el humo de mis «Chesters» y de sus «Gaulois». El convoy corría por la verde campiña francesa. Al llegar a

Vichy, Karinovsky había agotado el tema del fútbol, comenzando a ocuparse del «Grand Prix». Mis ojos quedaron deslumbrados ante los centelleos de los «Ferraris», de los «Aston-Martins», «Alfa-Romeos» y «Lotus»... Llegué, creo yo, a percibir el estruendo de los potentísimos motores de aquellos bólidos. A las dos horas había agotado un paquete de cigarrillos y empezado otro. Hacía calor dentro del compartimiento. Me sequé la frente con el revelador pañuelo caqui y me pareció advertir un cruel destello en los apagados ojos de aquel individuo.

El monólogo proseguía, sin embargo. A Karinovsky no había quien le hiciese callar. Mi vejiga estaba a punto de reventar (más tarde había de aprender que ella constituía un recurso entre los espías), y en la boca tenía el sabor del polvo. Creo que nos encontrábamos en los alrededores de Périgueux cuando inició el relato de su vida mi compañero, aludiendo a sus actividades de vendedor de relojes principalmente. Literalmente: me tenía aburrido. Su monótona y áspera voz me había puesto los nervios de punta y yo tenía la mente entumecida por una avalancha de informaciones deportivas, falsas opiniones y fáciles anécdotas, cuyo final se adivinaba mucho antes de acabar de ser contadas.

Sentí un peligroso deseo: el de propinarle un buen golpe para que se callara de una vez. En lugar de cometer tal disparate, opté por excusarme, dirigiéndome al tocador y cuarto de aseo. Me llevé el maletín, regresando cinco minutos después. Me dije que lo más seguro era que Karinovsky continuara con su interrumpido discurso. Pero ahora el tren aminoraba la marcha ya, para la inspección de aduanas en Hendaya.

Karinovsky se calmaba. Empezó a mordisquearse las puntas inferiores del bigote. Repentinamente, aprecié unas manchas en su papada. Me confié que se sentía progresivamente indispuerto y yo salí en busca del mozo. A mi regreso vi que el hombre se había tendido sobre los asientos, sujetándose con ambas manos el estómago. Parecía tener fiebre. El mozo y yo calculamos que debía de tratarse de una apendicitis.

Le sacamos del tren en Hendaya. En marcha de nuevo el convoy, examiné mi maletín. Me di cuenta en seguida de que no era el mío, aunque la semejanza se me antojó sorprendente. Karinovsky debió de efectuar el cambio de los maletines aprovechando mi ausencia, al salir yo en busca del mozo. El que me dejara sólo contenía periódicos. En el que se había llevado se encontraba un informe militar de tipo rigurosamente confidencial. El maletín en cuestión contenía, asimismo, un millar de dólares en cheques de viaje. Hasta aquel instante, todo marchaba de acuerdo con el plan previsto.

Seguí en el tren hasta una parada posterior: Massat. Aquí me apeé, entrando en un café llamado «El Alce Azul», donde esperé a que me llamaran por teléfono. Estuve tres horas aguardando... Nadie parecía acordarse de mí. Entonces tomé el tren de regreso a París, recreándome con una espléndida cena.

Al día siguiente pasé el informe correspondiente sobre lo sucedido en la oficina del coronel Baker. Éste y George estaban positivamente desbordantes de buen humor. Baker abrió una botella de champaña, poniéndome en antecedentes acerca de lo que había pasado.

Él, George y uno o dos agentes más estaban en Hendaya, en la estación concretamente, cuando Karinovsky se apeó del tren. Obrando con extremada cortesía, pero también con firmeza, le condujeron a un desierto café, exponiéndole la situación tal como había quedado planteada. A saber:

Karinovsky acababa de robar un maletín en el que había sido depositado un importante documento militar, además de una suma que ascendía a un millar de dólares americanos. El maletín era fácilmente identificable y se disponía de testigos. Y el propietario de aquél aguardaba en Massat, listo para demandar al ladrón formalmente y hacer que cayera sobre él la ley francesa, con todo su rigor.

La «hazaña» podía significar para el culpable una estancia de diez años, por lo menos, en una prisión del país.

Karinovsky sabía identificar perfectamente una trampa, como experto que era en aquellas lides. Le habían engañado; había caído como un principiante en la celada que le tendieran. Estaba dispuesto a hablar de negocios...

En la siguiente media hora fueron discutidas las condiciones. Baker no me las detalló, pero, al parecer, resultaron satisfactorias para ambas partes. El caso quedó así cancelado.

Luego, George comentó:

—Claro que... no sabes lo mejor de la historia.

—¿Debemos de decírselo? —musitó Baker.

—¿Y por qué no, señor? —inquirió mi amigo—. En fin de cuentas, él desempeñó un papel en nuestra comedia.

—Sí, es verdad —dijo Baker. Tras estas palabras se recostó en su sillón. Sus amables y penetrante ojos dieron la impresión de chisporrotear—. Todo pasó en el café, apenas advirtió Karinovsky que se había metido en un lío. Reflexionaba, intentando señalar el momento en que había cometido un error, buscando el porqué, el cómo... ¿Quién le había atrapado en realidad con tanta limpieza?, se preguntaba. De pronto, levantó la cabeza, con una expresión de horror en el rostro—. ¡Santo Dios! —exclamó—. Ese estúpido militar del tren andaba metido en esto, ¿verdad? Baker había sonreído, preguntando:

—¿Se refiere usted acaso a nuestro señor Nye?

Karinovsky abatió los hombros.

—Hubiera debido adivinarlo. Evidentemente, ese idiota trabajaba por cuenta de ustedes.

—No es eso, exactamente —replicó Baker, repentinamente inspirado—. Expresándose con la máxima corrección debiera usted decir que nosotros nos vimos empleados por ese idiota.

Luego, Baker comprendió que había creado una interesante ilusión en la mente de Karinovsky. Acababa de conjurar la imagen de un dechado de agentes, de terrible potencia intelectual y altas y bien desarrolladas habilidades.

Pragmático siempre, Baker había aceptado este golpe de suerte inesperado. Se enfrentaba con ilusiones, después de todo. Le parecía que aquella podía ser útil si alguna vez Karinovsky se malograba. La individuación, en un análisis final, lo era todo. De acuerdo con ello, era mucho más impresionante ver asomarse por encima del hombro de Karinovsky al agente secreto Nye que confiar tal labor a una organización anónima. Y más allá de estas consideraciones puramente prácticas surgían otras posibilidades: un agente fantasma puede encargarse de misiones más peligrosas que las acometidas por sus tangibles antagonistas. A un espectro no se le puede capturar utilizando métodos normales.

Sí. Habría siempre trabajo para el agente X, como Baker lo bautizara en seguida. El agente X se aprovecharía de esa ley de la humana naturaleza que hace de los seres dedicados al engaño las víctimas más fáciles de los hombres que practican el juego eterno de la superchería. La ley de la autodepredación, decidió llamarla el coronel; la regla de hierro en virtud de la cual una inevitablemente misericordiosa naturaleza cambia la fuerza especializada del depredador en fatal debilidad, exponiendo unos intereses creados a las normas de un término medio de largo alcance.

Así, al menos, pensaba Baker, rojo, congestionado, intoxicado por el éxito, convencido de momento de que nada quedaba ya fuera de su alcance. Una palabra

suya y se pondrían en marcha ejércitos de fantasmas; los hombres de carne y hueso se estremecerían al contemplar su avance.

En un tono de voz muy amable, le preguntó a Karinsky:

—Nuestro señor Nye consiguió engañarle, ¿eh?

—Me he preciado siempre de conocer a los hombres —contestó Karinsky—. Hubiera sido capaz de jurar que ese individuo no era nada... Yo le consideré inmediatamente una nulidad, una de esas personas que pasan inadvertidas casi siempre. Desde luego, nunca pude llegar a imaginarme que se trataba de un profesional.

—Nye se las arregla en todo momento maravillosamente para causar tal impresión —manifestó Baker—. Ésa es una de sus muchas habilidades.

—Si lo que ustedes me dicen es cierto —opinó Karinsky—, hay que afirmar que nos hallamos frente a un agente formidable. Pero, claro, sería usted, naturalmente, quien planea los detalles de la presente operación, ¿no?

Baker pensó en los largos meses de rutinario trabajo, en la soberbia coordinación de su equipo de agentes, en su propia astucia al elaborar un plan hecho a la medida de Karinsky, que sólo a él podía irle bien. Hubiera querido hablar a su interlocutor de todo ello. No lo hizo, sin embargo. Sacrificó de momento unos segundos de orgullosa expansión en provecho de sus nuevas ilusiones.

—Me gustaría haber sido yo quien la planea —confesó Baker—. Pero la verdad es que desaprobé el proyecto desde el principio. Me figuré que no daría resultado. Nye supo desbordarme... Como de costumbre, la razón estaba de su lado.

Baker había esbozado aquí una sonrisa de amargura.

—Cuando media el éxito las discusiones sobran, ¿no?

—Cierto —convino Karinsky, suspirando profundamente. Eso fue todo. Abrimos una segunda botella de champaña y brindamos repetidas veces. George me preguntó qué sentía al saberme un agente ultraespecial. Le contesté, expresándome con entera sinceridad, que de momento me encontraba muy a gusto. El coronel Baker, aludiendo complacido a su invención, declaró que siempre había ansiado crear su agente personalísimo. Los de verdad no eran capaces en todas las situaciones de encontrar su camino en la oscuridad. Me refirió varias divertidas historias para ilustrar su punto de vista.

Tras esto, nos separamos. En uno de los bolsillos de mi americana llevaba yo un sobre blanco. Contenía quinientos dólares, cantidad que se me figuró una recompensa provechosa por un día de trabajo.

Había sido aquélla una agradable aventura. Por supuesto, yo me imaginé en su día que todo terminaba allí...

## Capítulo 2

PASÉ LAS semanas siguientes de forma muy diversa. Por espacios de varios días, en los fines de semana, trabajé, ilegalmente, en una *boite* situada cerca de la plaza de los Vosgos. Me expansioné haraganeando por las orillas del Sena, visitando también la isla de San Luis y el sombrío y pequeño jardín que hay detrás de Saint-Germain-des-Prés, Descubrí en la calle de la Huchette, en una librería, una colección de documentos relativos a la guerra en el aire, los cuales leí con voracidad, considerando la posibilidad de escribir un ensayo sobre la época de la inocencia en materias de tipo aéreo. El proyecto no cuajó, sin embargo. En lugar de

hacer eso me coloqué como asesor en una nueva revista francesa de ciencia-ficción. Todo se derrumbó más tarde, al quedarse el editor sin dinero.

Continuaba, pues, igual que antes cuando George me llamó. Habían transcurrido ya seis semanas desde *l'affaire* Karinovsky. Al parecer, el coronel Baker deseaba verme. Acudí en seguida a la cita. Nuestra última transacción había sido algo más que satisfactoria. Ignoro qué es lo que los agentes secretos ganan normalmente. Ahora bien, teniendo en cuenta las tarifas de Baker, yo me hallaba definitivamente interesado en avanzar en mi nueva carrera.

El coronel fue al grano inmediatamente.

—Se trata de ese tipo que usted atrapó el mes pasado —dijo.

Pensé que el coronel hablaba con propiedad aludiendo de aquella manera a Karinovsky.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—Desea pasarse a nuestro lado.

—¡Vaya salida sorprendente! —exclamé.

—No crea. Karinovsky es un profesional. Como tal, es muy capaz de cambiar de bando si se le ofrece una compensación adecuada.

—Ya, ya.

—Usted, probablemente —prosiguió diciendo el coronel Baker—, habrá comprendido: el mes pasado, Karinovsky y yo llegamos a un acuerdo. Yo necesitaba cierta información y él me la suministró. Este hecho, desde luego, me permitió controlarle mejor después. Solicité de él otras cosas, cada día más. Me mostraba insaciable —la sonrisita de Baker era ahora francamente desagradable—. Coloqué a Karinovsky en la posición del agente doble; en potencia, la suya era una situación muy peligrosa. Era cuestión de tiempo que sus jefes se enteraran de lo que estaba haciendo. Ahora pretende unirse definitivamente a nosotros, lo cual viene a ser para mí como un golpe...

—Esa es una buena noticia, ¿no?

—Las cosas no son tan simples como a usted se le figuran, amigo mío. Todo debe ser arreglado con atención. Un agente habrá de ser asignado para el control de la operación, para prestar ayuda física en caso necesario. En este caso, Karinovsky ha solicitado la colaboración de un agente específico: usted.

—¿Yo, señor?

—Sí, usted. Específicamente, exclusivamente usted. Supongo que nos hallamos frente a la consecuencia lógica de nuestra pequeña farsa. Karinovsky se halla en Venecia actualmente y precisa salir de allí con toda urgencia. Desea para ello la ayuda de nuestro mejor agente: el temible agente X. La desea, la espera... En estas circunstancias, me disgusta tener que notificarle que el agente X existe y ha existido solamente en nuestra imaginación.

—No hay razón alguna para obrar así —repliqué—. Yo estoy dispuesto a ayudarle en lo que a mi alcance esté.

—Es usted muy amable —contestó Baker—. Esperaba que adoptara esa actitud. Debo advertírselo, sin embargo: en esta misión hay algún peligro... No mucho, creo, pero hay que tenerlo en cuenta.

—Tal hecho no me causa la menor inquietud, señor.

El coronel pareció sentirse profundamente aliviado.

—En realidad, todo es muy sencillo. Karinovsky se encuentra en Venecia, ya se lo he dicho. Se ha puesto en comunicación con el agente nuestro que reside allí,

Marcantonio Guesci. Todo lo que tiene usted que hacer es trasladarse por vía aérea a la ciudad mencionada y establecer contacto con Guesci. Él será quien lo arregle todo, por último, sacándoles a usted y a Karinovsky de Italia. La operación completa no puede durar más de un día o dos. Usted se limitará a seguir las instrucciones de Guesci.

Me quedé un poco desilusionado al oír esto. El coronel, evidentemente, se proponía utilizarme sólo como un muñeco, como especie de imitación de un agente secreto. Desde luego, yo no había esperado que hallándome como me hallaba al principio de mi carrera se me confiase un caso como aquél. No obstante, aguardaba un poco más de responsabilidad.

—No tengo nada que objetar —respondí.

—¡Magnífico! —exclamó el coronel Baker—. Bien. Yo preferiría que hiciese de su verdadera identidad un secreto. Ni siquiera Guesci ha de saber la verdad acerca del agente X. Quiero decir que yo confío plenamente en sus recursos personales, pero puede ser que el italiano no piense lo mismo...

—¿Y si Guesci se mete en averiguaciones referentes a mí?

—No lo hará. En caso contrario, sin embargo, usted le dirá que el mando del Lejano Oriente le ha mandado aquí. Nadie sabe en esta parte del mundo qué es lo que hacen esos tipos. Yo creo que en esa ignorancia se mantienen ellos mismos.

—Conforme.

—Todo es, en realidad, muy simple —dijo Baker por segunda vez—. Los únicos factores que complican la situación son los antiguos jefes de Karinovsky. No quieren que éste se les escape. Tales incidentes arrebatan la moral y sientan feos precedentes.

—¿Cómo reaccionará esa gente?

—Intentarán matarle, por supuesto. Nosotros deseamos impedirlo.

—Sí, claro. ¿Cuántos agentes enemigos habrá por allí?

—Me imagino que de seis a ocho. Estudie esa documentación antes de marcharse. En su casi totalidad, se trata de individuos corrientes y molientes, con dotes personales muy escasas. Hay que hacer una excepción con Forster.

—¿Forster?

—Le hablo del jefe de operaciones del servicio secreto soviético en el nordeste de Italia. Forster es un hombre formidable, grande, poderoso, hábil... De menudos y ágiles brazos, donde resalta su ingenio es en el planeamiento de sus acciones. El hombre asciende irresistiblemente en su carrera. Sospecho, no obstante, que se mueve con excesiva confianza.

—¿Cómo piensa usted que he de entendérmelas con él?

El coronel permaneció pensativo unos momentos, diciendo por fin:

—Creo que lo mejor sería que le evitase por completo.

Esto no parecía demasiado prometedor. Forster, por lo visto, gozaba de una imponente reputación. Pero yo me encontraba en las mismas circunstancias. Sus actos eran, probablemente, tan fantasmales como los míos. Todo era posible dentro de nuestra especial labor. Y, francamente, el elemento peligroso venía a ser más bien intrigante que desalentador. Era difícil sentirse asustado en aquella confortable oficina del bulevar Haussmann. El ambiente invitaba antes que nada a soñar con Venecia, con las revoloteantes palomas de la plaza de San Marco, las carreras de canoas por el Gran Canal... Hasta me veía a mí mismo entrando en Doney con los bolsillos repletos de dinero.

El coronel Baker y yo sostuvimos una breve e interesante discusión cuyo tema fue el dinero precisamente. Finalmente, acepté la suma de mil quinientos dólares como compensación por un trabajo que no habría de tenerme ocupado más de un par de días. Pensé que me había tratado bien. Incluso me sentí un tanto embarazado por haber tomado una suma tan elevada por una misión tan fácil como la que acababan de asignarme.

Pasé las siguiente cuarenta y ocho horas muy ocupado, estudiando algunos expedientes y diversos mapas de Venecia. De esta manera, me documenté a fondo. Luego, Baker se puso al habla con Guesci. Karinovsky se había introducido en su escondite y se hallaba todo preparado para su huida. A la mañana siguiente yo ocupaba una butaca a bordo de un avión que se dirigía a Venecia.

### Capítulo 3

MI AVIÓN aterrizó en el aeropuerto Marco Polo, de Venecia, a las once y media de la mañana. Pasé por las oficinas de aduanas y control de pasaportes sin tropezar con la menor dificultad, saliendo al poco a la vía inmediata a los edificios.

El día era cálido y deslumbrante. Frente a mí vi el muelle, atestado de marineros, quienes ofrecían sus embarcaciones para realizar la corta travesía por el lago, hasta la plaza de San Marco. Al otro lado de las centelleantes aguas contemplé la ciudad, con su increíble perfil de agudos chapiteles, rectangulares torres, chimeneas, grandes mansiones y almenadas murallas.

Mi primera reacción fue literaria y absurda. Pensé en Atlantis, Port-Royal, Ys de Armórica... Luego descubrí la inexistencia de elevador de granos y observé cómo las etéreas siluetas se encontraban atadas por una maraña de cables eléctricos y antenas de televisión. La ciudad se me antojaba ahora un fraude, un torpe y voluntario anacronismo. Aquello no era la verdad, sin embargo.

Este doble efecto es típicamente veneciano. La población ha sido siempre demasiado sorprendente y posee cosas postizas con exceso. Ha exigido también en todo momento una desapasionada apreciación. Uno, al ver la «Serenissima» admirándose a sí misma en el espejo de las sucias aguas, se enfada, inevitablemente. Pero por mucho que se deploren los antojos de la Dama, una honesta fuerza interior obliga igualmente a estimar sus encantos.

Ansiaba ir allí inmediatamente, pero yo tenía instrucciones que seguir... Había de continuar viaje hasta la ciudad de Mestre, donde me entrevistaría con Guesci. Era preciso que nos pusiéramos de acuerdo en cuanto al plan a trazar. Me volví pesaroso hacia el oeste, donde una dilatada nube de humo gris señalaba mi objetivo inmediato.

Se me acercó un «Fiat» verde y negro, conducido por un sonriente joven de brillantes cabellos, que ocultaba sus ojos .tras los cristales oscuros de unas gafas de sol.

—¿Qué me cobraría por llevarme al «Excelsior», en Mestre? —le pregunté.

—No se preocupe. Le haría un buen precio.

De pronto noté que alguien me echaba a un lado. Un tipo gordo, que era portador de una cámara fotográfica de gran tamaño, embutido en un traje corriente, adornado con una corbata pintada a mano, se me colocó delante. Le seguía un mozo cargado con dos maletas de cuero, de modelo caro.

—Lléveme a Mestre —dijo—, y a toda prisa.

Su tono estridente de voz y la forma especial de pronunciar las vocales me permitieron identificarlo: era un compatriota mío.

—Este taxi se encuentra ya ocupado —respondió el conductor del vehículo.

—¡Qué diablos va a estar ocupado! —exclamó el hombre gordo, colándose con gran trabajo dentro del coche, lo mismo que una cresa adentrándose por una herida.

—Le he dicho que está ocupado —insistió el joven de los cabellos relucientes.

El otro advirtió mi presencia por vez primera. Decidió mostrarse amable.

—No le importa, ¿verdad? Es que tengo muchísima prisa.

Sí que me importaba, pero no mucho.

—Que sea para usted, entonces —dije al tiempo que agarraba el asa de mi maleta.

Pero el conductor del pelo acharolado movió la cabeza a un lado y a otro con firmeza, dejando caer su mano derecha sobre mi muñeca.

—Nada de eso, señor. Usted deseaba que le prestase un servicio.

—Él ha dado su conformidad para que fuese yo quien utilizase el coche —objetó el individuo gordo.

—Pero yo no he dicho nada —recalcó el conductor.

Ya no sonreía aquél. Era un tipo menudo y nervioso. Se sentía ofendido. En lo tocante a la cuestión de los taxis, a mí no me habían dado instrucciones. Era igual. Yo no hubiera ido con aquel chico ni al otro lado de la calle, ni siquiera en el caso de que me hubiera acompañado una escolta armada. Esto podría ser llamado presentimiento, desconfianza...

El hombre gordo se había acomodado ya en el asiento posterior. Secóse la frente con un pañuelo, diciendo al taxista:

—Déjese de tonterías y arranque.

—Es inútil. No pienso arrancar —repuso el muchacho.

Evidentemente, su objetivo fundamental aquel día no había sido otro que el de llevarme a Mestre. El intruso acababa de privarle de tal placer.

—Vamos, ponga el motor en marcha si no quiere que llame a un policía.

—Se equivoca usted, caballero. Seré yo quien llame al policía si se empeña en no salir del taxi.

—Bien. Llámelo —replicó el otro con un gesto de complacencia.

Me guiñó un ojo. ¡Oh! La típica soberbia de aquellos nativos.

Se aproximaba otro taxi y yo eché a andar hacia él. Por un momento, el conductor de los cabellos lustrosos me retuvo cogiéndome por la muñeca. Pero en el último instante debió de comprender que era inevitable que prescindiese de mí. Me dejó ir, pues, dedicándome una mirada de resignación. Seguidamente se cruzó de brazos, apoyándose en el volante del coche.

Entré en el segundo taxi. Cuando éste avanzaba ya por la vía principal volví la cabeza. El hombre gordo discutía acaloradamente con el joven conductor, quien continuaba, indiferente, en la misma posición. No divisé por allí ningún otro vehículo.

Al volante de mi taxi iba un individuo de mediana edad. Sus facciones de orangután daban en conjunto un rostro simpático. Conducía el pequeño «Fiat» a



bastante velocidad y no cesaba de hablar. Me deparó la ocasión de airear la historia que yo traía preparada.

—¿Es la primera vez que visita Venecia?

—No. Ya estuve aquí una vez antes.

—¡Ah! ¿Viene en plan de turista?

—Soy agente de ventas.

—¿Por eso quiere trasladarse a Mestre?

—Sí.

—¿Qué vende usted?

—Máquinas comerciales.

—¿Máquinas comerciales? ¿Máquinas de escribir, por ejemplo? ¡Ah, bueno! Usted se dedica a la venta de máquinas de escribir, ¿eh? ¿Y para eso ha hecho un viaje tan largo, viniendo a Italia desde América?

—Pues sí.

La historia que yo forjara estaba siendo sometida, inesperadamente, a una prueba.

—Debe usted de vender muchas máquinas —comentó el taxista.

—Sí, desde luego. Se venden bastantes.

—¿Vende usted más que la casa Olivetti?

—No. Pero intento superarme.

—La máquina de escribir de la firma que he dicho es soberbia —concluyó el hombre, muy convencido—. Eso me ha dicho, por lo menos, mi sobrina, la cual trabaja para un abogado.

—Hum.

—¿Cuál es la marca que ostentan sus máquinas?

—«Adams-Finetti».

—No la he oído mencionar nunca.

—En realidad, nosotros somos más conocidos por nuestras máquinas de sumar —expliqué.

El taxista dejó de hacerme preguntas a fin de adelantar a un tranvía, no muy lejos de un cruce. Consiguió su propósito y se lanzó sin vacilar por una recta. Surgió un «dos caballos» a su izquierda y a la derecha se le colocó un «Alfa-Romeo». Tras nosotros corría un «Bentley» supercargado. Con las suspensiones muy castigadas, aguardaba su momento.

El conductor pisó a fondo el acelerador y empezó a mover el volante a un lado y a otro con extraordinaria habilidad, sorteando los obstáculos que le salían al paso en forma de ancianas, carritos de niños y coches de distribución de los establecimientos. Erguí el cuerpo. Nada más falso que la serenidad de que hacía gala en aquellos instantes.

Nos adentramos por un túnel. El «dos caballos», evidentemente superado, fue quedándose atrás poco a poco. El «Bentley», con su motor rugiente, tomaba posiciones. Pero él taxista se plantó más adelante en el centro de la carretera compensando con su destreza la mayor potencia de su oponente. Entonces empezó a cantar, igual que hiciera Pastafazu durante los momentos más críticos de Le Mans.

Ahora vimos que se nos acercaba una motocicleta. Ésta se colocó junto a mi ventanilla y por unos segundos el motorista y yo estuvimos mirándonos mutuamente. Vestía unos pantalones de cuero y pelliza del material, fuerte cinturón y grandes guantes. Calzaba botas «Wellington» y se tocaba con un casco. No logré descubrir su faz. Las gafas tenían un cerco de piel. Su boca era lo único apreciable de aquella persona. Pilotaba una «Indian» de grandes dimensiones y muchos caballos de fuerza.

Nos miramos de nuevo. Después hizo girar el puño del gas y nos adelantó, como si fuese una exhalación, perdiéndose entre el tráfico.

Por lo visto había mucha gente que se interesaba por mi persona. Intenté razonar. No era posible que hubiesen tenido noticia de mi presencia en Italia tan pronto...

Llegamos a las inmediaciones de Mestre y el taxi se metió de repente por una estrecha calleja marcada por las fachadas de las casas, sin aceras. Fruncí el ceño, mirando a mi alrededor. El taxista me miró sonriente al observar mis movimientos y aumentó la velocidad.

Dejamos a nuestras espaldas garajes y almacenes. Todo parecía estar cerrado. Apenas se veía transitar gente por aquella zona. Me imaginé que los habitantes del distrito se habrían apostado detrás de los pesados postigos de las ventanas, esperando que aquellas calles, bañadas por la cegadora luz de un sol esplendoroso, fuesen escenarios de terribles violencias. Débil, tímidamente todavía, el pánico se apoderó de mí... Pensaba en el coche en que me encontraba, corriendo cada vez a mayor velocidad, en las desiertas calles, en el hombre gordo, el joven conductor de taxi, la motocicleta...

Mi taxista pisó bruscamente el pedal del freno y el coche se detuvo de súbito en medio de la calle. De dos entradas situadas a derecha e izquierda salieron corriendo dos hombres, quienes subieron al vehículo, sentándose a mi lado. El conductor arrancó inmediatamente. Volvíamos a desplazarnos con rapidez sobre el duro piso del camino.

## Capítulo 4

EL INDIVIDUO que tenía a mi izquierda vestía unos pantalones de color chocolate, camisa beige de corte deportivo y chaqueta de seda. *Calzaba*, zapatos de piel de cocodrilo y manejaba un revólver del calibre treinta y ocho con empuñadura de madera de nogal. Me apoyó en el costado el cañón del arma con aire despreocupado, como si aquello fuese un juego. Me asomé al mirarle a una faz angulosa, menuda, desagradable, adornada con un puntiagudo bigote.

—Ándese con cuidado —me advirtió—. Nada de movimientos bruscos; nada de gritos, ¿eh?

Bajé la cabeza, indicando sobriamente que había comprendido.

—Fíjese en esto —añadió aquel sujeto mostrándome el interior del tambor del revólver—. No falta ni una bala. He quitado el seguro. Una acción imprudente y dispararemos por partida doble sobre usted. ¿Estamos?

—Estamos.

—Beppo —dijo el primero a su camarada, al desconocido que se había sentado a mi derecha—, enséñale tu arma.

—No es preciso. Le creo —medié yo.

—¿Y por qué va a creer lo que yo diga? —inquirió el hombre—. Podría estar mintiendo. Beppo, enséñale tu revólver. Beppo era un individuo de agria faz e imponente corpachón. Apartó su revólver de mis riñones y me lo mostró. Yo hice otro gesto de asentimiento y el arma volvió al mismo sitio.

—Están ustedes en su trabajo de todos los días, por lo que aprecio —comenté.

—Me alegro de que no se sienta disgustado, señor Nye —dijo el caballere de mi izquierda—. Puede llamarme Cario.

—Supongo que precisamente porque ése no es su nombre, ¿verdad? —inquirí frívolamente.

—Su interpretación del hecho es correcta —contestó Cario, radiante.

—¿También él forma parte del reparto de la comedia? —pregunté señalando al conductor.

—Tiene tan buen humor como nosotros —explicó Cario—. ¿Es eso cierto, Giovanni?

—Conozco varias historias muy divertidas —declaró el taxista—. ¿Sabe usted, señor Nye, la de los dos sacerdotes y la hija del pocero?

—La he oído contar muchas veces —replicó Beppo, con un gruñido—. A ver cuando renuevas tu repertorio.

Cario se echó a reír y yo hice lo mismo. Mi risa era ligeramente histérica. Recordaba los rostros de mis acompañantes de aquellos momentos por haberlos visto en las carpetas que examinara en la oficina del coronel Baker. Lo cual significaba que mi situación era un tanto apurada.

—Vaya, vaya —dijo Cario, pasándose un pañuelo por los ojos—. Hemos llegado.

El taxi se adentró por otra vía, penetrando por fin en un patio, que dejó atrás por otro al que llegamos después de rodear una fuente seca. Giovanni paró el motor y todos nos apeamos del coche.

Vimos unos muros de ladrillo medio derruidos y varias ventanas cruzadas por tablas. La cuarta pared, en la planta baja, correspondía a la entrada de un taller de reparaciones de bicicletas. Los dos pisos del edificio contaban con ventanas de hojas de cristal y estrechos balcones.

—Hemos llegado a casa —repitió Cario, ampliando levemente la información anterior.

Colocó el seguro en el revólver y lo introdujo en una funda de gamuza situado bajo su axila izquierda. Beppo siguió empuñando su arma.

—Por aquí —dijo este último cogiéndome por un brazo.

Nada más tocarme, me solté de un tirón, echando a correr.

Cario no tardó más que unos segundos en interceptarme la salida. Había vuelto a sacar el revólver.

—Deténgase inmediatamente si no quiere que le destroce la rodilla derecha, amigo.

Lo pensé mejor y me detuve. Era lo más sensato en aquellas circunstancias.

—Llévese las manos a la cabeza —me ordenó Cario.

Obedecí. El hombre se me acercó y soltando una exclamación que delataba su enfado me *acarició* la frente con el cañón del arma.

Oí a alguien que aplaudía. Todos levantamos la cabeza.

Una de las ventanas de cristales acababa de abrirse, asomándose por ella un hombre. Batió las manos tres veces. Los muros de ladrillo recogieron el rumor del desdeñoso palmoreo, prolongándolo, como un eco.

—Es extraño —dijo el desconocido adoptando el tono del que reflexiona en voz alta—. Hay hombres que nada más tener en las manos un arma se sienten igual que víctimas de un poderoso tóxico. Eso destroza todo raciocinio, ¿eh, Cario?

—Intentaba escaparse —informó el aludido.

—Yo te di órdenes concretas: era preciso no dañar la mercancía —señaló el otro sin alterarse—. Los hombres que normalmente van armados deben andar vivos, deben aprender a no causarse a sí mismos ningún daño.

—Lo siento, señor Forster —declaró Cario.

El individuo de la ventana asintió. —Entre, señor Nye. Aquí podremos hablar de negocios sin apresuramientos, con toda comodidad.

Forster desapareció. Cario y Beppo me colocaron en medio de los dos. Entramos en el taller de reparaciones de bicicletas. El taxista se había sacado un trapo de un bolsillo y había comenzado a pulir la carrocería de su vehículo.

## Capítulo 5

—BIENVENIDO a la soleada Italia —dijo Forster.

—Me resulta sumamente agradable encontrarme aquí —repliqué.

Pero la verdad era que yo no estaba tan animado como quería dar a entender.

Nos hallábamos dentro de una habitación grande y sombría situada encima del taller de reparaciones de bicicletas. Cario y Beppo me habían registrado, por si llevaba armas, no localizando ninguna sobre mi persona. Forster, después, les había ordenado que se marcharan. Ignoro si él estaba armado. No daba la impresión de andar necesitado de disponer a mano de una pistola o revólver.

Gracias a las fotografías de nuestros archivos, le había identificado inmediatamente. Sí. Conocía de poco antes aquellas facciones grandes, su fácil sonrisa, la cruel mirada de sus ojos, muy separados. Lo que me desconcertó fue su estatura. A los datos que figuraban en el «dossier» correspondiente sobre su descripción cabía añadir, por lo menos, algunos milímetros más en cuanto a su talla, que se acercaba mucho al metro y ochenta y tres centímetros. Lo mismo pasaba con su peso, que yo hubiera fijado en unos ciento diez quilos.

Era un hombre terriblemente corpulento. De acuerdo con nuestros informes, Forster era un hombre muy cultivado físicamente: cinturón negro de judo. Manejaba la pistola como un campeón. En virtud de las extraordinarias circunstancias concurrentes en él, decidí abstenerme de lanzarme sobre mi interlocutor con la intención de estrangularle.

—Usted no sabe, señor Nye, la ilusión con que he esperado este encuentro —me confió.

—¿De veras? —inquirí con vivacidad.

Forster asintió.

—Me costaba trabajo creer que llegaría un día en que se me depararía la oportunidad de charlar con el famoso agente X.

Esto hizo que no me sintiera muy bien. Mi fama parecía haberse extendido con asombrosa celeridad. El coronel Baker le estaba sacando buenos frutos a su fantasmal colaborador. Esto sería magnífico para él, pero se me antojaba escasamente prometedor para mí.

—¿Y quién es el «agente X»? —pregunté.

Forster movió la cabeza, respondiéndome:

—Lo siento, amigo mío. Su camuflaje ha volado. Habrá de enfrentarse con la realidad. Ello ha de ser molesto para un hombre de su reputación, pero estas cosas son las quiebras frecuentes del juego.

Aquello era más que molesto. A mí me parecía que iba a ser fatal, irremediable. Decidí, sin embargo, no hacer concesiones.

—No sé de qué está usted hablando —declaré.

—Limítese a decirme cuál es el paradero de Karinovsky.

—Ya me contentaría yo con conocer a una persona que se llamase así.

—¿Se niega a contestar, entonces?

—No puedo decirle lo que no sé. Forster apretó los labios, permaneciendo unos momentos pensativo. Por su acento, se me figuró de nacionalidad alemana o austriaca. Intentaba dar a la entrevista un tono ligero, despreocupado, pero yo advertía en el fondo algo claramente amenazador. Italia debía de haberle afectado en aquella forma. Desgraciadamente, las palabras le salían bruscas, empapadas de gravedad, por decirlo así. El florete no se acomodaba a su estilo; a él le iba mejor la cachiporra. Su sentido del humor era auténticamente teutón, esto es, negativo, a juicio de alguno de mis compatriotas. Yo veía en Forster a un personaje ridículo y extremadamente peligroso.

—Nye —dijo con suavidad—, ¿es que no le vale de nada su experiencia? Seguramente, usted sabe que en este mundo en que vivimos existen muy pocos secretos que merezcan el nombre de tales. Ford conoce habitualmente qué es lo que la General Motors lleva entre manos y el próximo movimiento de Macy no constituye un misterio para Gimbels precisamente. La situación es la misma exactamente en el plano de los diversos servicios secretos internacionales. En fin de cuentas, nuestra profesión tiene sus tradiciones. Hay tradiciones implícitas, sí, que no se hallan escritas en ningún libro...

Yo le escuchaba con sincero interés. Todo aquello era nuevo para mí.

—Los agentes secretos nos espiamos mutuamente —prosiguió diciendo Forster—. Nos dedicamos mutuamente más atención que la que concentramos en los gobiernos o instalaciones militares. Y cuando un agente es capturado por los miembros del bando opuesto, siendo identificado más allá de toda razonable duda, calificamos el juego de bueno, diga lo que diga el espía, cediendo la postura del silencio ceñudo a los profesionales del patriotismo. Vivir y dejar vivir; la historia es larga y la vida breve. Se trata de nuestra tradición. ¿No ve en ello cierto sentido, señor Nye?

—Naturalmente —repliqué.

Forster me obsequió con una sonrisa de triunfo. —Comprendo lo que siente. Goza de una formidable reputación que le interesa dejar a salvo. Pero yo espero que no padezca de *hubris*. Todos somos humanos; todos tenemos nuestras debilidades de cuando en cuando. Ni siquiera un hombre de sus cualidades es inmune a tales fallos. Y cuando la derrota se abate sobre un individuo como usted, lo razonable es que intente conservar la vida para proseguir la lucha otro día. ¿No opina como yo, señor Nye?

Hacía varios años que no escuchaba un sermón tan bueno como aquél. Forster hizo aflorar prácticamente las lágrimas a mis ojos.

—Estoy en todo de acuerdo con usted —declaré.

—Entonces, ¿accederá a decirme el paradero de Karinovsky?

—Ignoro dónde se encuentra ese hombre.

—Pero usted admite ser el agente X, ¿verdad?

—Claro. Yo admito ser el agente X, Y o Z, con tal de complacerle. Pero sigo sin saber dónde está Karinovsky.

—Lo siento. Usted tiene que saberlo —insistió Forster—. Después de todo se encuentra al frente de la presente operación.

—No, eso no es cierto —repuse.

Había cometido un desliz. Ahora bien, Forster conocía ya la existencia de Guesci.

—No es probable que Guesci haya sido encargado de ella —comentó mi interlocutor—. Ese hombre es un incompetente.

Daba gusto averiguar ahora esto.

—Guesci puede ser eliminado —siguió diciendo Forster—. Siendo usted el jefe, lo lógico es pensar que posea la información más importante.

—Ignoro dónde para Karinovsky —insistí por enésima vez.

Forster estudió mi rostro durante unos segundos. Después me dijo:

—Señor Nye, apelo a su espíritu deportivo. Le ruego que no me obligue a emplear... la fuerza. Era sincero. Me tenía de su parte. Cordialmente. Quería, de veras, evitarle el dolor que le produciría causarme algún daño.

—Desearía ayudarle —manifesté—, pero no me es posible. Le doy a usted mi palabra de honor.

El hombre tornó a escrutar mi faz.

—Está bien, señor Nye —contestó finalmente—. Acepto su palabra. Puede usted marcharse.

Me puse en pie, verdaderamente confuso.

—¿Quiere usted decir que puedo irme?

Forster asintió.

—He aceptado su palabra. Le he creído. Es posible que actualmente ignore el paradero de Karinovsky. Tendrá que averiguarlo, no obstante. Cuando haya conseguido esto sostendremos otra breve conversación.

—¿Todo va a ser así de fácil?

—Sí. Mientras se halle en Venecia podré dar con usted cada vez que se me antoje. Podré hacer con su persona lo que me plazca. Venecia, Nye, es mi base de operaciones y no la suya. Recuérdelo.

—Intentaré no olvidarlo.

Me encaminé hacia la puerta. A mi espalda, Forster dijo:

—Yo me pregunto ahora, Nye, si es usted en realidad tan buen agente como proclaman nuestros informes. Con franqueza: no me ha parecido particularmente peligroso. Un observador imparcial no le juzgaría ni competente siquiera. Y, no obstante, su historial en el Lejano Oriente habla por sí solo: especialista en guerra

de guerrillas; experto en armas de pequeño calibre y explosivos; diestro saboteador y provocador de incendios; autorizado para pilotar aviones de combate; piloto de hidros y, por si lo anterior fuese poco, instructor de hombres rana... ¿Habré dejado de citar algo?

—Ha olvidado los trofeos deportivos que conquisté jugando al fútbol y a la pelota vasca —declaré.

Interiormente, me dedicaba a maldecir la prodigiosa imaginación del coronel Baker. Me había dado demasiado brillo. Empeñado en crear un tipo ideal de agente secreto, había alumbrado una paradoja.

—Su historial es fantástico —reconoció Forster—. Tanto que cuesta trabajo no ponerlo en duda.

—Hasta a mí mismo me cuesta trabajo creerlo, a veces —declaré.

Abrí la puerta.

—Me gustaría mucho comprobar personalmente sus maravillosos recursos —indicó Forster.

—Tal vez algún día se le presente la ocasión de hacerlo.

—Aguardo con ansiedad la llegada de aquél. Adiós, señor Nye.

Dejé la casa para cruzar el patio.

El hombre del taxi continuaba puliendo la carrocería del vehículo con su trapo. Me hizo una cortés inclinación de cabeza cuando pasé junto a él. Noté un hormigueo en la espalda. Seguí caminando. Nadie disparó sobre mí y, de pronto, me vi en la calle.

Estaba sano y salvo. Súbitamente, me dije que lo mejor que podía hacer era tomar el primer avión que saliera para París. En fin de cuentas, las tareas del agente secreto no eran las más adecuadas para mi temperamento.

Me hallaba tan ensimismado en estos pensamientos que ni siquiera noté que una motocicleta se había ido aproximando lentamente a la acera.

Era una «Indian» grande, de muchos caballos. El individuo que la pilotaba llevaba un traje de cuero. Era el mismo hombre que no mucho antes se acercara al taxi, cuando nos deslizábamos por la carretera.

## Capítulo 6

LA MAYOR parte del rostro seguía escondida tras las inmensas gafas, ribeteadas de piel. Adornaba su labio superior un bigotito negro; el inferior me pareció bastante grueso y saliente. El hombre se dirigió a mí después de parar la moto y apearse. Encima del vehículo me había parecido un tipo gigantesco. Plantado en el suelo, advertí que no mediría más de un metro setenta y cinco centímetros de estatura. Tenía una espalda muy amplia y un vientre bastante voluminoso.

—¿Tiene usted una cerilla? —me preguntó.

—No —respondí—. ¿Le serviría igual un encendedor?

—¿Es un «Flaminaire»?

—Lo siento. Mi encendedor es un «Silver-Jet».

Asintió, con un gesto de aprobación.

—Me alegro mucho de saludarle, señor Nye.

—Lo mismo le digo, señor Guesci.

El breve diálogo sobre encendedores y cerillas formaba parte de nuestro código preliminar de identificación. Todo había sido pensado para que cualquiera que nos oyera creyese que la nuestra era una conversación normal. El servicio secreto se halla saturado de trucos tan hábiles y tan naturales como el señalado.

—Aquí no podemos charlar —declaró Guesci—. Nos veremos en Venecia dentro de una hora.

Consideré la conveniencia de confesarle que me dirigía al aeropuerto de Marco Polo, desde donde pensaba trasladarme a París. Pero... con franqueza: me dio vergüenza decirle aquello. (El hombre es el único animal en quien el temor al ridículo es capaz de vencer su instinto de conservación.) Y, después de todo, ¿me había sucedido a mí algo de particular? Decidí aguardar, esperar a ver qué planes forjaba Guesci. Siempre estaba a tiempo de cortar la aventura en seco y huir.

—¿Dónde vamos a vernos una vez estemos en Venecia?

—Iba a decírselo —manifestó Guesci—. Va usted a cruzar la calle ahora, para tomar uno de los autobuses que llevan el número seis. Nada de taxis, ¿eh?... Siga en él hasta la «Piazzale Roma». Al apearse del autobús continuará, a pie, hasta la «Fundamenta della Croce», donde tomará un «vaporetto», y no una góndola, que lleve uno de estos números: uno, dos, cuatro o seis. Irá a parar al embarcadero de San Silvestre, primera parada después de pasar por el puente de Rialto. ¿Conoce Venecia?

—Sí.

Guesci parecía tener sus dudas, pero prosiguió con sus instrucciones.

—Daré inmediatamente con la «Fundamenta dei Vino». Regrese a pie al puente de Rialto. En la intersección de la «Fundamenta» con la calle «dei Paradiso» descubrirá el café del mismo nombre. Ocupe una mesa en la terraza de la acera y espéreme allí. ¿Está eso claro o quiere que se lo repita?

—Da igual. Encontraré ese café.

Guesci asintió, musitando:

—Buena suerte.

Tras esto salió con su moto como una exhalación. Avancé mucho menos espectacularmente que él en dirección a la parada del autobús. Al poco me deslizaba por el camino de los muelles. Venecia parecía surgir de las olas, frente a mí.

No sabía qué pensar acerca de Guesci y tal situación me disgustaba. Era para mí muy importante saber qué clase de hombre era. Quizás dependiera de Guesci mi vida... Mi primera impresión no le era desfavorable. Aquél parecía ser detallista, precavido, cauteloso, inquieto. Si bien algo insípido, se me antojó capaz.

No había de tardar mucho en darme cuenta de que no podía estar más equivocado.

## Capítulo 7

AL SALIR de la grisácea e industrial ciudad de Mestre era yo un hombre conturbado, que no acertaba a pensar más que en taxis, que experimentaba la impresión de que las ennegrecidas fachadas de las casas se me venían encima, que



no contemplaba otro panorama que el ofrecido por las calzadas de la población, verdadera maraña de raíles de tranvía. Adivinaba que mi rostro tenía un color ceniciento y me deslumbraban las luces procedentes del tráfico. Tarareaba obstinadamente, en voz baja, «Arrivederci Roma»... Pero todo eso me ocurrió antes de adentrarme en Venecia.

Mis cabellos debieron de tomar cierto brillo al entrar el autobús en que viajaba en el «Ponte della Liberta». Mi acné crónico desapareció, sin duda, en el instante en que cruzaba el «Gánale Santa Chiara». Al plantarme, por fin, en la «Piazzale Roma», mi metamorfosis era casi completa. Pero todavía veía la «Autorimessa», con su olor insoportable a gasolina y sus hileras de carnívoros escarabajos «Volkswagen». Me alejé a toda prisa, procurando borrar mis huellas al avanzar por vías empedradas con guijarros. Llegué a «Campazzo Tre Ponti», donde cinco puentes irracionales zigzaguean a través de tres antiguos canales. Allí comencé a respirar por todos los poros de mi cuerpo.

He ahí lo que el amor es capaz de hacer...

A nadie le extrañaría que yo concibiese una gran pasión por Tahití o el Tibet, una mística pasión. Ahora bien, tratándose de Venecia... ¿Ha dicho usted Venecia? ¿La «Disneylandia» del Adriático? Mi querido amigo: ¿cómo puede soportar el frenético afán de vender de sus comerciantes? ¿Y qué decir de la comida insulsa, de los precios abusivos, de las molestias originadas por la grey turística? Sobre todo, ¿cómo puede soportar la insufrible singularidad de ese puntó del globo?

Sí, yo soy capaz de soportar todo eso, fácilmente. Insisto en ello, en efecto. Uno no debe enamorarse mediante el ejercicio de la razón y el buen gusto. Uno se enamora, sencillamente, sin más, trayendo a colación ingeniosas razones después. Uno se enamora fatalmente, se trate de una mujer o de una ciudad. Y de todas las cosas fatales se puede hallar la raíz, los lógicos comienzos, remontándose a la infancia.

Siendo todavía un niño, yo había soñado con los canales, alimentado por el espectáculo que me deparaban las verdes colinas de Nueva Jersey, muy lejos del lago Hopatcong, más lejos todavía del mar. Por aquellos días yo era, quizás, el ingeniero civil de doce años más notable que había hacia el este de las Rocosas. Mi primer proyecto fue el hermooseamiento de mi ciudad natal. Tenía un objetivo simple y audaz: la inundación del paraje; las aguas habrían de alcanzar la profundidad de tres metros, aproximadamente.

Esto borraba del mapa la estación del ferrocarril, la zapatería de Cooper, un surtidor de gasolina «Shell», un establecimiento de comestibles griego y varias cosas más tan destacadas como las citadas, que ofendían la vista de las personas más tolerantes. La iglesia presbiteriana, enclavada en una ladera, sólo iba a salvar el extremo superior de la torre; el colegio de enseñanza superior se perdía con todas sus instalaciones anexas...

Tras el diluvio, los superviviente vivirían felices en lo que quedara de la ciudad. Muchas de las casas seguirían siendo utilizables, en parte. Sus ocupantes se pasearían a golpe de remo de sus botes por encima del desaparecido cuarto de estar, adentrándose en la calle correspondiente. Si disponían de una vela podrían proseguir su paseo por entre rectas filas de árboles, cuyos delgados troncos ya no se verían, gracias a lo cual aquellos parecerían enormes flores.

Años más tarde vi, al llegar a Venecia, que mis sueños juveniles eran ya una realidad. En la ciudad descubrí un sinfín de detalles en los que yo nunca pensara. Los numerosos leones de piedra, por ejemplo, suponían una notable mejora con respecto a nuestro par de cañones de la guerra civil. Me gustaban los grandes palacios, más que nuestras viviendas de estilo neocolonial. Y los inclinados postes, pintados a rayas, como las columnas de las barberías, venían a ser el modelo perfeccionado de nuestros parquímetros. Ya en Venecia, me di cuenta de que no

había agotado todas las encantadoras posibilidades que sugerían las embarcaciones: había vapores equipados con servicios de contraincendios; barcas lecheras; ambulancias provistas de estridentes sirenas; naves dedicadas a la distribución de verduras; canoas pintadas en negro y oro, dedicadas a los enterramientos y ceremonias funerales, adornadas con barbudos ángeles en sus proas...

Aquello era lo fatal: el sueño de mi niñez trascendía. Y ahora, cruzando por la «Salizzata di San Pantaleone», sentí una exaltación íntima difícil de explicar. Me rodeaban los canales de Venecia y caminaba por entre las gentes de la singular ciudad. Numerosas torres me contemplaban desde las alturas. Se me antojó que Forster pertenecía al feo y gris anonimato de Mestre. Venecia, sin embargo, era mía, con toda seguridad.

Por consiguiente, hice caso omiso de las instrucciones de Guesci, trazándome el rumbo que quise para trasladarme al café «Paradiso». Me senté frente a una de las mesas, pedí un vaso de vino y, progresivamente, fue despejándoseme la cabeza. La estampa de mi niñez se desvaneció... A la llegada de Guesci me hallaba ya encajado por completo en el presente.

Guesci pidió que le sirvieran un «Lachryma Christi». Después de beberse a mi salud, inquirió:

—¿Qué sucedió en el aeropuerto, señor Nye? ¿Por qué se dejó engañar por aquellos hombres?

No me agradó el tono de presunción con que pronunció sus palabras. Un hombre de mi reputación no podía ser condenado así, tan fácilmente.

—¿Y qué es lo que le hace a usted suponer que me engañaron esos individuos? —le pregunté.

—No le entiendo...

Yo tampoco estaba muy seguro de comprenderme a mí mismo. Pero en aquellos momentos corría el peligro de perder la confianza de Guesci, hecho que podía estropear la operación.

—Quiero decir que yo sabía quiénes eran —aseguré—. No cabía duda...

—Entonces, ¿por qué consintió que le capturaran?

—Me pareció lo más oportuno —respondí sonriendo sutilmente.

—Pero... ¿porqué?

«¿Por qué, Señor?» Tomé un sorbito de vino antes de contestar.

—Había decidido hacer una estimación absolutamente personal de Forster. Con tal propósito, lo más indicado era tener unas palabras con él.

—¡Qué cosa tan absurda! —exclamó Guesci—. ¿Qué le indujo a pensar que acabaría dejándole en libertad?

—Le interesaba proceder así.

—¿Y si Forster se hubiera decidido por lo contrario?

—En ese caso —murmuré—, me habría visto obligado... —hice una pausa para encender un cigarrillo. Luego, levanté la cabeza, sonriendo sin denotar la menor alegría—: Sí, me habría visto obligado a convencerle, utilizando un procedimiento u otro.

Aquello me sonó casi plausible. Esperé a ver si Guesci se tragaba mi embuste. El hombre arrugó el ceño, reflexivo. Me había salido con la mía, según observé. Con claro respeto, algo a regañadientes, manifestó:

—Evidentemente, las historias que circulan en relación con su persona son ciertas. Por lo que a mí atañe, confieso que no me agradaría lo más mínimo quedarme a solas en una habitación con Forster.

—Nos hallamos ante una buena pieza —concedí—; únicamente que le encuentro algo inflado de más.

Guesci me dirigió una mirada en la que descubrí una mezcla de enojo y admiración. Después sonrió, encogiéndose de hombros con un gesto de cómica resignación, dándome unas palmaditas en la espalda. Creo que sospechaba que yo estaba mintiendo. Ahora bien, se trataba de la mentira rimbombante y en gran escala, por decirlo así, que a él podía caerle en gracia. Como me confió más adelante, sólo las pequeñeces le irritaban. El color y el movimiento le encantaban, lo mismo que la apariencia cambiante de las cosas. En este aspecto me dijo que era un auténtico veneciano. Al igual que muchos otros súbditos de la «Serenissima», creía más en el estilo que en el contenido, en el arte más que en la vida, en la apariencia antes que en la realidad, en la forma más que en la sustancia. Creía simultáneamente en la fatalidad y en el libre albedrío. Contemplaba la vida como una especie de melodrama del Renacimiento, total, completo, con apariciones y desapariciones, dolorosas confrontaciones, absurdas coincidencias, disfraces, hermanos gemelos cambiados de cunas y misterios relativos a nacimientos... Todo esto se aliaba en la mente de Guesci con un oscuro y melancólico punto de honor. Y, desde luego, estaba en lo cierto. Guesci había hecho reservar una habitación para mí en el «Excelsior», adonde nos trasladamos en cuanto hubimos dado buena cuenta de nuestras respectivas consumiciones. A través de las cortinas de muselina, pude contemplar los deslumbradores reflejos de unos dragones en el Gran Canal. Guesci se había tendido en una «chaise-longue». Me pareció terriblemente viejo y juicioso con sus ojos, como los de un gato, medio cerrados, fumándose un cigarrillo al estilo búlgaro. Había prescindido de su aspecto anterior. Pensé que quizás había dejado su disfraz en la maleta de su moto. Lo que yo tenía delante era ya un agradable sujeto, un hombre de altos vuelos, del «cinquecento».

Le pregunté cómo se suponía que yo iba a sacar a Karinovsky de Venecia.

Guesci, inevitablemente, se puso a discursar filosóficamente al elaborar la respuesta.

—La huida de una ciudad como Venecia —declaró—, ha constituido siempre un problema complicado y profundo. Dando a las palabras un tono real, podría afirmarse que nadie consigue nunca escapar de Venecia, por el hecho de ser nuestra ciudad un simulacro del mundo.

—Bueno. Huyamos entonces de Forster —sugerí.

—Mucho me temo que eso no nos sirva de nada —señaló Guesci, entristecido—. Si Venecia es el mundo, Forster habrá de ser el antiguo protagonista conocido por el nombre de Muerte. No, amigo mío. Expresándonos en términos absolutos, la huida, de un tipo o de otro, es claramente imposible.

—Pensemos entonces en los términos relativos —apunté.

—Supongo que hemos de llegar a ello obligados. No obstante, aun así hallaremos dificultades. El carácter de esta ciudad, su naturaleza, es un factor en contra nuestra. Venecia debe su misma existencia al arte de la ilusión, la cual es una de las artes negras. Es una ciudad de espejos: los canales reflejan las fachadas de los edificios y las ventanas recogen las imágenes de aquellos. Escapan la distancia a nuestra percepción normal, se complican. La tierra penetra en el agua y viceversa. Venecia proclama sus falsedades y oculta sus verdades. En la ciudad en que nos encontramos no es posible predecir determinados acontecimientos como cabe la posibilidad de hacer, por ejemplo, en Génova o Milán. Lo relativo y lo condicional están abocados a entrar en lo absoluto y lo irrevocable sin previo aviso.

—Todo eso es terriblemente interesante —confesé—. Sin embargo, ¿no puede usted intentar esbozar una predicción condicional con respecto a la forma (relativa, por supuesto) de salud aquí?

Guesci suspiró.

—¡Siempre el hombre de acción! Mi querido agente X: todavía ha de advertir el supremo desatino que viene a ser la vanidad. Pero, claro, me imagino que siente una gran ansiedad por poner aquí a prueba sus conocidas habilidades.

Moví la cabeza, denegando.

—Pretendo únicamente sacar a Karinovsky de esta ciudad por el medio más sencillo y seguro.

—Ambos términos son mutuamente contradictorios —subrayó Guesci—. En Venecia, lo simple o sencillo raras veces resulta seguro. Y esto último es demasiado complicado para ser sometido a consideraciones siquiera. No obstante, abrigo algunas esperanzas. Mañana por la noche se nos va a presentar una oportunidad. Se nos alía lo sencillo con lo seguro... Relativamente.

—Hábleme de ello.

—Hace varios días murió un primo mío. Será enterrado mañana en el «Cimitero Communale» de San Michele.

Asentí. San Michele es una pequeña isla de forma rectangular situada al norte de Venecia.

—Habrá una hermosa procesión en su honor —prosiguió diciendo mi interlocutor—. He contratado lo mejor con tal objeto. Mi primo era un Rossi y el apellido familiar está inscrito en el libro de oro. Murió en Roma, donde se hallaba estudiando, pero será enterrado como un veneciano. —Magnífico. ¿Y qué se propone usted hacer con Karinovsky y conmigo?

—Les voy a transportar al «Cimitero» en una barcaza funeral. Después embarcarán en un pesquero que zarpará para «Seno di Tesserà». Habiendo puesto los pies en el continente, lo que venga más adelante será fácil.

—Me imagino que nos llevará allí en el ataúd...

—Eso había pensado.

—¿Dejará algún espacio libre su primo?

—Todo —afirmó Guesci—. Mi primo se encuentra en Roma, más vivo que nunca y estudiando de firme porque dentro de poco se examina. Me he tomado, como familiar suyo, la libertad de proceder a su enterramiento o ensayo de tal.

—Admirable —confesé.

Guesci desechó sobriamente el cumplido.

—Mi pequeño plan está claro. Yo creo que surtirá los efectos apetecidos. Siempre en el supuesto de que no surja nada extraordinario que nos impida llevarlo a la práctica.

—¿Qué podría pasar?

—Es que... resulta demasiado sencillo y tajante. Esta clase de proyectos marcha hacia el éxito sin la menor duda en sitios como Torino. Aquí, en Venecia, suelen disolverse frecuentemente en la nada.

—Me parece que vale la pena hacer una prueba.

—No hay otra salida —declaró Guesci. Incorporado ya, tomó un aire de hombre metódico—. Ha sido acordado... Mañana se unirá usted a Karinovsky, trasladándose con él al «Quartiere Grimani». Aquí, enfrente del «Casino degli

Spiriti», les estará aguardando una góndola, que les trasladará a la barcaza funeral, en la «Sacca della Misericordia». Más tarde le explicaré cómo han de dar con el casino. ¿Va usted armado?

El coronel Baker no había hablado nada acerca de la cuestión de las armas, temiendo, quizás, que me causara a mí mismo algún daño en lugar de intimidar a un probable enemigo. Pero, naturalmente, yo no podía decirle esto a Guesci. Por toda respuesta, denegué con la *cabeza*, al tiempo que sonreía levemente, contemplando mis manos, las despiadadas manos del agente X...

—Nunca pensé que fuera armado —dijo Guesci—. Habría sido una estupidez probar a pasar de contrabando una pistola. Por eso me he tomado la libertad de ocuparme de este detalle.

Introdujo la mano en uno de los bolsillos interiores de su americana, de donde sacó una enorme pistola automática de siniestro aspecto. Acarició delicadamente su cañón, alargándomela. Yo la cogí con gesto cauteloso. Leí lo que había sido grabado a lo largo del cañón. Era un arma francesa, una «Mab» del calibre veintidós, conocida por la denominación de «Le Chasseur».

—En los informes relativos a usted quedó anotada su preferencia por las armas más ligeras —manifestó Guesci—. Esto fue lo mejor que pude encontrar en el corto espacio de tiempo de que dispuse. El cañón de esa pistola es de siete pulgadas y media, al cual ya se halla usted habituado, pero no fui capaz de dar con su modelo favorito.

—No importa —respondí.

Desde luego, el coronel Baker se había tomado toda clase de molestias al ocuparse del agente X. Me pregunté cuál sería mi marca de whisky preferida y si se decía en mi expediente personal, en lo tocante a faldas, si me agradaban las rubias o las morenas.

—Por lo que a mí se refiere —declaró mi interlocutor con una sonrisita de conmisericordia para sí mismo—, me consideraría un ser completamente inútil con esa arma. Yo suelo usar esta otra.

Con tales palabras, extrajo de su cinturón un revólver compacto, chato, de gatillo interior.

—He aquí lo que un hombre de mis condiciones de tirador requiere —prosiguió diciendo Guesci—. Naturalmente, su precisión no es la de un arma equipada con cañón de dos pulgadas. Hice un gesto de afirmación, intentando acomodar la maciza pistola del veintidós en uno de los bolsillos de mi chaqueta. No cabía. Finalmente, me la coloqué en el cinturón. Confiaba que no llegaría a caérseme. Si se disparaba corría el peligro de causarse una herida en la pierna. Pensé que mi situación sería verdaderamente apurada si me veía en la necesidad de atacar o de defenderme.

—¿Dónde he de encontrarme con Karinovsky? —inquirí.

—En el edificio que hay detrás del Palacio Ducal. Karinovsky se unirá a usted a las cinco, en las galerías inferiores, más allá de los calabozos y el antiguo osario.

No me molesté en señalar que igual hubiéramos podido vernos en las Grandes Escalinatas o en la «Ca' d'Oro». Tales puntos de reunión habrían sido un insulto para el mordaz genio de Guesci. Era indispensable buscar un ambiente adecuado para aquellos que pretendían desempeñar un papel destacado en un funeral.

## Capítulo 8

AL DÍA siguiente, a hora ya avanzada de la tarde, abandoné el «Excelsior», encaminándome a la «Piazza San Marco». Admiré debidamente el grotesco lugar, renové mi amistad con las palomas y proseguí mi camino hacia el «Palazzo Ducale». La enorme pistola automática ya no suponía un estorbo para mí. Antes de salir del hotel le había dicho a Guesci que el punto de mira posterior tenía un defecto. Me creyó en el acto. Ahora lo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta era su pequeño y cómodo revólver.

Dentro del «Palazzo» me uní a un pequeño grupo de turistas de Gotemburgo. Se encontraban trazados por el mismo patrón. Ellos eran hombres de lentos movimientos, invariablemente armados con sus cámaras; las esposas lucían llamativos vestidos de cretona, calzando fuertes y masculinos zapatos. De sus corteses rostros había desaparecido hasta la última huella de maquillaje. Contemplaban cuanto se les mostraba con exagerada atención, como para asegurarse de que la fama de que gozaban algunas de las cosas que veían era merecida. Nadie conseguiría jamás engañar a aquella gente. A su lado, yo me sentía cansado, cínico, decaído... Veía en todos a unos bárbaros que, bruscamente, invadían mi antigua e indefensa tierra natal. Reconocí ésta como una de las ilusiones que Venecia suscita en el visitante.

Esta astuta ciudad fomenta en uno, hasta el infinito, la capacidad del autoengaño. Su laberíntico trazado origina unas reflexiones caracterizadas por el clásico rodeo. Fue el encanto, el hechizo veneciano, lo que incitó a Guesci al máximo planeamiento para lograr un mínimo de efecto. Esto habría resultado fatal de no haber incurrido Forster en una debilidad semejante. Al igual que Guesci, confundía la complicación con la profundidad. Eterno romántico, no cesaba de buscar modernos, y dudosos, equivalente de capa, máscara de hierro, estilete... Seguidamente, elegía una ciudad de telón de foro, en la que montar el espectáculo alegre y terrorífico de su carnaval.

Nuestro guía nos condujo por un estrecho corredor de arqueado techo, por diversos pasadizos similares, por serpenteantes escaleras de piedra. Nos deslizamos también por galerías interminables. Los muros estaban cubiertos de cuadros y el hombre se entretenía explicándonos pintura por pintura.

Comenzamos a dejar de percibir la dulzura de la tarde. Avanzábamos, con los pies tremendamente doloridos hacia el

pasado de Venecia. En cierto momento oí a pieles reseca y luego humedecidas de naranjas, a agua estancada. Comprendí lo que pasaba. El río «di Canónica di Palazzo» corría a nuestros pies y pasábamos a la vieja prisión. Descendimos por burdas escaleras de desgastadas losas. Se oía a moho y a material de construcción ruinoso, viejo y no aireado. Mis compañeros aspiraron con graves gestos, placenteros, evidentemente, lo que a ellos debía de figurárseles un auténtico hedor renacentista. El guía se puso a hablar de Casanova y del Consejo de los Diez.

Llegamos a los calabozos, asomándonos por los ventanucos de los mismos hasta donde lo permitieron las gruesas rejas. No contaban con más iluminación que la proporcionada por unas simples bombillas. Vimos pesadas cadenas fijadas a los muros de ladrillo. El osario se encontraba al final del corredor. Continuaba sin descubrir el menor rastro de Karinovsky, Empezaba a ponerme nervioso.

Llegamos a la cámara de tortura de los Dogos, nueva y gran atracción, descubierta tan sólo el año anterior. Bajamos por una angosta escalera de caracol y dejamos atrás dos puertas reforzadas con hierros. Vimos una diminuta habitación, angustiosa, de techo al alcance casi de nuestras manos, que contaba con una bombilla. Identifiqué allí un caballete de tortura y el aro de hierro del garrote. En un

rincón se hallaba la «Doncella de Hierro» mirando hacia el suelo. Había varios aplastadores de dedos y unas pinzas que colgaban de los pétreos muros, así como una completa colección de cadenas.

Nuestro guía se puso a explicarnos algunos interesantes detalles relativos a los métodos de tortura empleados en la época del Renacimiento. La disertación llegaba a su punto culminante cuando se apagó la luz.

Quedamos sumidos en las más densas tinieblas. Las señoras se pusieron a gritar y los caballeros a lanzar imprecaciones. El guía rogó a todos que no perdiesen la serenidad y que regresaran con él al corredor. Yo comencé a moverme en compañía de los turistas, sintiendo que al poco un grueso brazo me retenía por la garganta. Al mismo tiempo noté que algo se me apoyaba en un costado, a la altura de los riñones.

—Guarde silencio —me dijeron al oído—. No oponga usted la más mínima resistencia.

Se supone que en momentos como el descrito el agente secreto que es como debe ser reacciona levantando a su atacante por encima de los hombros o le propina una formidable patada donde puede, o hace cualquier otro movimiento que trae como consecuencia la pérdida del equilibrio del agresor, impidiéndole utilizar su navaja. Todo eso es lo que suele ocurrir... en teoría. Pero la verdad es que yo no acerté a ver la forma de desasirme de mi adversario. Me estaba tambaleando y abría mucho la boca con el natural afán por respirar. Y la presión en el costado aumentaba... En tales circunstancias, opté por obrar con prudencia.

Los turistas se alejaron. Ahora se reían, acusando al guía de haber montado el incidente. Oí el ruido de la primera puerta al cerrarse; luego, más débilmente, percibí el rumor de la segunda. Ya no quedaba casi nadie en la cámara de tortura.

Se hizo un silencio imponente. Transcurrieron unos minutos. Después se abrió la puerta de golpe. Alguien cruzó con pesados pasos la habitación.

—Ya podéis soltarlo.

En aquel instante se encendió la luz. Beppo apartó su brazo de mi garganta y retiró la navaja de mi costado. Enfrente tenía a mi viejo camarada Forster.

—Yo había profetizado, señor Nye, que nos veríamos muy pronto —dijo Forster—. Ahora bien, no llegué a sospechar que transcurriría tan poco tiempo desde nuestra primera entrevista ni que tendríamos ocasión de charlar en un sitio tan adecuado como éste.

Yo no disponía de una respuesta apropiada a las anteriores palabras, así que guardé silencio. Forster prosiguió diciendo: —El «Palazzo» se cierra a las cinco. El último grupo de turistas está saliendo de él en estos momentos. Cerradas las puertas, en el corredor no es posible oír nada de lo que pasa aquí dentro. El guía y el vigilante nocturno han cobrado sus respectivas asignaciones. Señor Nye, tenemos por delante una larga noche, a prueba de sorpresas.

Acerté a hablar.

—He de confesar, Forster, que es usted endiabladamente inteligente. No tengo inconveniente en admitirlo.

—Es usted muy amable. ¿Querrá ahorrarse a sí mismo algunas molestias diciéndome dónde puedo encontrar a Karinovsky ?

—A mí mismo me gustaría saber dónde para —declaré—. Dábase por descontado que se reuniría aquí conmigo.

—Pero no ha venido. ¿Cuál es el segundo lugar de cita elegido?

—No quedamos en nada.

—¿Dónde vive Karinovsky?

—Lo ignoro.

Forster movió la cabeza, grande e impresionante.

—Su actitud, señor Nye, no le dará el menor resultado. De veras. Ha dispuesto usted de tiempo más que suficiente para descubrir el paradero de Karinovsky. Si no le vio aquí se pondrían de acuerdo para señalar un segundo sitio donde encontrarse. Hable.

Moví la *cabeza*, denegando. Me sentía verdaderamente inquieto.

—Esto no me agrada, señor Nye. Me está usted obligando a que haga uso de la *fuerza*.

Empecé a decirle otra vez que no sabía nada y él me atajó con sequedad.

—Usted está informado y confesaré —afirmó Forster—. Ya que se niega a portarse bien, continúe la discusión con mi colega, el doctor Jansen.

Forster se alejó de mí. Intenté replicar, dar con una contestación sensata. No se me ocurría nada. Noté un movimiento a mi espalda. Me acordé entonces de Beppo. Inicié un giro. Pero en aquel instante sentí un golpe en la nuca y perdí el conocimiento.

## Capítulo 9

AL DESPERTARME vi que me había convertido en algo así como un personaje importante de un filme terrorífico. Tenía las muñecas maniatadas, frente a mí, y me rodeaba la cintura un trozo de cadena, sujeta a una gruesa anilla clavada en un muro. Ya de pie, comprobé que podía moverme unos centímetros sobre las losas de piedra, hasta que la cadena me inmovilizaba. ..

Retorciéndome, descubrí que en el bolsillo de la derecha, en mi americana, no había nada. El revólver que me diera Guesci había desaparecido. No me había hecho la ilusión de poder apoderarme de él, pero lo cierto es que me quedé profundamente desconcertado.

Examiné las esposas. Eran modernas y eficientes. La cadena era tan gruesa que hubiera podido ser utilizada por un remolcador para tirar de un barco. El candado que aseguraba su unión con la anilla era nuevo. Esta última se encontraba firmemente encajada en el muro.

—¿Le satisfacen a usted los preparativos? —me preguntó alguien. La voz era profunda, amenazadora, ligeramente burlona.

Miré a mi alrededor y por un momento no vi a nadie. Después bajé la vista.

—Soy el doctor Jansen —dijo el hombre.

Se trataba de un enano que no mediría un metro de estatura siquiera. Tenía una cabeza grande, bien formada. Sus saltones ojos azules se asomaban al rostro detrás de unas gafas de gruesos cristales. Vestía un traje oscuro y se había puesto encima de él un delantal de goma. Llevaba barba. Parecía un Paul Muni en miniatura representando el papel de Pasteur a su escala.

Otro hombre se había sentado junto a uno de los muros. Su faz quedaba algo sumida en las sombras. Al principio tomé al desconocido por Forster, que se preparaba para presenciar el espectáculo. Se trataba de Beppo, en realidad.

—He escuchado sus conversaciones con el señor Forster —declaró Jansen—. He sacado de ellas la impresión de que es usted un hombre inteligente. Esto me



satisface. Sepa que la efectividad de las técnicas de coacción, es decir, su eficiencia en función del tiempo y la energía empleados, se incrementa cuando el «paciente» posee una mentalidad superior a la media normal.

Nunca había oído una afirmación semejante. No formulé ningún comentario. El doctor Jansen, sin embargo, parecía estar habituado al monólogo.

—La inteligencia del sujeto es, desde luego, un factor solamente. Lo mismo de importante resulta en aquél el grado de sensibilidad. Esto, a su vez, es una consecuencia de la imaginación. ¿Sabía usted que las dos cualidades son de importancia vital?

—No, señor. No lo sabía. ¿Y por qué es así?

—Porque no hay que contar únicamente con la tortura exterior. Uno también suele torturarse a sí mismo —contestó el doctor con una sonrisa reveladora de unos dientes muy blancos y diminutos. Me prometí formalmente ensayar en él algún día ciertas prácticas odontológicas con la exclusión de calmantes.

—Sin tal fenómeno —añadió Jansen—, no habría ni que pensar en una auténtica ciencia coactiva. Se produciría un dolor brutal, vendría luego la negligente resistencia, el desmayado alivio... Tal sería el ciclo sin el concurso de la inteligencia y la sugestibilidad.

Me dije que todo aquello era un engaño, que nadie iba a torturarme, que nada iba a pasarme en definitiva. Pero no logré creerme a mí mismo. El sonriente enano de las manos menudas y gordezuelas como las de un muñeco podía conmigo, evidentemente. Yo me sentía cada vez peor.

—Es posible que usted se pregunte por qué razón me molesto en explicarle todo esto —Jansen se acarició la barba, sin dejar nunca de sonreír—. Procuero alimentar su imaginación. Usted debe saber lo que le espera; usted ha de reflexionar sobre ello. Su inteligencia y su fantasía soltarán, darán plena libertad de movientes, al supremo torturador que habita en su mente.

Asentí sin prestarle mucha atención. Intentaba forjar un plan para salir de allí conservando la piel. Ni siquiera me importaba en aquellos instantes ceder una pequeña parte, de ser preciso. ¿Y si le facilitaba a Forster una dirección, una dirección cualquiera, diciéndole que era la de Karinovsky? Una treta así me haría ganar un poco de tiempo, pero no mucho. Y las cosas, además, se me pondrían más difíciles.

—Mi método —decía el doctor Jansen— se basa en la claridad. Yo explico mis teorías e intento responder a sus preguntas. Pero, por supuesto, no puedo contestarlas a su satisfacción.

—¿Por qué?

—Porque todas sus preguntas pueden, en último término, ser reducidas a un problema final y sin solución. Lo que usted quiere realmente, señor Nye, es la solución al viejo problema metafísico: «¿Dónde radica el dolor?». Y ya que no me encuentro en condiciones de responder a tal pregunta, lo importante es (siguiendo las leyes de alimentación de la fantasía), aumentar la ansiedad, la angustia...

Escrutaba mi rostro cuidadosamente mientras hablaba. Probablemente, se dedicaba a observar mis reacciones. Querría descubrir, quizás, una distensión típica en las pupilas de mis ojos, un tic facial, cierta sequedad de labios, un pronunciado temblor digital...

—¿Tiene usted que decirme algo referente al señor Karinovsky? —inquirió Jansen.

—Yo no sé dónde para ese hombre.

—Muy bien. Comenzaremos, pues.

Sin demostrar la menor prisa, sacó un par de guantes de goma de uno de sus bolsillos, que procedió a calzarse. Contempló luego atentamente los instrumentos que colgaban de la pared, seleccionando por fin unas pinzas que tendrían metro y medio de longitud. Eran negras, de forma angular y estaban enmohecidas. De burda confección, los dos brazos se hallaban imperfectamente unidos. Jansen abrió y cerró las pinzas varias veces, probándolas. Se oyeron unos leves chirridos al principio, pero luego las mandíbulas de la alargada tenaza comenzaron a cerrarse con un seco y metálico golpe.

Después, Jansen avanzó hacia mí con las pinzas extendidas frente a él. Me agaché al tiempo que me arrimaba al muro. Seguía sin dar crédito a lo que estaba viendo. Los brazos de las pinzas se abrían como las fauces de un chiquiguo. Las puntas se acercaban progresivamente a mi rostro. Ya estaban sólo a unos centímetros de éste... Y yo oprimía mi cabeza contra la pared. Al darme cuenta de que así no conjuraba el peligro, quise gritar. Pero de mi garganta no salió el menor ruido. Estaba tan asustado que ni siquiera me desmayé, manteniéndome el mismo nerviosismo bien alerta y despierto.

Luego oí a alguien que daba continuos puñetazos en la puerta. Escuché unas voces:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya tengo a Karinovsky! ¡Beppo! ¡Échame una mano! Beppo dio un salto, lanzándose a toda prisa sobre la puerta. Una vez la hubo abierto, subió dos peldaños de la escalera y emitió un gruñido. Dio la vuelta y regresó con una profunda expresión de enojo en la cara. Pasaron unos segundos antes de que comprendiera que le acababan de clavar un puñal en el pecho. Vi asomar por encima de su ropa la empuñadura de brillante plástico de aquél, negra...

Oí a escasa distancia el rumor de unos disparos. Esto debía suceder en el corredor. Mi salvador, por lo que yo apreciaba, se hallaba bastante ocupado.

Beppo intentó sacarse el puñal. Lo logró a medias, derrumbándose casi inmediatamente, estando a punto de caer sobre el doctor Jansen.

El enano se escabulló para evitarle. Seguía sosteniendo entre sus manos las pinzas, mostrándose un tanto descuidado. Me las arreglé para asir el extremo libre. Luego tiré con fuerza y Jansen perdió el equilibrio antes de poder apartarse. Tan pronto sucedió esto, abatí los hierros, alcanzando a mi oponente en los tobillos y derribándole. Extendí un brazo, reteniéndole por el delantal. Él dio un grito e intentó huir. El delantal se desgarró y comenzó a arrastrarse para ponerse fuera de mi alcance.

Invertí las pinzas, dejando las manecillas abiertas e imprimiendo a aquéllas un movimiento repentino hacia delante. Cogí a Jansen por el brazo izquierdo, que quedó entre las fauces del férreo chiquiguo, cerrando el artefacto.

Jansen respiraba tan aceleradamente que no pudo lanzar un grito. Retorcíase alrededor del eje de las pinzas como un salmón arponeado, procurando librarse con la mano libre de la inmóvil boca de hierro que le atenazaba. Aumenté levemente la presión. Su faz tomó entonces un color muy pálido. Miraba a un lado y a otro, desesperado. Tenía la barbilla cubierta de saliva.

—¡Deme la llave! —le ordené—. ¡Deme la llave inmediatamente si no quiere que le pulverice el brazo! Me refería a la que necesitaba para abrir las esposas.

Aquello debía resultar melodramático en exceso, quizás, pero, en fin, estaba recurriendo a una treta de tipo psicológico.

Sacó la llave de uno de los bolsillos de la chaqueta y me la entregó. Quise alcanzarla y en ese momento me di cuenta de que nos encontrábamos separados por metro y medio de pinzas. Obligué a Jansen a que se me acercara, instante en que, desentendiéndome de los hierros, le sujeté por la garganta.

—Abra las esposas.

El hombre obedeció. Después me libró de la cadena que me retenía por la cintura. Ya era libre. Con un extremo de aquella misma cadena propiné un fuerte golpe a Jansen en la cabeza. El enano se derrumbó, quedándose inmóvil en el suelo.

Salté por encima de Beppo y comencé a subir por las escaleras, en dirección al corredor. La oscuridad era total y no vi a nadie. Creí haber oído unos pasos a mi izquierda, de manera que torcí hacia la derecha y empecé a correr.

## Capítulo 10

ME DESLICÉ por interminables pasillos de suelos y paredes de mármol. Resonaban profundamente entre éstas mis pasos a causa del gran silencio reinante. Dejé atrás angostas ventanas medievales, cada una de las cuales aparecía cubierta con modernos postigos de acero. Había muchas, sí... Me veía a mí mismo correr siempre en torno al punto central, invariable. Sentía punzadas en un costado y me dolía una pierna, pero no por eso aminoré la marcha. Finalmente descubrí una puerta de madera. Salí a la niebla y al aire salado. Pisaba los redondos guijarros de un empedrado. Había abandonado el edificio.

Me encontraba en una calle insignificante que se deslizaba a lo largo de un canal de estancadas aguas. A mi izquierda quedaba la boca de una oscura vía. En la lejanía divisé un halo de luz. Me había extraviado. Pensé que estaría tan sólo a unas cuantas manzanas de distancia de San Marco y la «Riva degli Schiavoni». Pero no sabía qué dirección seguir. Me volví hacia la derecha, en busca del resplandor descubierto.

Venecia es una ciudad extraordinariamente pequeña. Esto es cierto siempre y cuando uno no intente trasladarse a alguna parte con prisas. Entonces entra en juego su sucia maraña de calles, canales y puentes, que se convierten en una obsesión y se cuelgan del visitante lo mismo que un viejo e impertinente mendigo. La ciudad toma en tales circunstancias un aire insufrible. Y salen al paso todas sus ridículas plazas, del tamaño de un sello de correos, de las que irradian cinco, seis o siete callejas estrechísimas —así como las infinitas vías, «salizadas», ríos, «fundamentas» y «molos»—, cruzándose y recruzándose igual que los cortesanos entregados al *minuet*. Venecia en estas condiciones es una ciudad provincial que pretende dárseles de metrópoli; es un monumento superfluo y fantástico que quiere figurar como algo real y necesario... Id a Venecia; admirad sus obras de arte; gastad dinero; enamoraos... He aquí unos objetivos plenamente justificados en el seno de tal población. Ahora bien, no aspiréis a valeros de la ciudad para salvar vuestra vida. La excéntrica y antigua Venecia deplora todo sentido práctico.

Pasé por un empinado y menudo puente, adentrándome en un patio. Divisé los sombríos muros de un grupo de casas que parecían estar dándome sus espaldas. Escuché un rumor de voces y de música, procedente de un receptor de radio o televisión. Al detenerme de pronto, sentí que alguien se paraba también... Me desplacé rápidamente hacia una abertura existente entre los edificios. Detrás de mí oí un sonido, una especie de tos. Y luego un golpe seco. Una pequeña nube de polvo cayó sobre mí. Alguien había disparado una pistola provista de silenciador, incrustándose la bala en el muro cercano, por encima de mi *cabeza*.

Eché a correr. Crucé unos cuantos canales y me perdí por otras calles. Así llegué a una amplia plaza dominada por una iglesia. Creí identificar la masa de piedra que adornaba su crestería: Santa María Formosa. Había avanzado en una dirección errónea, encaminándome a un distrito que me era desconocido. Escuché a mi espalda un susurro de pasos.

Dejé atrás la iglesia y me interné en otro laberinto de callejas. Ya no sentía ninguna punzada en el costado. Había desaparecido por efecto del terror. Corría como un potro desbocado y el sonido de aquellos pasos fue perdiendo intensidad gradualmente. El agente X se había salido con la suya de nuevo.

Pero me sentí satisfecho de mí mismo demasiado pronto. Al llegar al final de la calle en que me hallaba me detuve frente a un muro de piedra, un obstáculo insalvable. A la izquierda divisé otra pared. Lancé un gemido, presa del mayor desaliento. Venecía me *acababa* de obsequiar con otra de sus características sorpresas.

A la derecha, a tres o cuatro metros de altura, contemplé un artístico balcón. Retrocedí. Seguidamente, eché a correr y dando un salto que sólo un campeón de carreras de obstáculos hubiera podido igualar, me así a la parte inferior de aquellos hierros. Percibí un crujido. Balanceándome pesadamente, logré alcanzar con una pierna el piso del balcón. En tan comprometida situación comprobé que alguien, desde arriba, intentaba herirme en el rostro con un instrumento cortante.

—¿Por qué hace usted eso? —inquirí.

—¡Fuera, fuera del balcón! —dijo una voz femenina.

Entreví una masa de negros cabellos y un ondulante albornoz. Yo hacía todo lo que podía por evitar la amenaza terrible que significaba aquel cuchillo.

—¡Fuera! —gritó ella.

—Está bien —repuse con amargura—. Ya que tiene tanto interés en que abandone el balcón, le proporcionaré el placer de contemplar cómo me matan.

La desconocida se quedó repentinamente quieta.

—¿Qué habla usted?

—Estoy en un apuro, señorita —repuse.

La joven era americana. Contaría unos veinticinco años de edad y se me antojó bien parecida.

—No le creo —afirmó.

—Claro que no me cree. Entonces, ¿qué es lo que piensa usted? ¿Que estoy realizando los ejercicios que practico todas las noches para mantenerme en forma? —ella hizo caso omiso de mi humorística consideración.

—¿Qué clase de apuro es el suyo? —quiso saber.

—Varios hombres intentan capturarme.

—¿Por qué razón?

—De momento no me encuentro en condiciones de poder explicárselo.

La joven me miró, pensativa. Sí. Era una mujer bien parecida, desde luego. Sin el cuchillo en las manos se me habría figurado sensacional, incluso. Por último, según vi, llegó a la conclusión de que no se las había con un asesino ni con un violador. Seguramente, se dijo también que tampoco era un ladrón. Yo podía ser muchas otras cosas aparte de lo indicado, pero ninguna de ellas era previsible para una muchacha de Forest Hills.

—No sé... Todo esto es muy extraño...

—Decídase de una vez —apremié—. No voy a estar colgado toda la noche.

Ella frunció el ceño, haciendo avanzar el labio inferior. Muy mono, por cierto... Volví la cabeza, disponiéndome a dejarme caer sobre la calzada. —¡Oh! ¡Demonios! Entre.

Trepé hasta lo alto del balcón, penetrando después en el apartamento de mi salvadora. Ésta me siguió tras haberse sujetado con más firmeza el albornoz a la cintura, manteniéndose lista para atacarme con el cuchillo en caso necesario. Me aproximé a la primera butaca que vi, sentándome. Al cabo de un rato, ella se acomodó en el sofá, encima, con las piernas recogidas.

Desde el sillón yo contemplaba buena parte de la calle. No divisé a nadie. Tal vez hubiera desorientado a mis perseguidores. Cabía la posibilidad también de que me estuviesen aguardando una manzana más arriba. Encendí un cigarrillo, poniéndome a reflexionar. Pensaba en mi futuro, principalmente. De nuevo me veía asaltado por una serie de dudas relacionadas con mis supuestas aptitudes para trabajar como agente secreto. De todos modos, no me habituaba jamás a aquella existencia. Se me antojó lo mejor renunciar, abandonar el peligroso juego y regresar a París...

—¿Y bien? —inquirió la dueña del apartamento.

—Y bien... ¿qué?

—¿No va usted a explicarme nada?

—No puedo —repliqué—. No me está permitido.

Dije eso mecánicamente, pero a continuación pensé que así debía de ser, en realidad. El caso es que ella se impresionó, ahorrándome una serie de tediosas explicaciones.

Intercambiamos toda una colección de datos relacionados con nuestras respectivas existencias. Mavis Somers había estado en Hunter y yo en la universidad de Nueva York. Los dos visitamos Miami en los últimos días del mes de febrero de 1961. Mavis procedía de la escuela superior de Summit, en Nueva Jersey; yo había conocido la de South Orange.

Charlamos. Ella preparó unas tazas de café instantáneo y continuamos charlando. Hablamos de cosas insustanciales. Poco a poco elaboramos una red invisible de mutuos acuerdos. Cayó en mis brazos sin mucha resistencia. Ni aun llegué a pensar que ésta pudiera darse. ¡Qué diablos! Aquello, de todas maneras, habría ocurrido en nuestra siguiente entrevista, o posteriormente. (Los hombres americanos suelen hacer el amor en seguida a las mujeres que les gustan; tienden, en cambio, a desistir de tal proceder cuando se enfrentan con una dama a la que pueden amar andando el tiempo.)

Así transcurrió la noche. Las luces del amanecer disiparon las últimas sombras entre cantos de pájaros y se iluminaron los tejados de todas las casas. Por las calles ya no avanzaban siniestras figuras. Pedí autorización a Mavis para usar su teléfono y llamé a Guesci. Me quedé sorprendido al escuchar su voz.

Guesci se había enterado de que el éxito de su plan se hallaba comprometido media hora después de marcharme yo. Entonces se había trasladado al Palacio Ducal para cancelar la operación. Había localizado a Karinovsky oportunamente. Pero en aquellos instantes yo estaba metido ya en la cámara de los tormentos.

Él y Karinovsky habían actuado como unos comandos. Guesci consiguió dar muerte a Beppo mientras Karinovsky vigilaba el corredor. Se habían visto obligados a dejarme en manos de Jansen en tanto se abrían paso hacia la salida del palacio. Resultado: Guesci había sido herido en un muslo, recibiendo Karinovsky una cuchillada en un brazo.

—Fue una desgracia —opinó Guesci—. Lo siento por Karinovsky, especialmente. En estas tareas hay que desarrollar una actividad extraordinaria y hasta llevar un ritmo. La eficiencia del cazador crece conforme aumenta el

desfallecimiento de su presa. Hemos de sacar a Karinovsky de aquí esta misma noche.

Yo no suscribí la teoría de Guesci. Sabía, simplemente, que Venecia era demasiado pequeña para aquel juego de ratón y gato y que Forster había puesto en movimiento numerosos hombres. Pese a tal desventaja, sin embargo, no me agradaba nada la facilidad con que incurriamos en torpes movimientos. La precipitación no trae nunca nada bueno. De la forma que marchábamos, las heridas leves de Guesci y Karinovsky podían transformarse al día siguiente en otras mortales de necesidad.

—Quizás sea lo más prudente esperar uno o dos días —sugerí.

—Imposible de todo punto —opuso Guesci—. Aparte de otras consideraciones, ésta es la última noche en que se da la pleamar primaveral.

Esto parecía decir algo, sí, pero yo no lo entendí.

—¿Y qué? —pregunté.

—Tenemos, pues, que sacar a Karinovsky de aquí esta noche, ya que mi plan depende de eso.

—Ya, ya... Pero, ¿por qué depende de la pleamar?

—No es el presente el instante más oportuno para que le dé explicaciones, señor Nye. Karinovsky le facilitará los detalles que precise. Le encontrará en «Viale di Santazzaro», cerca de la «Piazzetta dei Leoncini», en el número 32. ¿Sabe dónde es?

—Puedo averiguarlo. Sin embargo, quisiera saber...

—No hay tiempo ahora. Habrá de encontrarse allí esta noche, a las ocho y media. Vaya a la hora en punto, ni antes ni después.

—¿Y qué hago si veo que alguien me sigue?

—Al elaborar el plan se ha previsto tal posibilidad —afirmó Guesci.

—No se puede imaginar lo que me alegra oírle decir eso. ¿Qué sugiere su plan en tal caso?

—Habrá de ser precavido, desde luego. He de insistir en ello. En este asunto se halla en juego la reputación de Forster y hasta su seguridad personal, si pensamos en quiénes son sus jefes. Le recomiendo encarecidamente que evite los lugares solitarios. Es posible que Forster no se haya puesto tan nervioso como para asesinarle a usted en público, pero no hay que despreciar tal riesgo. Por lo demás, yo pienso que la elección de específicos cursos de actividad debe ser dejada en sus manos, a fin de obtener el mejor fruto de su personal experiencia. —Gracias, maestro. ¿Y dónde estará usted mientras yo me esfuerzo por conseguir esos sazonados frutos?

—Le aguardaré en el continente, cerca de Mazzorbo. Karinovsky conoce el lugar. Yo había pensado en acompañarles en su huida. Ahora mi pierna no haría más que dificultar las cosas.

Me sentí avergonzado por haber formulado aquella pregunta. Apresuradamente, inquirí:

—¿Qué tal marcha el brazo de Karinovsky?

—Bastante mal. La herida le produce un dolor considerable. Pero nuestro amigo es un hombre enérgico, muy decidido. Por añadidura, tiene una gran fe en usted, señor Nye. Confío en que logrará sacarle con éxito de aquí.

—Eso espero —murmuré.

—Nada más colgar voy a ocuparme de mi propia partida —anunció Guesci—. ¡Buena suerte!

Cuando ya había quedado interrumpida la comunicación, advertí que se me había olvidado dimitir. Era ésta una cosa típica de mí ya. De todas maneras, yo no podía huir encontrándose Guesci y Karinovsky en aquella situación. Tal clase de cobardía requiere más valor del que yo en realidad poseo.

—¡Dios mío! Tú estás verdaderamente preocupado.

Acababa de hablar Mavis y yo asentí, malhumorado.

—¿No hay modo de salir de ese atolladero?

—Un día más y todo habrá terminado —le aseguré.

Era cierto. Veinticuatro horas más y, con un resultado u otro, todo habría acabado.

Nos pusimos de acuerdo para vernos en París una semana más tarde. Mavis me besó, diciéndome que era un imbécil y que tenía que prometerle que me cuidaría. Luego la besé yo y así sucesivamente, con lo que el agente X estuvo a punto de retirarse de la organización a que pertenecía de un modo efectivo. Pero Mavis divisó a un hombre haraganeando por las inmediaciones del edificio, un individuo en quien yo identifiqué a Cario, por su ceñuda expresión. Había llegado el momento de que «Pepe le Moko» huyera una vez más por los tejados de la Casbah veneciana.

## Capítulo 11

ME MARCHÉ por una retirada calleja, eludiendo la vigilancia de Cario sin dificultad. Era ya una hora bastante avanzada de la mañana y disponía de tiempo sobrado por delante, que había de matar por un procedimiento u otro. Tomé una góndola en el puente de Rialto, y en las inmediaciones de la oficina de telégrafos penetré en un establecimiento, donde me sirvieron café. Seguidamente caminé un rato por los alrededores, sacando una entrada para la representación de la tarde en el teatro «Fenice». Pusieron en escena «Aída». Aproveché aquella oportunidad para dormir un poco, saliendo del local a las cuatro y media con el propósito de beber algo. Hacia las cinco comencé a sentirme bien. Me notaba más animado, más optimista. Sentí apetito por vez primera en dos días, así que me acerqué a «Leonardi». Pedí pasta, sopa y camarones «Véneta». A las seis y cuarto pagué la cuenta, disponiéndome a marcharme.

Alguien me sonreía desde una mesa próxima a la mía. Correspondí a aquella sonrisa con otra mecánicamente, descubriendo entonces a Forster. Acababa de cenar también. De nuevo se apoderó de mí el desaliento de horas antes.

—¿Podría charlar con usted unos momentos, señor Nye? —me preguntó.

—¿Qué desea usted? —inquirí, manteniendo la distancia que nos separaba.

—¿Cree que muerdo acaso? ¿Espera que le acribille a balazos aquí mismo, dentro de este restaurante?

—Una pistola con silenciador acomodaría a su propósito —sugerí.

—No, no, aquí, dentro de «Leonardi», no hay nada que hacer —Forster sonrió muy complacido—. En este local se sirve el mejor «scampi» de Venecia. Por consiguiente, los servicios secretos de todos los países ven en el establecimiento una especie de santuario inviolable. Hay que hacer una excepción, sin embargo: los

albaneses. Pero, en fin, éstos no cuentan para nada. Aparte de que es difícil que a un albanés se le consienta entrar aquí.

—Gracias por ponerme al corriente de las reglas del juego en este restaurante —respondí tomando una silla.

—Intentaremos guardar las apariencias. ¿Un vasito de vino?

—No, gracias.

—Es usted muy cauteloso...

—¿Para qué quería usted hablar conmigo?

—Para ocuparme de su partida.

—¿Es que voy a alguna parte?

Forster sacó de un bolsillo de su americana un largo sobre que colocó encima de la mesa.

—Dentro de este sobre encontrará usted la suma de cinco mil dólares americanos. Y también un pasaje aéreo para París, de «Alitalia», vuelo número 307. Se le ha reservado la plaza y el avión despega dentro de una hora, aproximadamente.

—Está usted en todo —comenté sin tocar el sobre.

—Psss... Me gusta hacer favores. Es una de mis cualidades. Además, usted va a hacer algo por mí, para corresponder. Usted va a decirme dónde podemos encontrar a Karinovsky, ahorrándonos de paso la molestia de matarle.

—Todo eso vale mucho más de cinco mil dólares —afirmé.

—Considero mi ofrecimiento más que generoso. Su partida, en realidad, es de un valor nulo para mí.

—Entonces, si le da lo mismo, me quedaré.

Forster frunció el ceño antes de responder.

—No, no me da lo mismo. Por supuesto, lo más conveniente es que usted me facilite la información, quitándose acto seguido de en medio. Pero lo contrario no supondría precisamente un grave obstáculo. Su influencia en el presente caso es despreciable, señor Nye.

—Así pues, valora usted su desdén en cinco mil dólares, ¿eh? —comenté.

—Espero que se dé cuenta de que esa suma es, simplemente, una atención, un obsequio para que se le quite el mal sabor de boca que le pueda quedar como consecuencia de la derrota. Usted y yo somos agentes profesionales del servicio secreto. Estamos en condiciones de considerar el tema con sinceridad. No ignoramos que una guerra se compone de muchas batallas. El soldado más juicioso no desprecia la idea de la retirada cuando sus probabilidades de vencer son escasas. Nos aferramos a la lógica de la situación más que a la emoción del momento. Antes que nada hemos de enfrentarnos con los hechos.

—¿Qué hechos considera usted?

Forster tomó un sorbo de vino.

—Su posición se ha presentado insostenible desde el comienzo mismo de la aventura. Supimos en seguida quién era usted, con quien trabajaba, qué objetivo deseaba alcanzar. Hemos logrado detenerlo dos veces en el espacio de veinticuatro horas sin experimentar la menor dificultad. Nos consta que continúa empeñado en sacar a Karinovsky de Venecia; estamos enterados de que esta noche va a efectuar el máximo esfuerzo en tal sentido. Nos hallamos convencidos, para terminar, de que no se le ofrecen las menores posibilidades de salir airoso del trance.



—¡Qué porvenir tan negro me pinta usted! —exclamé.

—Puede que a no tardar mucho le parezca más sombrío todavía.

—Adelante, pues.

Forster se inclinó hacia mí, severo.

—Nye, nosotros pudimos haberle matado en cualquier momento desde aquél en que puso los pies en Venecia. No nos libramos de usted violentamente a causa de la existencia de un conflicto entre los servicios de seguridad y contraespionaje. Desde el punto de vista del primero, usted debía haber sido apartado del juego a raíz de su identificación. Los hombres del contraespionaje, por otro lado, querían que se le dejase correr por donde quisiera, con la esperanza de que, involuntariamente, nos condujera a todos hasta Karinovsky. En la etapa inicial de la operación, este último fue el criterio que se impuso.

—¿Y qué pasa ahora?

—Ha llegado el instante de cancelar el caso. Hay otros muchos asuntos que atraen nuestra atención; no podemos atar de pies y manos a nuestros hombres indefinidamente, mientras usted se dedica a corretear por esta ciudad. Insistimos en averiguar el paradero de Karinovsky. Daremos con este hombre hable usted o no. Su negativa dificultará nuestras actividades ligeramente, pero al mismo tiempo todo también se tornará más difícil y doloroso para usted. Sabremos la verdad de un modo u otro. Y lo único que conseguirá con su terquedad será una muerte rápida. ¿Qué dice usted a eso?

Forster me tendió el sobre. Yo me sentía muy nervioso. El hombre esperaba que lo aceptase. Mi negativa parecía ser una ingenuidad, un suicidio. No obstante, denegué con un movimiento de cabeza, poniéndome en pie,

—Muy bien, señor Nye. Ya que usted desprecia los métodos corteses y civilizados, nos vemos obligados a recurrir a otros procedimientos menos suaves. Dentro de muy poco volveremos a preguntarle por el paradero de Karinovsky. Sin embargo, la próxima vez nuestra presión será más firme.

Aquí terminó todo. Abandoné el restaurante. Afuera, el sol caminaba hacia el ocaso.

## Capítulo 12

ME DIJE que, en verdad, mi situación era algo apurada. Me costaba trabajo creerlo, con todo. Un cálido y glorioso sol bañaba en luz las partes altas de los viejos edificios. Las aguas de los canales chisporroteaban lanzando destellos en todos los matices del azul y del castaño. Centenares de personas paseaban tranquilamente por las angostas calles. Un hombre sin afeitar se empeñó en venderme una góndola de juguete cuando las auténticas se deslizaban ágilmente por el agua no muy lejos de nosotros. El aire olía a café tostado. La luz del sol, las gentes, las estrechas vías, de protector aspecto, los relucientes canales y otras cosas que veía me producían una peligrosa sensación de seguridad.

Caminé un buen rato. Después tomé un «vaporetto» en las cercanías del teatro «Malibran». Estaba tan atestado de público como un vagón del metro neoyorquino a cualquiera de las «horas punta». Me situé en el centro de la embarcación, asiéndome a un palo.

A mi izquierda vi un hombre de poca estatura, cuadrado, que por su aspecto físico parecía ser un trabajador. Frente a mí, casi abrazándome, me tocó una chica rubia que vestía un jersey verde y llevaba en las manos una carpeta con

reproducciones de obras artísticas. Tropezamos y nos retiramos alternativamente mirándonos con naturalidad.

Apretado contra mi costado derecho, había un turista de rojiza faz, embutido en una chaqueta de corte deportivo y complicadas solapas y botones. Le colgaba de los hombros una pesada cámara fotográfica y se había colocado entre los brazos un maltratado maletín de piel de cerdo. A su lado, ya sin poder asirse a nada, descubrí a un hombrecillo sin afeitar que vestía un traje negro. Tenía junto a los labios una débil mancha rosada: huellas de un lápiz de maquillaje. Estaba pegado a una joven de gran estatura, de pecosa faz y sobresaliente nuez. Maniobraba para colocarse junto a la muchacha rubia. Sus evidentes progresos se encontraban amenazados por una anciana dama embutida en un impermeable, la cual se mantenía absolutamente inmóvil.

El «vaporetto» pasó por el «Campo di Mars», adentrándose en el Gran Canal. Los que íbamos a bordo de la embarcación nos movimos al mismo tiempo. Los senos de la muchacha rubia se aplastaron por un instante contra mi chaqueta. El individuo de la mancha del lápiz de labios estuvo a punto de perder el equilibrio. Sólo el trabajador se mantuvo igual, como si hubiese sido una roca. El joven de la gran nuez pretendió salvar el obstáculo de la anciana dando un rodeo. Le bloqueó el camino su paraguas. La rubia se apartó de mí. El turista de la faz encarnada movió los pies, buscando una posición más cómoda y segura, quizá.

De pronto sentí una punzada en mi costado izquierdo.

Alguien me susurró junto al oído:

—¿Dónde está ese hombre?

Se trataba del turista. Su carnosa y congestionada cara quedaba a unos centímetros de la mía.

—El señor Forster me ha ordenado que le haga esa pregunta —añadió. —No sé de qué me está usted hablando —respondí.

Torné a sentir la punzada en el costado. La embarcación describió una curva y todos se inclinaron hacia un lado. Al bajar la vista descubrí que mi americana estaba desgarrada. La sangre goteaba sobre mis pantalones.

—Dígame dónde está ese hombre —insistió el desconocido.

Sentí otro fuerte pinchazo por debajo de las costillas.

El «vaporetto» describió una nueva curva y yo pude ver ahora perfectamente el maletín del turista. Había una gota de sangre en la esquina inferior más próxima a mí. Me quedé absorto contemplando asombrado aquello. Vi un acerado y fugaz brillo. La hoja afilada de un puñal o *navaja*, se escondió otra vez en aquel borde del maletín.

—La hoja está provista de un muelle —me explicó el turista—. Posee una longitud ajustable, según las necesidades. Ahora no he hecho más que usar un centímetro y pico de acero...

—Usted está loco.

—Vamos, dígame dónde para ese hombre. Dígamelo si no quiere que le deje como un colador.

Miré a mi alrededor. Nadie había notado allí nada anormal. La muchacha rubia andaba preocupada intentando romper el contacto de su seno izquierdo con el bolsillo de mi chaqueta. La dama continuaba bloqueando el camino al joven conquistador. El individuo de la cara manchada de carmín leía atentamente un impreso. El trabajador no cedía ni un palmo de terreno. El sujeto de la cara colorada, desde luego, iba a dejarme destrozado el costado.

—Pediré socorro —le anuncié.

—Hágalo, si eso le place.

Le vi oprimir el asa del maletín y yo me aparté de la centelleante y menuda hoja de acero, tropezando con la muchacha rubia. Ésta retrocedió, obsequiándome con una mirada de enojo. Con aquel movimiento no logré nada positivo. El tipo del rostro rojizo se desplazó conmigo, llenando inmediatamente el espacio que yo había dejado vacío.

Se apresuró seguidamente a poner el maletín en la posición conveniente, pero entonces el balanceo de la embarcación le hizo perder en parte el equilibrio. Así fue como erró el blanco, dando con mí cinturón.

—Hable —insistió.

Me esforcé por llevar a cabo otro movimiento, pero la pequeña muralla humana no cedía. ¿Iba yo a resignarme a continuar allí, esperando a que me apuñalara a placer el individuo de la ridícula chaqueta? ¿Podía suceder tal cosa a bordo de un «vaporetto», en Venecia, a la vista del público? Tenía el costado empapado de sangre. El otro se apretaba contra mí. Sudaba. Sentí un rígido cuerpo pegado al mío mientras se preparaba para llevar a cabo otro ataque con su disimulado puñal. La multitud que nos rodeaba no participaba en aquel drama. Todo el mundo miraba a un lado y a otro distraídamente. Había quien se entretenía comprobando los avances del joven de la nuez saliente, quien, al final, logró deslizarse en torno al paraguas de la vieja.

El maletín se movió y yo me retiré con viveza. La hoja de acero me rozó la carne a la altura de las costillas. Las personas más cercanas a mí me miraron, volviendo a concentrar su atención luego en el joven.

De pronto se apoderó de mí una ira atroz. Bajé las manos, entre comprimidas ropas, localicé el cinturón de mi atacante... Situadas aquéllas convenientemente, le propiné un formidable golpe en los testículos.

Lanzó un grito... Todos le miraron. También yo, que además fruncí el ceño, desconcertado. El pobre diablo se había llevado ambas manos a la ingle.

—¿Le sucede algo? —inquirí.

Entretanto, el joven había conseguido situarse junto a la muchacha de los cabellos rubios. Pero ahora que había alcanzado su objetivo no sabía qué hacer.

El tipo del rostro encarnado gimió. Le faltaba aire. Se ahogaba.

—Debe de haber sufrido un ataque —sugerí.

—Aflójele el cuello de la camisa —aconsejó la anciana del paraguas.

Le descubrí la garganta. Mi víctima abrió mucho la boca, desplazando con torpeza el maletín, alcanzando así al trabajador. Éste giró, golpeándole con un puño grande, deforme, atezado. Durante aquellos instantes de confusión me las arreglé para retorcerle despiadadamente la mano derecha.

El joven conquistador vio en todo aquello su oportunidad. Más seguro de sí mismo, formuló un comentario dirigido a la chica, quien fingió no haberlo oído. El trabajador intentaba excusarse por su nada meditada reacción. Mi adversario, trastornado, tembloroso, estaba evidentemente fuera de combate. Nadie podría contar con sus servicios en un futuro inmediato.

El «vaporetto» atracó a un embarcadero. Salté a tierra y eché a andar sin volver ni una sola vez la cabeza.

## Capítulo 13

LA PIERNA izquierda me empezaba a doler. Resbalaba la sangre dentro del zapato, empapando el calcetín. El sol se acababa de poner, pero la calle aparecía sumida en una dorada claridad que daba contornos fantasmales a todas las cosas. Venecia ponía en juego una de sus más viejas tretas. Yo me sentía muy débil para disfrutar de ella, sin embargo. Poco después resbalaba, al avanzar sobre los guijarros redondos del empedrado. Se me dobló la pierna izquierda e inicié la caída. Entonces alguien me sujetó, impidiendo que perdiera por completo el equilibrio.

El hombre que acababa de prestarme su ayuda era alto y fornido. Su rostro era de expresión amable y cruel, a un tiempo. Vestía un traje ligero de estambre, de correctísimo corte. Una corbata del color de sus ojos, de un azul grisáceo, había sido anudada descuidadamente al cuello de su camisa italiana de seda. En una de sus muñecas descubrí un voluminoso «Rolex Oyster Navigator». A mí me pareció una especie de araña tropical con su esfera negra y las manecillas y números fosforescentes.

—¿Le sucede algo, amigo? —inquirió con agradable voz, en la que noté un acento puramente británico.

—Sentí un mareo... —respondí—. Gracias por haberme cogido a punto ya de caerme.

Hice un movimiento de tanteo para libertar mi brazo.

—No tiene importancia.

Me soltó. Su breve movimiento me permitió ver la culata de una pistola «Beretta» del calibre treinta y dos, introducida en una funda de piel acomodada bajo la axila.

—Al parecer se ha hecho usted daño en la pierna —opinó mi auxiliador.

—Resbalé al abandonar el «vaporetto» en que llegué aquí.

El hombre asintió, examinando los leves desgarrones del traje.

—En los embarcaderos venecianos hay que caminar con cuidado. Se ven piedras que cortan como navajas, ¿verdad?

Me encogí de hombros. Mi interlocutor sonrió.

—¿Ha venido a pasar aquí sus vacaciones? —quiso saber luego.

—Pues... sí. En este momento buscaba la casa de un amigo mío. Lo malo es que estas calles le desorientan a uno. —Bueno. Yo conozco esta parte de la ciudad con cierto detalle. Tal vez pudiera serle útil.

Sentí un toque de atención. Me hablaba la voz de la prudencia. No hice caso. Tenía que suponer que era seguido y que mis adversarios preparaban otro asalto contra mí. De ser el desconocido un enemigo más, había tenido tiempo suficiente para realizar cualquier ataque. Si no era así, cabía la posibilidad de que Forster optara por modificar sus planes al comprobar su presencia. ¿Qué podía perder por el hecho de mantenerlo a mi lado?

—Busco la «Via di San Lazzaro» —dije.

—Creo conocer esa calle —repuso él—. Déjeme pensar un instante —en su frente se dibujaron las rayas verticales denotadoras de la concentración—. Sí, naturalmente. Queda directamente detrás de la «Piazzetta dei Leoncini», acabando en el «Molo». Habitualmente, uno cruzaría la plaza de San Marco, pero hay una ruta más corta si se deja atrás la Basílica, dirigiéndose a la entrada de la Mercería...

Más adelante viene esa vía denominada, un tanto grandilocuientemente, «Salizzata d'Arlecchino». ¿Quiere que le acompañe?

—Lamentaría tener que entretenerle...

—¡Bah! Dispongo de tiempo de sobras y no sé qué hacer —respondió mi nuevo amigo con una risita que no resultaba del todo desagradable—. Mi compañía me envió aquí para que llevara a cabo un trabajo, pero, por lo visto, no podré hacer nada ya.

—¿Su compañía?

—Sí, la «Bristol Business Systems» —nos encaminamos a la Mercería—. A propósito... me llamo Edmonds. Soy viajante de máquinas para oficinas. En el último momento, una firma americana, no sé cuál, nos ha chafado nuestro último contrato aquí.

—¡Qué interesante! —exclamé—. Yo también me dedico a la venta de ese tipo de máquinas.

Edmonds asintió. —Me lo había figurado, no sé por que.

Le miré fijamente. Máquinas de oficina, un contrato, una pistola «Beretta» bajo la axila... ¿Sería aquel hombre mi oponente inglés? En cualquier parte hubiera sido considerado esto una coincidencia excesiva; en cualquier parte menos en Venecia, donde la maquinaria de la ilusión se complace en originar lo improbable, lo nada corriente, lo inesperado... Ello tiene su precio, por supuesto. Influyendo en las probabilidades, Venecia echa a perder lo trivial, lo cual es una desventaja para la singular población.

El rostro de Edmonds, de irónica expresión, no delataba nada de particular.

—Lamento que haya perdido usted ese contrato —le dije.

—Es igual. Hay trabajo para todos. La verdad es que ahora he sido asignado a la representación de Jamaica,

—¿Existe mucha demanda de máquinas comerciales allí?

—Suficiente, para los modelos que nosotros vendemos.

—Deben de salirse de lo corriente, sin duda.

—Se trata de máquinas auxiliares que tienen diversas aplicaciones, eso es todo.

—Así pues, ¿abandonará usted Venecia pronto?

—Salgo de esta ciudad dentro de tres horas. Hago el viaje en avión. Dispongo de tiempo de sobras para revolotear un poco por las mesas...

Hice, seguramente, un gesto de extrañeza, ya que Edmonds se apresuró a explicarme:

—Me refiero a las mesas de juego del «Lido». Son el bacarrá y el «ferrocarril» las principales atracciones allí, desde luego... Yo lo que deseo es probar mi suerte a la ruleta. Nadie o casi nadie lo sabe: esta temporada fueron establecidas ciertas ventajas para la clientela con el intento de atraer a la gente que habitualmente se dirige a Monte Cario. Se ofrecen ahora algunas oportunidades...

—Parece interesante la cosa —opiné—. ¿Quiere acompañarme? Hacia el «Lido» me encamino. No pienso dar ningún rodeo.

—Me gustaría ir con usted —dije—, pero no me es posible.

—Ya comprendo —contestó Edmonds—. Bueno, ya hemos llegado. Esa es la «Via di San Lazzaro», con toda su grandilocuencia.

Le di las gracias por su amabilidad. Edmonds hizo un expresivo ademán, restándole importancia a sus atenciones.

—Lamento no poder acompañarle para mostrarle algunas perspectivas que hubieran sido de su agrado. Tal vez le ayude en alguna ocasión a no resbalar en un embarcadero u otro. Pero el tiempo, la marea...

Edmonds levantó una mano, en cordial gesto de despedida, y desapareció. Me había animado durante los minutos que hablé con él. Era un hombre que inspiraba confianza.

Consulté mi reloj de pulsera. Eran las ocho, casi. Comencé a avanzar lentamente por la calle, mirando uno por uno los números colocados encima de las entradas de las casas.

## Capítulo 14

UN ROJO destello parpadeó entre dos negros edificios. Luego desapareció finalmente, ahogándose, quizás, en la «Laguna Morta». Un viento nocturno susurraba veladas amenazas a la altura de las chimeneas. Las aguas del canal corroían como unas blandas encías desprovistas de dientes los pilares de piedras, ya carcomidos por la humedad y el paso de los siglos. Las altas y viejas casonas se agrupaban, «consolándose» mutuamente. Muchas figuras del Renacimiento se movían por la hundida calle, vestidas de azul, pretendiendo hallarse vivas. A mí no consiguieron engañarme. Yo sabía identificar una *danse macabre* cuando se me ponía por delante...

Alcancé el extremo de la «Via di San Lazzaro», donde ésta se internaba en el «Río Terra Maddalena». Buscaba el número 32, pero la calle acababa en el 25. Volví sobre mis pasos, indagué, procuré orientarme... Nada; allí no había ningún número 32. Empecé a sentir un fuerte hormigueo en la nuca.

Reflexioné. Desgraciadamente, no sentía el menor interés por los números de aquellas entradas. De un modo involuntario, me fijaba, por ejemplo, en cualquier rendija iluminada. Veía un tirador apostado en ella... Contemplaba mi cabeza atrapada en el redondo marco de un visor telescópico.

Me esforcé por poner el pensamiento en cosas más agradables. En estrangular a Forster, por ejemplo, o en sacarle las tripas al coronel Baker. También me vi en aquellos momentos escapando milagrosamente de Venecia para vivir el resto de mi existencia en el sur de Australia, como un sencillo pastor, entre reses.

¿Dónde paraba aquella condenada casa? ¿Me habría impuesto bien de la dirección? «Via di San Lazzaro», número 32. ¿No habría dicho Guesci «calle» di San Lazzaro? O «Viale»...

Sí. Eso tenía que ser. Pregunté y conseguí algunas indicaciones. «Viale di San Lazzaro» quedaba a cierta distancia, en Cannareggio. Avancé por entre nubes de polvo y humo de carbón, a toda prisa, cruzando el puente de la Estación, describiendo varias curvas a la derecha y otras a la izquierda, llegando así a las inmediaciones del paraje que a mí me interesaba. Pero luego me vi atrapado en una maraña de calles, por la *detta Massena*.

Había algunos turistas por aquella sección. Pasaron junto mí trabajadores, vendedores de «souvenirs», gondoleros libres de servicio... Una mujer muy gruesa, que llevaba una cesta con ropa, me dio algunas instrucciones. Pasé junto a un grupo de niños alineados, que caminaban bajo la vigilancia de una monja. Después

contemplé a mi lado a un pequeño que vestía un blanco traje de marinero, al que seguía un pescador calzado con botas altas, que le llegaban hasta la cadera.

El pescador continuó andando. El niño se detuvo. Saltaba alternativamente sobre una pierna y otra. De pronto, se llevó a la boca el extremo de una cerbatana. Oí un seco repiqueteo. Los proyectiles empleados por el chaval, guisantes seguramente, acababan de rebotar en pared situada a mi espalda. El chico sonrió y, volviéndose, tomó ahora por blanco a una señora vestida de luto que caminaba por la acera, portadora de un cesto de compras. Alcanzada en un costado, se detuvo, maldiciendo a la criatura, en un dialecto ininteligible. El pequeño saltaba incansable. La buena mujer prosiguió su camino.

El chico miró a su alrededor. Buscaba un nuevo blanco. Entonces apuntó de nuevo sobre mí y disparó. Levanté un brazo. Creo que llegué a oír el soplido de mi original atacante. Después sentí como un leve tirón en la manga. Examiné ésta y hallé una diminuta flecha clavada en el paño. La parte posterior de la misma era un trocito de algodón enrollado y la delantera una aguja manchada de añil.

Luego se encendieron las luces de la calle. Bajo una amarillenta claridad, contemplé la faz del chiquillo, todavía sonriendo. Junto a la gorra vi una frente surcada de arrugas. Sus ojos eran negros. Había unas diminutas bolsas bajo los párpados. Desde la base de la nariz hasta las comisuras de los labios descubrí ahora unas pronunciadas líneas. Las mejillas y el mentón estaban cubiertos por una capa de polvos...

Se trataba, sí, de un viejo amigo: el maligno Jansen, el verdugo enano.

Le examiné atentamente. Jansen se había afeitado. Me dirigió una perversa sonrisa. El enano se había disfrazado de niño, manejando una cerbatana infantil. Disparó nuevamente y yo procuré evitar el tiro. El dardo pasó a unos milímetros de mi cuello. Me pregunté si habría manchado la punta de la aguja con curare o estricnina o cualquier producto igualmente mortal por él obtenido.

Jansen danzaba y reía. Su imitación adolecía de defectos, pero bastaba a sus fines. Varios transeúntes se echaron a reír al verle. Jansen introdujo otro proyectil en su cerbatana.

Yo hubiera querido abalanzarme sobre él antes de que tuviera tiempo de disparar, lanzándolo de dos patadas al canal. Pero se había congregado allí ya una pequeña multitud ansiosa de divertirse, por lo visto. Sin embargo, se encontraban entre aquella gente tres personas, por lo menos, que no daban la impresión de estar muy alegres.

Una de ellas era Cario. La otra era el falso turista de la faz rojiza que conociera en el «vaporetto». En la tercera vi al individuo gordo que se había apoderado de mi taxi al poco de mi llegada al aeropuerto de Marco Polo.

Entonces comprendí que Forster, con su afición por los espectáculos de dudoso gusto, había montado toda una comedia en mi honor. Irritado, habían supuesto que me lanzaría sobre el enano para impedir que me alcanzase con sus proyectiles. En tales condiciones, lo más seguro era que la multitud, al ver que un hombre hecho y derecho atacaba a una criatura indefensa —aparentemente—, reaccionaría de un modo violento. Cario aprovecharía la escaramuza para hundirme una navaja entre las costillas.

Di la vuelta, alejándome. Los hombres de Forster empezaron a seguirme y Jansen se colocó al frente de ellos. Alargué el paso, preguntándome al mismo tiempo qué alcance tendría la cerbatana de mi agresor.

Intenté desvanecerme en la compleja maraña de calles, canales y puentes. Las luces de las farolas proyectaban, alargándola exageradamente, mi sombra, que llevaba detrás de mí como una cola. Crucé un puente, descendí por una vía y de pronto me vi en el «Ghetto Vecchio», frente a una diminuta sinagoga. Al igual que

en tantas ocasiones, me había extraviado. Doblé una esquina y entré en la «Viale di San Lazzaro». No experimenté ninguna sorpresa. Dentro del laberinto veneciano resulta difícil encontrar lo que se busca rápidamente, pero tampoco se puede andar desorientado mucho tiempo.

El número 32 quedaba al final de la calle, cerca del canal. Lo vi tras un alto muro de piedra recubierto por una hilera de cristales rotos. Había allí una pesada puerta de hierro, cerrada. La sacudí, escuchando el metálico ruido del cerrojo al correrse. La puerta se abrió por fin. Una voz gritó:

—¡Dese prisa!

Caminé a ciegas durante unos segundos, ya dentro. Tropecé repentinamente con un objeto muy duro, cayéndome. Me puse en pie en seguida. Delante de mí descubrí un Cupido de piedra.

Cerrada la puerta, el cerrojo volvió a su sitio. Y luego, Karinovsky se plantó a mi lado, sujetándome con fuerza por los hombros.

—¡Nye! —exclamó—. Mi querido amigo: llega usted con retraso. Comenzaba a temer que no viniese.

—Me entretuvieron, cosa que me fue imposible evitar —me oí a mí mismo contestar, en un despreocupado tono de voz, ligeramente divertido—. Debiera usted haber supuesto que no *habría* faltado a esta cita por nada del mundo.

Había hablado mi vanidad: una condición negativa que tantas veces ha ocupado el lugar del valor, con el que casi siempre se confunde.

## Capítulo 15

DETRÁS DEL muro de piedra había un jardín pequeño y arrasado, y a continuación venía la casa. Karinovsky me hizo pasar dentro, señalándome más tarde una silla. Quiso en primer lugar que bebiera algo.

—Honestamente hablando, no me es posible recomendarle el «slivovitz» —manifestó—. Guesci debe de haber pretendido gastarme una broma al enviármelo. Una cosa exquisita es, eso sí, el «Lachryma Christi», una bebida de denominación nada festiva, ciertamente.

Mientras bebía estudié al hombre que yo tenía que salvar. Karinovsky llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Usaba para ello un pañuelo de seda negro. Aparte de eso, me pareció el individuo decidido y competente de siempre. Había olvidado yo la leve inclinación, al estilo de los mongoles, de sus ojos. Una ligera mancha de gris quebraba la extraordinaria negrura de sus cabellos, lo que le daba distinción. Tenía el aire discretamente resignado o irónico, y el despego, característicos en los hombres que han conocido muchos cambios de fortuna: los presidentes de las repúblicas de América del Sur, por ejemplo. Yo me alegraba de estar allí y esperaba ser útil.

—¿Qué tal va su brazo? —le pregunté.

—Puedo valerme de él bastante bien todavía —me contestó Karinovsky—. Afortunadamente para mí, el agresor utilizó un arma muy corta. —Pudo haberle degollado con ella, por muy pequeña que fuese.

—Tal fue su intención. Para evitarlo, le presenté oportunamente el brazo.

—¿Qué hizo luego?

—Me dije que aquel sujeto era demasiado rápido para un hombre de mis años —declaró Karinovsky extendiendo ambas manos, en un patético gesto—. La



paré los pies valiéndome del sencillo expediente de propinarle un formidable golpe en la espalda.

Asentí, reprimiendo unos deseos incontenibles de aplaudir. Siempre me han impresionado las decisiones de efecto.

—Pero, bueno, usted parece haber tenido también sus problemas —objetó Karinovsky, fijando la mirada en mi pierna izquierda.

—Un rasguño —repuse con naturalidad—. Ciertos encuentros vienen a ser unas auténticas desgracias.

—En Venecia se ve de todo —reconoció filosóficamente Karinovsky, arrellanándose en su sillón.

Continuaban las maneras grandilocuentes. Pero aquello era algo irritante debido a que el éxito de su pose dependía de la forma en que yo desempeñara el papel de hombre-alarma.

Ni por un momento se me pasó por la cabeza la idea de prestarme a aquel juego. Saqué mi paquete de cigarrillos y le ofrecí uno a mi interlocutor. Absolutamente tranquilos, lanzamos en silencio al techo de la habitación unas cuantas bocanadas de azulado humo. Creí haber oído rumores de pasos en el jardín. Karinovsky me invitó a echar otro trago. La puerta de hierro se cerró con algún estrépito. Opté por aferrarme a mi papel, sin más consideraciones.

—¿Qué sugiere usted que hagamos ahora?

—Le sugiero que me ponga a salvo.

—Sí, ¿pero cómo? —inquirí.

Karinovsky hizo saltar con un golpecito del dedo índice la ceniza de su cigarrillo. —Conociendo sus ilimitados recursos, amigo mío, y sus diversas habilidades, estoy seguro de que dará con los medios adecuados para conseguir tal propósito. A menos, desde luego, que prefiera aceptar el plan, bastante flojo, de Guesci.

—¿Bastante flojo?

—Quizás no le haga justicia —manifestó Karinovsky—. El plan de Guesci es ciertamente peligroso. Demasiado ingenioso, tal vez. ¿Me comprende?

—No. Ni siquiera sé de qué plan se trata.

—Le divertirá. Se basa, naturalmente, en sus renombradas y diversas aptitudes.

Sentí un escalofrío. ¿Qué había ideado Guesci pensando en nosotros? ¿Y qué tenía yo que ver con las aptitudes del agente X? Intenté hacer memoria, recordar las proezas que se me atribuían. No me fue posible. Me dije que había sonado la hora de aclarar nuestra situación.

—Karinovsky... —declaré—. Tengo que confesarle con respecto a mis habilidades...

—¿Qué? —me preguntó él con un gesto de complacencia.

—Mucho me temo que hayan sido exageradas...

—¡Bah! ¡Tonterías!

—No, no son tonterías. La verdad es que yo soy una persona que ha tenido siempre muy pocas salidas.

Karinovsky se echó a reír.

—Bien, se ve que es usted un hombre modesto —manifestó—. La modestia viene a ser una enfermedad crónica de la mentalidad anglosajona. A continuación irá a decirme que ni siquiera se considera un agente secreto.

Sonreí entristecido.

—Eso sería ir demasiado lejos.

—Desde luego. Bueno, dejémonos de renunciaciones y negaciones. Es algo que no resulta correcto entre nosotros, amigo mío.

—Conforme —contesté. Evidentemente, no había llegado el instante propicio para poner en claro todo lo referente al agente X—. Recuerde, no obstante, que *quizás* le parezca un tanto «oxidado».

—Lo tendré presente. ¿Un poquito más de vino?

—No, gracias. Vayamos a lo nuestro. Esta casa se halla ahora cercada, probablemente.

—En el plan de Guesci se preveía ya esa eventualidad.

—¿Se suponía que saldríamos de aquí alegando que somos dependientes de cualquier establecimiento del distrito y que vestiríamos los disfraces correspondientes?

—Esa es una treta excesivamente burda.

—¿Pues qué?

—Examinemos serenamente el problema —dijo Karinovsky con irritante indiferencia—. ¿Qué opina usted acerca de una posible huida por los tejados?

—Forster habrá pensado en ello...

—Cierto. ¿Y qué le sugiere el canal? ¿Usted cree que podríamos utilizar una embarcación para escapar de aquí?

Moví la cabeza nerviosamente.

—También en eso tiene que haber caído Forster. En los canales venecianos no hay nada que escape a la observación de un espectador atento.

—Perfectamente. Las salidas previstas están bloqueadas. Ahora, siguiendo el razonamiento de Guesci, habremos de fijarnos en lo improbable. Es decir, hemos de estudiar lo que no es práctico, en apariencia; hemos de ver lo que es irrazonable, así, de buenas a primeras. Tenemos la obligación de considerar...

El discurso de Karinovsky fue interrumpido por un estrépito de cristales rotos en las alturas. De pronto se hizo un silencio absoluto. Entonces oímos caer algo al suelo, con un fuerte golpe.

—Tácticas de comandos —apreció Karinovsky con un gesto desdeñoso.

Recostándose en su asiento, procedió a encender otro cigarrillo. Yo le hubiera ahogado de buena gana. Estaba cansado de su comedia.

Oímos rumores de pasos. Encima de nosotros un hombre, o varios, se movían cautelosamente en la oscuridad. Luego percibimos un estruendo procedente de la puerta exterior y un tintineo. Al parecer, el cerrojo había sido cortado. Tras unos momentos, oímos los crujidos de la puerta al abriese.

—Supongo que ha llegado ya el instante de que nos pongamos en marcha —manifestó Karinovsky.

Se levantó, sacando el brazo enfermo del pañuelo. Seguidamente, echó un vistazo a su reloj de pulsera. Dio una chupada final a su cigarrillo y aplastó lo que

de él quedaba con la punta del pie, sobre la alfombra. A continuación me condujo fuera del cuarto, haciéndome descender por un pasillo.

Nos detuvimos junto a una pesada puerta de madera. En soporte, al lado de la misma, había una linterna eléctrica. Karinovsky la cogió, abriendo la puerta. Pasamos por allí y mi compañero de aventuras tornó a cerrarla.

Descendimos por una sombría escalera, penetrando en una cámara de pétreos muros, totalmente vacía. Resplandecían aquellos a causa de la humedad. Se oía a rancia antigüedad; era aquél un olor especial, en el que seguramente entraban por partes iguales el ajo, el cieno, el granito corrompido y el agua estancada. La pared situada frente a nosotros tenía una puerta de hierro. Junto a ello descubrí un bulto informe...

Karinovsky cruzó la habitación, tirando de la hoja que cerraba la abertura. Vi un destello de luz en el agua. Estábamos en el canal de acceso a la casa.

Empecé a asomarme, pero mi amigo me hizo retroceder.

—Se expone usted a que le localicen, ¿me comprende? —me dijo—. Estoy convencido de que Forster ha ordenado que sea vigilada esta salida.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar hasta la embarcación?

—Ahí no hay ninguna embarcación, querido. ¿No deseamos ya esa posibilidad? Más pasos sobre nuestras cabezas... Unos minutos más tarde, los hombres de Forster comenzaron a dar golpes en la puerta de la cámara.

—¿Qué hemos de hacer, pues? ¿Nadar? —quise saber.

—Según y de qué modo... —contestó Karinovsky, misteriosamente.

Dirigió el haz luminoso de su linterna al bulto que yo observara al lado de la puerta. Distinguí claramente unos cilindros amarillos, aletas de buceador, reguladores de aire, grotescas mascarillas negras de goma, con su ojo único, oval, de cíclope. ..

—Nadaremos, sí —anunció Karinovsky—. Pero esto que ve no supo anticiparlo Forster, quizá. Lamento el fracaso. Teníamos que esperar ineludiblemente a que subiese la marea. De lo contrario, hubiésemos encontrado en nuestra ruta canales insalvables. Le sugiero ahora que se cambie rápidamente... Nos pondremos en marcha en seguida. Es probable que la puerta no resista durante mucho tiempo las embestidas de esos energúmenos.

## Capítulo 16

NO SABÍA si reír o llorar, alabar la inteligencia que denotaba aquel proceder o maldecir por la locura que entrañaba. Afortunadamente, no había tiempo ni para adoptar una actitud. Nos cambiamos con toda rapidez, ajustándonos las gafas al rostro. Los secuaces de Forster aporreaban la puerta, que comenzaba a soltarse de sus goznes. Karinovsky mordió la goma de su regulador de aire y respirador a un tiempo, hundiéndose en las oscuras aguas del canal. Yo le seguí. Pero antes llegó a mis oídos un grito de enojo. Volví la cabeza, viendo entonces una embarcación apostada a menos de seis metros de nosotros. Forster no se había olvidado de aquella salida.

Delante de mí veía el rítmico movimiento de las aletas de Karinovsky. Encontré el agua caliente y ligeramente viscosa. Oía a basuras, a gas de los pantanos. Logré dominar el súbito deseo de vomitar que sentí y después me lancé tras Karinovsky, hacia el fondo del canal, que se hallaba a unos tres metros de la superficie. Giré hacia la izquierda, tocando el muro del pasadizo, una buena guía, y

moví enérgicamente piernas y brazos. Tenía que esforzarme para no perder de vista a mi compañero.

Yo sabía dónde estábamos de un modo aproximado solamente. La casa en que me había unido a Karinovsky se enfrentaba con el «Río San Agostin», cerca del centro de la ciudad. Él se había vuelto hacia la izquierda, siguiendo el canal bajo los puentes de la calle «Dona» y la «della Vida». Si continuábamos avanzando en aquella dirección el tiempo preciso, y siempre que no nos extraviáramos dentro del intrincado laberinto que componían los canales, llegaríamos a la periferia de Venecia, en la parte norte, mirando a la laguna y a la tierra firme. De momento, el plan parecía ser razonable, aunque nada apto para estómagos delicados.

Me mantuve a unos centímetros de distancia de Karinovsky en el primer tramo del trayecto. Nos deslizábamos por encima de una masa de negro cieno. Toqué con los dedos los viscosos contornos de un barril, un tablón medio enterrado, la esquina de un baúl de camarote... Los canales de Venecia sirven, no oficialmente, de vertederos de basuras. Los utilizan así las personas que habitan en las casas lindantes con ellos. *Axfiél*, evidentemente, hacía tiempo que no había sido dragado. Nadábamos en una sopa asquerosa, en la que flotaban pieles de naranjas, trozos de plátanos, cáscaras de huevos, pinzas de langostas y restos de manzanas, todo ello en suspensión. El espectáculo no podía ser más desagradable. Me esforcé por convencerme de que era preferible a una última y desesperada huida por las angostas callejas de la famosa ciudad.

Los dedos de Karinovsky localizaron un cruce y se adentró decididamente en el «Río San Giacomo dall'Orio». Al describir la curva se produjo una apagada explosión en lo alto y yo vi un pequeño y brillante objeto que pasó junto a mí antes de quedar enterrado en la arena. Levanté la cabeza, divisando entonces una larga y afilada sombra, una especie de barracuda monstruosa...

Me paré. Quería esperar a que se alejase aquello. Karinovsky procedió de la misma manera. La embarcación que descubriéramos delante de la puerta al salir había iniciado la caza. Por su longitud y forma pensé que se trataba de una góndola.

El potente y amarillento dedo *de* luz de una linterna se adentró en el agua. Oía hablar a los hombres de la embarcación. La góndola fue frenada hábilmente en su carrera, empezando luego a deslizarse hacia atrás. Karinovsky me tocó en un brazo, haciendo gestos, y yo asentí. Progresamos velozmente por debajo de la quilla de la góndola, en dirección al puente de Terra Prima. Me di cuenta casi en seguida de que no lograríamos alcanzarlo.

La silenciosa embarcación, impulsada por su único remo, era capaz de desarrollar cuatro veces nuestra velocidad fácilmente. Las burbujas de aire delataban a cada momento nuestra posición. Al volver la cabeza divisé la negra y alargada sombra de la góndola buscándonos. El haz de luz de la linterna se detuvo en mi espalda y percibí la sorda explosión de un disparo.

El proyectil pasó sólo a unos centímetros de mi cuerpo. Karinovsky nadaba furiosamente. Apreté los dientes, moviendo con la mayor celeridad posible mis piernas, intentando despegarme del foco amarillento de luz. Luego, descubrí lo que Karinovsky había visto: un enorme rectángulo oscuro situado bajo el puente de Terra Prima. Llegamos a él. Había allí una barcaza de fondo plano, de las que quedaban amarradas aquí y acullá, durante el paréntesis del descanso nocturno. Entre la quilla y el cenagoso piso había un pequeño espacio que podía servirnos de refugio. La góndola pasó rápidamente por encima de nosotros, deteniéndose después bruscamente. El haz luminoso corría nerviosamente de un lado para otro. La embarcación retrocedió. Hubo un roce áspero de costados. Una voz amodorrada, iracunda, preguntó a aquella gente qué diablos quería.

En el momento culminante de la discusión que se entabló, nosotros nos deslizamos por debajo de la barcaza, continuando nuestro camino en dirección a «Río di San Baldo». Estábamos ganando unos metros de ventaja preciosos. Los gritos cesaron súbitamente y el remo de la góndola se hundió en el agua, ganando en unos momentos los metros perdidos. Nuevamente, las burbujas de aire nos habían denunciado.

Nos hallábamos en una amplia sección del canal y la góndola corría. Karinovsky torció hacia la derecha enérgicamente, cubriendo una docena de metros más, volviéndose por fin en el mismo sentido, como para entrar en el «Río Maceningo». Enderezó la ruta, sin embargo, prosiguiendo camino del «Río della Pérgola». Los de la góndola vacilaron frente al Maceningo, perdiendo algún tiempo al intentar dar con nuestras burbujas.

Buscamos los pesados pilares de madera de Santa María Mater Domini. Por la izquierda penetramos en un canal que tendría metro y medio de anchura. Me figuré que habríamos desorientado definitivamente a nuestros perseguidores. No era así, ya que al mirar hacia atrás descubrí, a unos nueve metros de distancia, el círculo amarillo paseándose por las aguas.

Aquél se fue aproximando a nosotros... Iluminó las orillas del embarcadero, a ambos lados. Un hombre situado a proa animaba al gondolero y la fantástica barracuda consiguió colocarse detrás de mí. Quise decirle a Karinovsky que estábamos atrapados, que era mejor que probásemos a sumergirnos por debajo de la embarcación. Le tiré de la pierna. Él me miró sonriente, se tocó la parte superior de la cabeza y continuó nadando.

No le entendí. ¿Qué había querido decirme? El foco estaba encima de nosotros de nuevo y nuestros adversarios hacían fuego otra vez. Luego... Karinovsky desapareció.

Inmediatamente después... yo también me perdí de vista.

Reinaba una oscuridad completa a mi alrededor. Rocé con el brazo izquierdo un muro de piedra. Me erguí entonces, dando con la cabeza contra la pared de la derecha. Creí oír unos gritos de triunfo detrás de mí y el restregón del brazo izquierdo se repitió. El pasadizo no tendría ni un metro de ancho. Salí de él por último, nadando por las aguas confusamente claras de un canal.

Emergimos. Los chapiteles de Mater Domini apuntaban al firmamento detrás de nosotros. Nos habíamos deslizado por un pasillo existente debajo de la iglesia. Durante la marea alta, completamente inundado, era imposible su utilización por las góndolas.

—Tenemos que continuar avanzando —dijo Karinovsky—. A esa gente les bastarían cinco minutos para volver sobre la ruta e iniciar un rodeo por el canal de Maceningo.

—¿A dónde nos dirigimos? —pregunté.

Karinovsky me contestó, muy resuelto:

—Al igual que lord Byron, vamos a cruzar a nado el Gran Canal. Tras esto, remontaremos el «Gánale della Misericordia», penetrando en la laguna... Sin embargo, por demasiado evidente, no nos ajustaremos de un modo riguroso a tal ruta. Por razones de seguridad, avanzaremos también un poco por «Quartiere Grimani». Yo le guiaré.

—Gracias. ¿Tenemos suficiente provisión de aire?

—Espero que sí.

—¿No cree que obraríamos mejor si siguiéramos a pie? —No. Forster habrá desplegado, quizá, una docena de hombres por tierra. Serán pocos, en cambio, los

que hayan embarcado. Dentro del agua se nos ofrecen más probabilidades de salir airosos en nuestro empeño.

Iba a preguntar a mi compañero qué haríamos cuando hubiésemos llegado a la laguna... Pero entonces advertí un gesto de dolor en su rostro.

—¿Qué tal va ese brazo?

—Me molesta más de lo que yo creí en un principio. No nos impedirá seguir moviéndonos, sin embargo. Ahora, vale más que...

Alguien nos gritó desde una orilla:

—¡Eh! ¿Qué diablos pasa ahí abajo?

Nos sumergimos, dejando atrás rápidamente San Stae para internarnos en el Gran Canal. A medio camino, Karinovsky se elevó hasta la superficie, miró hacia el «Palazzo Erizzo» y la iglesia de la Maddalena y tornó a sumergirse. Me pareció que nadaba más lentamente.

Un «vaporetto» nos adelantó y poco después una barcaza. Veinte minutos más tarde habíamos cubierto los setenta metros del canal y penetrábamos en el «Río della Maddalena».

Se me antojó aquél un excelente refugio. Avanzamos sin novedad por el «Río dei Serví» y seguimos su serpenteante curso hasta el «Río di San Girolamo». Pasado el «Ghetto Nuovo», Karinovsky y yo nos adentramos por un canal de conexión en el «Río della Sansa». Pasó por encima de nosotros una góndola, pero no vimos ningún haz luminoso. Luego, tampoco oímos gritos de alarma. Todo lo contrario. Una voz de tenor atacó una canción de amor napolitana, coreada por las risas de una joven.

El cauce del canal giraba hacia la derecha y perdimos el contacto con el muro. El emerger de nuevo, vi que estábamos en la laguna veneciana. La ciudad quedaba a nuestras espaldas. Sus chapiteles y cúpulas surgían de las aguas como en un romántico esbozo de la Atlántida. A una milla de distancia de nosotros, aproximadamente, se hallaba la pantanosa costa del «Véneto»; a la derecha teníamos la isla de Murano y, muy cerca, pero por la izquierda, veíamos la ruta que conducía a Mestre.

—¿Hemos de cruzar la laguna a nado? —inquirí.

—No —replicó Karinovsky—. Vamos a ahorrarnos eso. Simplemente, seguiremos la línea de la costa por la «Sacca di San Girolamo», encaminándonos a un punto situado en las proximidades de «Ricovero Penitenti». Una vez aquí, todos nuestros apuros se habrán esfumado.

Karinovsky flotaba con alguna dificultad. Había echado la cabeza hacia atrás y su respiración era más bien ronca. Empezó a nadar otra vez, lenta y obstinadamente, siguiendo el contorno de la tierra por el oeste. A los diez minutos llegamos a un sitio en hondo, llano. Nos hallábamos a la entrada del canal Cannareggio, frente por frente casi del matadero.

—¡Ahí tiene! —señaló Karinovsky de pronto, orgullosamente.

Vi la embarcación, pintada de negro, esbelta, amarrada al muro. Algo relativo a su largo y aplastado casco me inquietó, excitando mi memoria, pero sin lograr recordar nada concretamente. De pronto, me resistí inexplicable y silenciosamente a tener que ver lo que fuese con ella. Pero esto era absurdo, claro. Olvidé tal sensación, carente por completo de lógica, y seguí a Karinovsky, pasando los dos a la embarcación por una escalera de cuerdas.

## Capítulo 17

A BORDO no había nadie. Nos desembarzamos de las botellas de aire y, ya en la cubierta, penetramos en el puesto de mando. Permanecimos sentados allí un rato, procurando recuperar al aliento. Seguidamente, nos quitamos las ropas que llevábamos, poniéndonos otras secas colocadas bajo los asientos a tal efecto. La larga excursión me había dejado muy fatigado. Karinovsky se encontraba peor que yo. Pero no podíamos dedicarnos a descansar exclusivamente, ahora. Nos habíamos quitado de encima a nuestros perseguidores, de momento. Era preciso sacar el máximo de nuestra ventaja antes de que a ellos se les presentase la ocasión de volver a localizarnos.

Karinovsky abrió un cajón, sacando del mismo un mapa y una linterna de reducidas dimensiones. En aquél se apreciaba la porción norte de la laguna Véneta, desde los arrecifes hasta Torcello.

—Nosotros estamos aquí —dijo Karinovsky, señalándome un punto en el mapa—. Los arrecifes quedan a nuestra izquierda; San Michele y Murano, en el lado contrario; la tierra firme directamente, hacia el norte. Seguiremos el canal principal, marcado aquí en rojo, dejando atrás la «Isola Tessera, aproximándonos al aeropuerto Marco Polo, pero no al muelle del mismo.

—Naturalmente que no —comenté—. Eso sería demasiado fácil—. Demasiado peligroso —corrigió Karinovsky—. Giraremos hacia el este antes de alcanzar el muelle citado, siguiendo por el canal. Habiendo dejado atrás San Giacomo in Palude, proseguiremos hasta cerca de Mazzorbo. ¿No ve usted aquí Mazzorbo, encerrado en un círculo?

—Creí que era una mancha de mosca. ¿Qué clase de carta es ésta?

—Procede de Albania. Es copia de una carta naval yugoslava.

—¿No pudo procurarse Guesci otra italiana?

—En la imprenta oficial del gobierno no se encontró ninguna. La laguna está siendo objeto de una serie de inspecciones.

—Una carta del almirantazgo británico nos habría sido de más utilidad que ese papelote.

—Bueno, Guesci no podía escribir a Londres solicitando tal cosa.

—Supongo que no, es verdad.

—En todo caso, él me aseguró que un niño se atrevería a navegar teniendo a la vista este documento. Fíjese en que los canales y las islas principales están aquí claramente marcados. Todo lo que tiene usted que hacer es enfilear el aeropuerto, girar luego a la derecha, a la altura de la penúltima señal, y continuar viaje hacia Mazzorbo. Después, el giro será en sentido contrario, para seguir el canal y adentrarnos en Palude del Monte.

Karinovsky extendió ambas manos expresivamente, realzando así lo fácil que resultaba aquello. Yo me mostraba menos seguro y convencido que él. En Long Island he navegado a vela bastante, lo suficiente para comprender lo intrincado que puede ser moverse con ayuda de una carta náutica por la noche en una zona marítima desconocida.

Estudí el papel. Sus señales me parecieron un tanto burdas. Los canales eran allí una serie de vigorosos trazos. Los dispositivos de ayuda al navegante eran puntos blancos o rojos. Unas cruces azules marcaban las zonas pantanosas o arenosas. Las había en abundancia. La profundidad de la laguna en la marea baja *alcanzaba* como máximo el metro ochenta centímetros, pero el término medio se acercaba más a los noventa centímetros. Había muchos sitios en los que una

embarcación corría el riesgo de quedar encallada. De ocurrir, esto supondría para nosotros un auténtico desastre.

Karinovsky se mostraba ahora inquieto. Sin embargo, yo me tomé unos minutos para examinar la embarcación. Era un monstruo marino, plano, de escaso atractivo, con la proa que recordaba una cabeza *de* tiburón, todo él cubierto de zarpazos. Contaba con una aleta a popa y una *maciza* caseta de tres metros de altura a proa, suficientemente grande, quizás, para albergar el motor de un camión. En el tablero de mandos se veían los aparatos de control de costumbre, si se exceptuaba un mecanismo denominado «trim-tab», que yo desconocía, decidiendo desde el primer momento desentenderme del mismo. Contemplé las figuras familiares de dos tacómetros, uno para el motor y otro para el sobrealimentador. Había una placa de bronce en el centro en la que se reflejaban las características principales de la embarcación: ocho metros y cincuenta y cinco centímetros de eslora; tres metros y cuarenta y cinco centímetros de manga; peso bruto: dos mil seiscientos quilos; motor: «Rolls Royce Merlin»; fuerza en caballos: dos mil...

¿Dos mil caballos de fuerza? Me detuve, volviendo a leer la placa. Sí; no me había equivocado. Ésa es, efectivamente, la fuerza desarrollada por un motor «Rolls Royce Merlin». Se trata del mismo que, según pude recordar, fue utilizado durante la segunda guerra mundial para propulsar el «Mosquito», destinado a misiones de caza y bombardeo...

—He aquí a un maniático homicida —comenté, procurando levantar la voz—. Me refiero al que buscó esta especie de bomba para nosotros.

—¿Llama usted bomba a nuestra embarcación? Guesci fue quien dio con ella, por supuesto. —Bueno, pues que la pilote él.

—Una embarcación es siempre una embarcación —manifestó Karinovsky con escasa agudeza.

—¡Diablos! —exclamé—. Esto no es una embarcación. Esto es un hidroplano de velocidad ilimitada. ¿Sabe usted lo que tal cosa significa?

—Me imagino que significa que es rapidísima.

—Es muy rápida, en efecto. Suficientemente rápida para ahorrar a Forster la molestia de ir en nuestra busca y matarnos.

Karinovsky pareció interesarse por lo que yo decía.

—¿Qué velocidad alcanzará este bólido entonces?

—Puede que su velocímetro haya visto las cifras 170 ó 180 cuando la embarcación era nueva. En su estado actual, la manecilla se detendrá en el 130, aproximadamente.

—¿Habla usted de kilómetros o de millas?

—Hablo de millas por hora. ¿Se da cuenta? Vamos a navegar con este lanchón de noche, guiándonos por una carta albanesa, adentrándonos en una laguna que es más bien una bañera, con más bancos de arena que agua.

—No sé nada sobre embarcaciones —anunció Karinovsky, despreocupadamente—. Por otro lado, ¿se nos ofrece alguna opción?

Pues no, ésa era la verdad. No; en absoluto. Karinovsky no se hallaba en condiciones de comenzar nuevamente a nadar. No disponíamos de tiempo para localizar otra embarcación y no había ni que pensar en el transporte por tierra. Nuestra suerte se hallaba unida a la de aquel tiburón de madera y hierro, al hidroplano. Yo no tendría más remedio que tomarme las cosas con calma. Esperaba que de un modo u otro pudiera arreglármelas bien, vamos, que no saliéramos volando para terminar aterrizando en otro punto de la costa.



—De acuerdo —dije—. Suelte las amarras, Karinovsky.

El hombre obedeció, apartándose la embarcación ligeramente del muelle. Yo accioné el interruptor del encendido, tocando el arrancador. El motor gimió... Los doce pistones del «Merlin» modificado parecieron moverse en avalancha. El ruido del tubo de escape me recordó el de una ametralladora que se disparara sola.

—¿No puede ser más suave eso? —me gritó Karinovsky—. Vamos a despertar a todos los habitantes de la población.

—Esto empieza ahora, querido —repliqué—. ¡Sujétese bien!

Así fue como el agente X —endiablado piloto de las máquinas más rápidas del mundo—, se encajó en su asiento... Había una dura sonrisa en su atezado rostro, de facciones que recordaban el aire de un gavilán. Sus fuertes manos descansaban —nada de crisparse—, sobre los mandos. Con la delicadeza de cualquier cirujano, pongamos por ejemplo, soltó el embrague, aumentando la presión sobre el acelerador.

El hidroplano respondió a esto con un rugido que tal vez fue oído en Suiza. La manecilla del indicador de revoluciones por minuto saltó a los tres mil. El artefacto salió disparado con un ímpetu semejante al del proyectil cuando abandona el alma del cañón, y el agente X aguantó estoicamente la embestida... por la cuenta que le tenía.

## Capítulo 18

VARIAS COSAS marchaban mal simultáneamente. El hidroplano se desplazaba a velocidad excesiva y la proa apuntaba obstinadamente hacia la izquierda. Hice girar el volante y la embarcación tomó el rumbo contrario en el acto. La borda de estribor fue cubierta por el agua y la misma proa llevó a cabo un conato de inmersión.

—¡Aminore la velocidad! —gritó Karinovsky.

Eso era precisamente lo que yo intentaba conseguir. Había apartado el pie del acelerador. Ahora bien, éste daba la impresión de haberse atascado. Continuábamos ganando velocidad. La manecilla del tacómetro marcaba 3.700. La embarcación, orientándose espontáneamente hacia la izquierda otra vez, encaminábase a los arrecifes.

Giré nuevamente el volante hacia la derecha. Ahora, la proa se abatió, comenzando la parte de popa a levantarse. Toqué el embrague. El motor, funcionando sin ninguna carga, sonaba como si estuviera volando aparte. Luego, el acelerador subió. El hidroplano perdía lentamente velocidad por fin.

—¿Qué se proponía hacer usted? —quiso saber Karinovsky.

—El acelerador se encuentra atascado —le expliqué—. Pasa algo anormal también con el mecanismo de la dirección o no sé qué cosa. El hidroplano deriva hacia la izquierda y tiende a hundir la proa en el agua cuando lo oriento en sentido contrario.

Karinovsky suspiró, frotándose nerviosamente la cara.

—Quizás pudiera yo hacer funcionar ese acelerador...

—No. Necesito que se ocupe de todo lo concerniente a nuestro desplazamiento. ¿A dónde hemos de ir?

Karinovsky consultó la carta.

—Tenemos que encaminarnos directamente al canal principal.

—Pero, ¿dónde demonios está el canal principal? —grité.

—Haga lo posible por no perder los estribos —me recomendó Karinovsky, serenamente—. Creo que habremos de seguir esas hileras de postes que se ven ahí.

—Parecen sitios acotados para los pescadores.

—Exacto... Vayamos, pues, hacia ese gran triángulo que se divisa a la derecha.

—Conforme —respondí—. Fíjese bien en todas las particularidades de la zona.

Toqué el acelerador suavemente. No sucedió nada. Oprimí aquél con lentitud, sin la menor precipitación. De repente, la lengüeta de acero se hundió en el piso y el hidroplano dio un salto hacia delante, brutal. Coloqué la punta de mi zapato debajo del acelerador y tiré en sentido ascendente. Al volver a la posición de descanso, la embarcación perdió rápidamente velocidad. Habíamos rebasado la señal y nos acercábamos a otra...

Repetí aquella operación, presionando el acelerador para sacarlo luego con la punta del zapato. El motor sonaba como si hubiésemos estado disparando ininterrumpidamente un cañón de ochenta y ocho milímetros. Si no se me oía en Suiza sería porque los súbditos del país no me prestaban atención. El hidroplano saltó, en una serie completísima de cabeceos para todos los gustos, moviéndose como un danzarín congoleño. Creí percibir el gemido del eje de transmisión bajo el motor. Esperaba que de un momento a otro se partiera en dos. —Creo que hemos de girar a la derecha ahora —opinó Karinovsky.

Las luces del muelle del aeropuerto brillaban frente a nosotros.

—¿A la derecha? —inquirí, vacilante.

—Sí. Para dirigirnos a Mazzorbo por el canal.

—¿De qué canal está usted hablando, estúpido?

—¿No está usted siguiendo esas líneas de postes? —preguntó a su vez mi interlocutor, muy digno.

Extendí el brazo, señalando. Entonces divisé un verdadero bosque de estacas. Algunas de ellas servirían, sin duda, para delimitar un canal; el resto, probablemente, señalaban espacios destinados a la pesca, bancos de arena, artefactos para atrapar cangrejos o tesoros enterrados, quizás. No disponía yo de medios para establecer distinciones. Me inclinaba por lanzarme ciegamente por entre los postes, con la esperanza de que la marea hubiese subido lo suficiente para que no me cerrasen el paso los bancos de arena.

Mantuve el motor funcionando en vacío y dejé que la embarcación se aproximara suavemente a las estacas impulsada por la corriente. Luego, escogí cuidadosamente una ruta por en medio de las más altas, pasando lo más próximo posible a ellas, deseándome buena suerte.

Pronto quedamos medio encallados.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Karinovsky.

—Saldremos de aquí para darle un empujón al hidroplano —repliqué.

—Espero que esto no se prolongue mucho —dijo mi compañero, siguiéndome, al meterme yo en el agua, que me llegaba hasta la cintura—. Al parecer, nuestro séquito se está organizando.

Miré hacia Venecia. Una luz se había destacado de la línea de la costa y se movía en dirección a nosotros.

—Tal vez sea una de las lanchas de la policía —objeté.

—¿Quiere que crucemos una apuesta con tal motivo? —No, gracias. Arrime su hombro a la proa e incorpórese cuando yo lo haga.

Redoblamos nuestros esfuerzos junto al pesado casco. Los pies se nos hundían hasta los tobillos en el cieno. La lucecilla que acabábamos de descubrir se había despegado de un punto situado en las inmediaciones del hospital Humberto I. No se desplazaba a mucha velocidad... Estaría haciendo de diez a quince millas por hora, calculé. Pero, evidentemente, la embarcación apuntaba hacia donde nosotros estábamos.

Liberada la proa, el hidroplano retrocedió, flotando sobre un metro y algunos centímetros de agua. Trepamos a bordo. Miré a mi alrededor apresuradamente, en busca de algo que se asemejase a un canal. No vi nada y operé en el embrague, oprimiendo seguidamente el acelerador. Partimos como una exhalación hacia el este. Tocando el acelerador con prudencia, logré dejar atrás San Michele y Murano, despegándome fácilmente de nuestros perseguidores. Describíamos un curso paralelo casi a San Giacomo in Palude antes de encallar por segunda vez.

Invertimos más tiempo ahora en la tarea de poner en condiciones de navegar a nuestro hidroplano. La otra lancha se hizo visible. Se trataba de una embarcación equipada con un motor de potencia normal, preparada para zonas de poca profundidad. Al situarse a unos cincuenta metros de nosotros, en el momento de pisar yo el acelerador, oí el rumor de unos disparos.

Partimos con el estruendo de un puñado de truenos seguidos, levantando una cortina de agua que nos ocultó momentáneamente de los otros. El ruido hubiera bastado para asustar a los guardianes de la frontera yugoslava. Corríamos en zig-zag por entre los postes, rozando alguno de cuando en cuando. Pedí al cielo que la hélice no cogiera en sus vertiginosos giros algún trozo de madera flotante a la deriva.

Nos acercábamos a Mazzorbo, separándonos progresivamente de la lancha. Karinovsky me tocó en un brazo, indicándome a gritos que girara hacia la izquierda. Obedecí sus instrucciones y encallamos nuevamente.

—No hay nada que hacer —comentó mi compañero—. Será mejor que alcancemos Mazzorbo a nado.

—Es algo que no lograríamos nunca —observé.

La otra embarcación se acercaba. Sus ocupantes habían comenzado a disparar otra vez sobre nosotros.

—Colóquese a popa, Karinovsky —ordené ahora.

—¿Qué va usted a hacer?

—Retroceder o volar esto —respondí.

Él asintió, entristecido, arrastrándose hasta la parte posterior de la embarcación. Invertí la marcha. Cabía la posibilidad de que con el peso de Karinovsky en el lado opuesto la proa se levantara lo suficiente para poder salir de aquella trampa. Existía, naturalmente, el riesgo de que no sucediera lo que yo me había imaginado. Oprimí con furia el pedal del acelerador...

El motor «Rolls-Royce» aulló igual que un dinosaurio de los tiempos prehistóricos. Una tonelada de agua fue absorbida por las palas de la hélice, que vomitaron aquella hacia el cielo. El piloto de la lancha pensó seguramente en aquellos instantes que saltábamos por los aires. Lo mismo pensé yo. Desvióse bruscamente, alejándose. Así vino a aumentar nuestra separación antes de

volverse. El ruido del motor dominaba el de las armas. Sólo el de aquél podía oír, en consecuencia. En cambio, vi aparecer dos estrellados agujeros en el cristal de seguridad del parabrisas. Otro proyectil se hundió en el tablero de los instrumentos, borrando de éste el indicador del combustible. El tacómetro funcionaba todavía. Marcaba 5.000 revoluciones por minuto y la aguja se había hundido profundamente en la zona roja. Seguramente, no faltaban ya más que unos segundos para que el motor se desasiera de sus abrazaderas y soportes, reventando y llevándose consigo la caseta de mando.

Por fin, el hidroplano se liberó de la traba del banco de arena y en marcha atrás comenzó a ganar velocidad. Karinovsky se asió con la mano útil a una cornamusa. Estuvo a pique de caerse al agua. Puse la palanca del cambio en punto muerto, le arrastré hasta la caseta y manipulé en el embrague para meter una velocidad.

Había que dejarse de fantasías. Si encallábamos otra vez no lo contaríamos. Diciéndome esto, pisé el acelerador, apuntando con el hidroplano a Palude dei Monte.

El sobrealimentador chilló y los pesados pistones pretendieron librarse de sus camisas. El casco de la embarcación se separó del agua, balanceándose sobre sus dos flotadores. Se estremecía toda la obra de proa, empinándose, buscando ansiosamente el aire. Descubrí frente a nosotros la alargada y confusa sombra de un banco de arena. Me encaminé directamente hacia él... Nuestro hidroplano lo sobrevoló, como un pájaro. La hélice siguió girando sin hallar la menor resistencia, fuera del líquido elemento. El tacómetro había llegado al límite máximo. Luego, entramos en contacto con el agua, saltamos al aire, rebotamos... La embarcación se niveló. Lo habíamos conseguido. Teníamos la masa de la costa frente a nosotros y yo probé a introducir la punta de mi zapato debajo del pedal del acelerador.

No obré con suficiente rapidez.

El sobrealimentador escogió aquel momento para negarse a todo control. Girando seis veces más rápido que el cigüeñal, el impulsor, sencillamente, se desintegró. El eje principal de transmisión no quiso ser menos que otras piezas secundarias, siguiendo su desastrosa suerte. El motor empezó a proyectar pistones. Trozos de metal de cortantes filos se abrieron paso por entre las maderas de la caseta de mando. La hélice se unió a aquella singular demostración de desorden, desprendiéndose de sus palas.

El hidroplano continuó moviéndose, disminuyendo apenas la velocidad.

Dejamos atrás el agua, llegando a una pantanosa orilla. El hidroplano no pareció sentirse afectado por el cambio. Prosiguió su carrera por el grisáceo cieno, soltando durante su avance piezas y más piezas de su motor. Abandonada la playa, cruzó un estrecho caminó, internándose en un prado. Continuaba botando y resbalando con sorprendente rapidez. Así llegó hasta un bancal sin cultivar.

Sin la menor vacilación, luego, marchó en busca de un grupo de árboles. Al dar de costado contra un enorme cedro, la embarcación giró. El hidroplano perdía ya nervio. Pero todavía cubrió veinte metros más. Un saliente rocoso destrozó lo que quedaba de su fondo. Pero aquél se apuntó todavía un último tanto al derribar un sauce de mediano tamaño. Luego se quedó totalmente inmóvil...

## Capítulo 19

—NOS HEMOS salido con la nuestra —comenté, por decir algo.

Karinovsky no dijo nada. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, en una posición alarmante. Me asaltó un temor. Pensé que, probablemente, todos mis brillantes ejercicios acrobáticos habían sido inútiles. La operación había sido un éxito, si bien terminaba con la muerte del paciente.

Le levanté la cabeza a mi compañero. Cuidadosamente, con ayuda del pulgar y el índice, fue entreabriendo uno de sus párpados.

—¿Quiere usted hacer el favor de dejarme en paz? —inquirió de pronto Karinovsky. —Creí que estaba muerto, amigo mío.

—Ni siquiera muerto quisiera verme cegado, si es que puedo expresarme así.

El hombre contempló pensativo y en silencio la laguna, a medio centenar de metros de donde nos hallábamos nosotros. Después fijó la mirada en el suelo, alrededor del hidroplano.

—Nye —añadió—, yo había sospechado ya que era usted un genio. Veo, sin embargo, que me había quedado corto, que las palabras apenas sirven para dar idea de la magnitud de sus actos.

—Esto no ha sido nada del otro mundo —repuse—. Cualquier trastornado mental habría hecho lo que yo.

—Es posible, pero lo cierto es que fue usted el autor de ja hazaña, amigo mío. Usted arrebató nuestros cuerpos de las fauces de la bestia enemiga. Espero ahora que reserve sus alardes de modestia para otros más crédulos.

—Hubiera logrado lo mismo, aunque con mayor facilidad, de haber utilizado un bote a remos.

—Para actuar sobre seguro, Guesci debió haber elegido otra embarcación más conveniente. Piense, sin embargo, que un bote a remos hubiera ofendido a su alma de artista.

—Sea lo que fuere, pisamos ya tierra firme.

—Sí, pero no nos hemos librado definitivamente de nuestros enemigos.

—Ya me lo imagino. La lancha que nos perseguía habrá llegado a tierra ya.

—Hay que pensar, asimismo, en los grupos que Forster habrá desplegado por los alrededores de la laguna —manifestó Karinovsky—. Hemos de marcharnos de aquí en seguida. Cuanto antes, mejor.

Tuve una visión. Imaginé una caza eterna, alargada día tras día, sin la menor concesión, sin el más leve descanso... Habíamos dejado a nuestras espaldas el laberinto de Venecia para sumergirnos en el ancho y confuso mundo. Éramos muñecos, condenados a seguir aquel especial destino. Y obedecíamos. Nuestros cuerpos adoptaban sólo posturas convencionales, que evocaban las típicas de los fugitivos.

—¿Cuándo podremos considerarnos a salvo?

—Pronto —repuso Karinovsky—. Una vez hayamos llegado a San Stefano di Cadore.

—¿Dónde demonios está eso?

—Al norte del Véneto, cerca de la frontera coríntica de Austria, al pie de los Alpes...

—Deje usted la geografía a un lado. ¿Qué distancia hay hasta allí?

—Poco menos de cien kilómetros.

—¿Y de qué modo vamos a cubrirlos?

—Guesci habrá dispuesto ya lo necesario.

—Sí, igual que preparó lo relativo al hidroplano. Mire, yo no...

—Calle. Alguien se acerca.

Me sumergí en la caseta de la embarcación, cogiendo el revólver de Karinsky. Agachado, apoyé el cañón del arma en el brazo izquierdo, apuntando hacia aquel objetivo ligeramente. No soplabla la más leve brisa.

Karinsky me puso una mano sobre la muñeca.

—No sea tan impetuoso —dijo—. Un atacante no se aproximaría a nosotros tan abiertamente como lo hace éste.

Seguí preparado, no obstante. Después de una experiencia como la que acabábamos de vivir a bordo del hidroplano, uno lo que ansia es que no le moleste nadie. Estaba dispuesto a hacer lo que fuese para poner bien de manifiesto cuál era mi posición.

La figura llegó al costado de nuestra estropeada embarcación. Flotó en el aire cierto olor a sudor y a ajo. Dos manos se posaron en mis hombros, sacudiéndome.

—¡Es usted un tipo magnífico! —exclamó Guesci.

Vestía éste un traje oscuro. Habíase hecho descuidadamente el nudo de la corbata, negra, de seda, por cierto. Llevaba en las manos unos guantes negros, de cabritilla. Marcantonio Guesci me dio muchas palmadas en la espalda, abrazándome repetidas veces, demostrando a su manera el gran aprecio en que parecía tenerme.

—¡Lo he visto todo! —exclamó el hombre—. No me he apartado los prismáticos de los ojos desde el momento en que ustedes dejaron la «Sacca di San Girolamo».

—Eso nos facilitó extraordinariamente las cosas —dije yo, apartándome un poco de él.

—¡Ah! ¡Ah! Es que no anduvieron necesitados de ayuda, querido. Cruzaron la laguna a una velocidad...

—Fue una locura, señor Guesci. Pero, bueno, ya supongo que no habrá tenido que moverse mucho para localizarnos.

—¿Se tarda mucho, normalmente, en localizar el fuego en un bosque? Hubiera sido de desear que hiciesen menos ruido...

—Es una lástima que yo no dispusiera de tiempo para instalar un silenciador —dije.

—Se trataba de una embarcación muy ruidosa —admitió Guesci—. Bien. Todo eso queda ahora atrás. Usted y Karinsky se hallan ya a salvo, prácticamente.

—¿Prácticamente?

—Sí, claro, hemos de salir todavía de la costa del Véneto. Pero, en fin, ésa es una consideración puramente técnica. Hemos burlado a Forster en todo momento y lograremos nuestro propósito en la última etapa de la aventura. Vámonos de aquí.

Karinsky me preocupaba bastante. La forzada «excursión» en el hidroplano no había favorecido lo más mínimo a su brazo. La herida se le había vuelto a abrir. Fluía un poco de sangre hacia sus dedos. Tuvimos que ayudarlo a la hora de separarnos de la embarcación. No creí que estuviese ya para muchos trotes.

—¿Cómo vamos a burlar a Forster esta vez? —pregunté.

—Ya verá como lo logramos, Nye —replicó Guesci—. Para comprender el plan habrá de considerar en primer lugar nuestra posición.

—Ya la he considerado. —No por completo. Usted conoce la existencia de una lancha que va detrás de nosotros, pero es muy posible que ignore las restantes medidas adoptadas por Forster.

No, no las conocía y además me tenían sin cuidado. Ahora bien, ¿cómo evitar un auténtico despliegue de inesperadas informaciones? Avanzamos trabajosamente por una zona cubierta de húmedos hierbajos en tanto que Guesci (auténtico heredero de los Borgia y probable discípulo de Fu Manchú) puntualizaba nuestra situación.

—Forster ha debido de suponer que ustedes serían capaces de burlar a sus hombres en Venecia. Tal presentimiento no era descabellado, amigo Nye, si pensaba en su historial. Por consiguiente, hubo de decidirse a trazar una línea secundaria de defensa, centrándola en Venecia-Mestre. Su despliegue por el sur, a lo largo de la línea Chioggia-Mestre, no nos interesa: ya no nos hallamos en esa zona de actividades bélicas, por así decirlo. Pero en el frente septentrional, en un espacio tangencial a la línea Mestre-San Dona di Piave, han de registrarse movimientos. Estudie usted, si se halla en condiciones de hacerlo, los principales rasgos topográficos de nuestro campo de batalla...

—Guesci —le interrumpí—, ¿no podríamos dejar todo eso para más adelante?

Mi solicitud fue atendida. El general Guesci alardeaba de encontrarse en posesión de ciertas facultades ante sus combatientes, una medida siempre práctica cuando el mando obra de una manera puramente intuitiva y recurre a procedimientos nada ortodoxos.

—Hay otros detalles que reclaman nuestra atención —dijo Guesci, adoptando la pose de un brillante instructor de táctica militar, en el seno de una academia castrense—. Nos encontramos sobre una zona cuadrada de tierra de unos cuarenta kilómetros de largo, cuya homogeneidad geográfica es mantenida por la laguna veneciana al sur, las laderas alpinas al norte, el río Brenta al oeste y el Piave al este. Dentro de dicho campo de operaciones, moviéndose hacia el norte, arrancando desde la laguna, Forster vigilará la única carretera vital que va de Mestre a San Dona di Piave, aparte de la red de comunicaciones integrada por cinco caminos más, que unen las poblaciones de Cazori, Compalto y Cercato. Existe también el ferrocarril, pero hará caso omiso de él, pues en treinta horas no se espera la llegada de ningún tren. Consecuentemente, en virtud de sus planes, nos ha confinado entre la laguna y el camino costero. Visto en conjunto, tal proyecto puede ser juzgado perfecto, impecable. ..

—Sí, que sí —confirmé yo apresuradamente—. ¿Y cómo vamos a salir de esto?

Guesci no abrigaba en aquel instante la intención de satisfacer mi curiosidad. Continuó guiándonos por una serie de pantanosos bancales, pequeños bosques y campos cubiertos de hierbas secas, atento sólo al hilo de su razonamiento.

—He aquí, pues, el problema con que he tenido que enfrentarme —dijo, buscando teatralmente, quizás, cierto parecido con C. Aubrey Smith en su papel de *Las Cuatro Plumas*, con los cual no logró otra cosa que realzar su estupidez—. Examiné las diversas posibilidades que se me ofrecían. Me figuré que la fuerza del norte se habría extendido a lo largo de la línea Mestre-San Dona. Entonces pensé en la conveniencia de descubrir un saliente vulnerable, arriesgándolo todo en un ataque por sorpresa.

—¡Magnífico! —exclamó Karinovsky—. Yo apruebo eso. Y sugiero, por otro lado...

—Sin embargo, rechacé el plan porque se me antojó quijotesco —prosiguió diciendo Guesci—. Tenía que suponer que Forster había establecido contacto por radio con la fuerza del sur y que, tan pronto como nuestra posición fuese señalada, aquellos hombres se trasladarían en un rápido automóvil a las posiciones concretadas de antemano, en la carretera de la costa. En resumen: yo había de considerar la fuerza del sur como una reserva de gran movilidad. Esto me dejaba esencialmente con la posición original... Pensaba en los hombres procedentes de la lancha, lanzados sobre nosotros, actuando como en una batida, o como uno de los brazos de la pinza, obligándonos a desplazarnos para aplastarnos contra la línea reforzada por Forster. ¿Me explico bien?

—Se explica usted maravillosamente bien —contesté—. Se ha planteado la situación con toda claridad.

Guesci estaba radiante.

—He de decir que no he pensado nunca en desdeñar la potencia de nuestro enemigo.

—No habrá nadie que le acuse de eso —manifesté—. Ha estudiado a fondo cada uno de los aspectos de la trampa. Desgraciadamente, todavía nos hallamos dentro de ella.

—Lo comprendo perfectamente —declaró Guesci, con un aire de insufrible sutileza—. Es lo que yo había planeado. Fíjese en esto: Forster nos pone una trampa y espera que procuremos evitarla, exponiéndonos nosotros mismos a peligros mayores. Pero nosotros obraremos con iniciativa, colocándonos en el centro del lazo: ¡el único sitio donde no espera vernos!

—Conforme. Hemos sido más listos que él una vez más. Sin embargo, concretamente, ¿qué vamos a hacer?

—Huir.

—¿Cómo?

—Seguiremos avanzando en dirección a esos almiarés que se divisan en el campo que tenemos delante —Guesci arrugó el extremo de la manga de su chaqueta, frunciendo el ceño al contemplar su reloj de pulsera—. Si no me he equivocado en mis cálculos, en ese punto nos veremos rodeados por hombres que salen de todas partes —sonrió—. Es posible, no obstante, que les obsequiemos con una pequeña sorpresa.

Aquello era demasiado ya. Cogí a nuestro pequeño y sádico amigo y lo zarandeé hasta oír tintinear las monedas sueltas que llevaba en sus bolsillos. Acerqué mi rostro de lobo al suyo, que mostraba una sobresaltada expresión, enseñándole los dientes. —Suelta lo que tengas dentro de una vez, hijo de perra —le dije—. En el caso de que se te haya ocurrido alguna idea para salir de este lío quiero que me la expliques inmediatamente.

Guesci respondió, placentero:

—Por favor, no me arrugue la chaqueta.

Nada más soltarle, se sacudió la ropa, como si intentara desprender de ella un invisible polvo.

—Vengan por aquí —añadió.

No tenía más remedio que admirarle, aun en el caso de que nos llevara a la muerte.



Cruzamos el campo, aproximándonos a los tres grandes almiarés que habíamos visto momentos antes. Guesci señaló indolentemente el del centro.

—¡Vean esto!

Yo no le perdía de vista. Guesci, sonriendo como una hiena, se aproximó al pajar indicado y comenzó a arrancar al mismo brazadas de heno. Pronto vimos una larga y oscura forma. El italiano continuó trabajando sin descanso. Yo no sabía ya qué decir.

—Guesci —murmuré por último—, retiro mis descorteses palabras. Es usted un genio, indudablemente.

Frente a nosotros, deslumbrante, cubierto todavía con algunos pequeños montones de heno, semejante al juguete de un gigante, recién desembalado, teníamos un menudo avión monoplano. Las alas no se divisaban todavía bien, pero su hélice airosa hablaba ya de libertad. Me puse a ayudar a Guesci en su labor, retrocediendo luego unos pasos, pasmado.

—Es bonito, ¿verdad? —inquirió Guesci—. Mientras esos perros corran alocados por aquí, nosotros nos alejaremos con toda tranquilidad, meciéndonos en el aire. Nuestros perseguidores habrán de desahogarse lanzando aullidos y rechinando los Clientes.

—La idea es digna de usted, amigo mío —reconocí, expresándome al modo de Guesci, impulsado por mi agradecimiento—. ¿Será nuestro punto de destino San Stefano, por ventura?

—En efecto. Allí no hay aeródromo. Pero yo he elegido ya varios terrenos para el aterrizaje. Se trata, en fin de cuentas, de una avioneta. Allí nos estará esperando el coronel Baker con sus hombres. El viaje no durará más de una hora.

Hacia el este vimos una grisácea claridad y yo aprecié cierto movimiento en dos sitios de las inmediaciones. Ladró un perro. Oímos un ruido después. Al animal, que se quedó silencioso de súbito, debían de haberle arrojado sus acompañantes un hueso para que se estuviera quieto.

—La jauría se acerca —dijo Guesci, sonriendo—. Mi querido amigo, ¿qué le parece si partiéramos ya?

—He ahí una sugerencia que estimo oportunísima —me apresuré a contestar—. ¿Se encuentra usted bien, Karinovsky?

—Bastante bien —repuso el aludido—. Hasta ahora me he limitado a permanecer aquí quieto, desangrándome, mientras ustedes lo pasan, según veo, tan ricamente.

—Le acomodaremos en el avión —dije yo.

Una vez dentro de la pequeña cabina, pusimos a Karinovsky su cinturón de seguridad. Amanecía rápidamente... Descubríamos de cuando en cuando formas aisladas, cuerpos agachados que disminuían progresivamente la distancia que les separaba de nosotros. Al ir a instalarme en el asiento del copiloto observé que Guesci me había tomado la delantera.

—Se ha equivocado de sitio, amigo —señalé.

—No, no, ¡qué va! —exclamó.

—Guesci, no creo que sea el momento más indicado para gastar bromas. Esa gente se aproxima a nosotros. Será mejor que actúe con rapidez, que nos saque de aquí cuanto antes.

—Pero... ¿qué habla usted? —la voz del italiano sonaba muy chillona—. ¡Yo no sé nada sobre aviones! ¡Nada! ¡Es usted quien ha de sacarnos de aquí! ¡Y rápidamente!

—¡Oiga, oiga! La idea de la avioneta ha sido suya, ¿no?

—Sí, pero mis disposiciones fueron tomadas pensando en usted —manifestó Guesci, a punto de que se le escaparan de los ojos dos lagrimones—. Señor Nye, por favor... Todo el mundo sabe que pilota expertamente todos los tipos de aviones, o casi todos, existentes en la actualidad. ¡Pero si es usted famoso precisamente por estas cosas y otras por el estilo! ¡Por Dios, señor Nye! De no ser por tal motivo, ¿por qué iba yo a pensar en utilizar un chisme de estos?

Volvía a pasar lo mismo de siempre. El célebre, el magnífico agente X —aquel superespectro, mi oscuro «otro yo»—, se incorporaba de nuevo para acosarme, para destruirme, para traicionarme, por lo menos. ¡Ah! ¡Y cómo detestaba al realizador de bizarras y sobrehumanas empresas! ¡Cómo aborrecía a aquel asesino que trabajaba dentro de la ley, valga la paradoja! ¡Qué irritación me producía nada más que recordar a aquel loco que circulaba libremente, con un permiso gubernamental, pese a su condición de probado maniático!

¡Y cómo debía de odiarme él a su vez! Pero ahora mi desenfrenado hermano gemelo había dado finalmente con el procedimiento para terminar con su más temible adversario: yo mismo.

Guesci me estaba tirando de una manga. A la fuerza, me hizo ocupar el asiento del piloto. Contemplé con el ceño fruncido el poco familiar despliegue de instrumentos... Tuve un momento de calma, durante el cual comprendí que era mía la culpa de lo que allí pasaba. El agente X era un símbolo, el pretexto para todo impulso. Era lógico lo que Guesci pensaba: un hombre capaz de huir en un hidroplano tenía forzosamente que saber sacar partido de un pequeño avión.

—¡Nye! —gritó aquél—. ¡Ya se acercan! ¡Sáquenlos de aquí!

Sonreí entristecido.

—Karinovsky —dije—, ¿sabe usted pilotar un avión?

—Creo que no. No he probado nunca.

Pude contar hasta ocho hombres agazapados por los alrededores. Movíanse lentamente, con extraordinaria cautela. Pero se iban aproximando a nosotros...

## Capítulo 20

YO HABÍA estado exagerando un poco. Mis conocimientos acerca de la aviación ligera eran deficientes, seguramente, pero la verdad era que no lo ignoraba todo... Por ejemplo, había volado como pasajero en diversas ocasiones. Otra vez me había sido permitido manipular los mandos de una «Piper Cub». En vuelo normal, yo había descrito en el aire una serie de suaves curvas con auténtica destreza. Finalmente, había asistido a la proyección de no sé cuántas películas relacionadas con la guerra aérea.

Todo ello, desde luego, suponía una experiencia a todas luces insuficiente para la tarea que iba a acometer. Pero todavía tenía menos experiencia en lo tocante a la otra alternativa que se me ofrecía: cruzar un campo despejado de obstáculos al amanecer, para servir de blanco a ocho o más hombres convenientemente armados. Me obligó a elegir la necesidad.

Concentré mi atención en el tablero de los instrumentos.

Hallé el interruptor de la batería y le di la vuelta. Bajo el panel, a mi derecha, se encontraba el mando de la válvula interruptora del suministro de combustible. Procedí igual. A continuación vi el mecanismo de control térmico del carburador. Tenía un rótulo que rezaba: «Tírese para calentar». Obedecí. Luego

manipulé en el control de mezcla, señalando la zona indicadora de máxima riqueza. —¿Qué hace usted? —me preguntó Guesci.

—Me estoy preparando para despegar.

—¡Ah! —Guesci permaneció en actitud reflexiva unos segundos—. Yo creí que usted no sabía cómo se pilotaba un avión.

—Y no lo sé, en efecto. Sin embargo, me parece que ésta es una ocasión para aprender tan buena como cualquier otra.

—Desde luego —dijo Guesci, riendo, no muy convencido pese a todo—. ¿Me permite que le indique la conveniencia de que actúe con la mayor celeridad posible?

Asentí. Mis pies descansaban sobre dos pedales. ¿Qué papel desempeñaban? No acerté a recordarlo. ¿Corresponderían a los frenos? No. Esto no era probable. Pisé el de la derecha y oí un leve crujido a popa. Me asomé por la ventanilla y observé que el timón se había movido. Muy bien: los pedales servían para controlar el timón. Recordé que la caña que tenía delante actuaba sobre los alerones.

¿Qué más? Había allí elementos indicadores de la altura, la dirección, períodos de tiempo, temperatura del aceite, abastecimiento de combustible, presión del aceite y revoluciones por minuto del motor. Había todo un desconcertante muestrario de interruptores y esferas, muchos de los cuales tenían plaquitas con instrucciones o advertencias. Leí las mismas rápidamente, intentando hacer memoria... ¿Qué había leído yo, Señor, acerca del tema de los despegues de las naves aéreas? Me pareció que...

Me di cuenta entonces de que Guesci me tiraba del brazo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—¡Disparan sobre nosotros! —exclamó Guesci—. ¿Es que no oye?

Oía perfectamente ahora que me llamaban la atención sobre aquello. Los hombres de Forster se hallaban todavía a alguna distancia de nosotros, pero los proyectiles de sus pistolas podían salvar fácilmente, como es natural, la misma. Ya no había tiempo para más vacilaciones en torno a los misterios del vuelo. Era preciso pasar a la acción o morir, si bien era lo más probable que tuviésemos que hacer ambas cosas casi simultáneamente.

—¡Allá vamos! —anuncié presionando el botón del arrancador.

No sucedió nada.

Presioné de nuevo el citado botón, sin el menor resultado. Escruté el tablero de los instrumentos, en busca de una pista que me explicase el fallo. Leí en un rótulo: «Interruptor de la magneto». Tenía cuatro posiciones: «Reposo», «Izquierda», «Derecha», «Doble»... Escogí esta última y oprimí otra vez el botón del arrancador.

El motor «tosió», se quejó, surgió a la vida con un tremendo rugido. Mantuve la palanca de mando cerca de mí, creyendo que ésta era su posición neutral, disminuyendo al mismo tiempo la presión sobre los pedales. Me di cuenta de que subían las manecillas indicadoras en el tacómetro y el aparato que señalaba la presión del aceite. El avión se estremeció, pero no hizo el menor movimiento.

Avancé el acelerador y el tacómetro señaló 2.400 revoluciones por minuto. Por encima se veía una zona de peligro marcada en rojo. Nuestra avioneta tembló como la rama de un sauce azotada por una furiosa tormenta. Y lo peor fue que continuó inmóvil.

Luego, descubrí el freno de mano. Regulé el acelerador y solté aquél.

Comenzamos a rodar. La velocidad aumentaba rápidamente, a medida que yo daba más gas.

Recordé que los aviones, para despegar, se ponen siempre frente al viento. Bueno. ¡Pero si yo no sabía siquiera si soplabo aquél, poco a mucho! Y... de haberlo sabido, ¿qué? De todas maneras yo no hubiese sabido qué determinaciones tomar. Recordé también que los aeroplanos vencen a la fuerza de la gravedad, elevándose, gracias al soberbio impulso de las altas velocidades. Consecuentemente, eché mano al acelerador, manejándolo tal como había visto hacer a los ases de la guerra aérea.

Debíamos de estar avanzando sobre el suelo a la velocidad de ochenta kilómetros por hora, pese a que la manecilla del indicador correspondiente señalaba menos de la mitad de dicha cifra. Cosa alarmante: el avión empezaba a girar hacia la derecha. Toqué el pedal de esa mano y viendo que el giro se acentuaba presioné el contrario. El avión se enderezó por un momento, iniciando seguidamente la vuelta hacia la izquierda. Compensé nuevamente.

La velocidad alcanzada ahora era de unos noventa y seis kilómetros por hora. Divisé un muro de escasa altura frente a nosotros y algunos árboles más allá de él. Apenas lograba controlar la pequeña nave. Manejaba los pedales con cierta soltura ya, pero debí de exagerar al realizar los intentos de compensación. Avanzábamos en una interminable serie de alargadas eses...

El muro se nos acercaba a toda prisa ya. A nuestras espaldas, Karinovsky nos miraba alternativamente, sumido en un silencio absoluto. Guesci comenzó a gemir, enterrando la faz entre sus brazos. Yo sentí deseos de hacer lo mismo, pero me contuve a tiempo. Hice funcionar a todo lo que daba de sí el acelerador. Luego tiré de la palanca de mando como había visto hacer a innumerables pilotos en un montón de películas.

El avión dejó la tierra, buscando el aire. Los aeroplanos, después de todo, han sido contruidos para eso. Yo no había creído en ningún instante que aquello llegase a suceder. Sin embargo, comprobé que nos apartábamos del suelo, que ascendíamos por un firmamento sin nubes, débilmente azul con las luces del amanecer. El motor sonaba de un modo especial, como quejoso después del soberbio esfuerzo, descendiendo el tacómetro hasta las mil novecientas revoluciones por minuto. Eché la palanca de mando hacia delante. Quería que el pequeño avión fuese elevándose más gradualmente.

Guesci me estaba diciendo algo, pero yo no le escuchaba. Experimentaba la satisfacción del que ve una difícil empresa convertida en realidad. ¡Había logrado despegar! ¡Volaba!

Era un triunfo personal que merecía ser saboreado el mayor tiempo posible. Decidí desentenderme del interesante problema que planteaba mi regreso a la tierra, que tan alegremente acababa de abandonar. ¿Cómo y en qué estado volvería a ella? «Cada cosa a su tiempo», éste es el único «slogan» que se acomoda bien al soldado de fortuna, especialmente cuando el mismo muestra determinadas inclinaciones hacia la histeria.

## Capítulo 21

EL DESPEGUE había sido atemorizador en sus principios, pero luego recibí una gran compensación. Mientras ascendíamos llegué a pensar que volar, en fin de cuentas, no era una cosa tan difícil como nos querían hacer ver. Se trataba, simplemente, de una habilidad que cualquier hombre podía desarrollar mediante la concentración de sus facultades intelectuales. Se me antojaba que los profesionales habían estado rindiendo un culto misterioso a aquella operación, elemental, sencillísima... ¡Ah, claro! Esos hombres habían preservado así lo que era su vida, procediendo con indudable astucia.

Existía otra posibilidad: que el vuelo fuese un ejercicio enormemente difícil, salvable porque yo fuera uno de esos raros individuos que todo lo hacen bien, guiados por el instinto o por la intuición.

Unos minutos después me apresuraba a rechazar ambas explicaciones. Sabía que ya había conseguido poner aquel pequeño avión en el aire merced a la suerte, en la que había influido, lógicamente, la tendencia del aparato a hacer aquello para lo cual había sido construido, en determinadas condiciones.

Pensé eso de pronto, al ver que el avión giraba rápidamente hacia la izquierda sin que existiera una razón aparente que justificara semejante proceder.

Seguíamos elevándonos. El tacómetro señalaba dos mil trescientas revoluciones; la palanca de mando se hallaba echada hacia atrás; mis pies descansaban ligeramente sobre los pedales de gobierno del timón. En el indicador de velocidad leí ochenta kilómetros por hora, peligrosamente próxima a la de sesenta y cinco, cifra tope, la mínima para seguir en el aire. El altímetro me daba ciento cincuenta metros. Estábamos demasiado cerca del suelo, pero continuábamos ganando altura.

Y luego vino aquel giro a la izquierda, inexplicable...

Toqué suavemente el pedal derecho. El aeroplano se enderezó, pero la velocidad descendió a setenta y dos kilómetros por hora. El motor parecía no trabajar bien. Hacía un ruido que no me gustaba. Intenté dar más gas, pero me encontré con que el acelerador no podía dar más de sí ya. «Resbalamos» al describir una de aquellas curvas que me tenían preocupado y noté como si el motor fuera a pararse. Presa del pánico, di una patada al pedal izquierdo y eché la palanca de mando hacia delante. La proa del avión bajó, apuntando al horizonte, y la velocidad subió a noventa y seis, pero el tacómetro me alarmaba, señalándome su zona roja. La pequeña nave enfiló obstinadamente nuestra izquierda y yo, de súbito, anduve necesitado de cuatro manos y un par de cabezas, por lo menos.

Corregí el giro y tiré suavemente de la palanca de mando. Las revoluciones por minuto eran las correctas tan pronto como el avión comenzó a trepar, pero, naturalmente, la velocidad descendió de un modo peligroso. Moví mi palanca cuidadosamente, hacia delante y hacia atrás, hasta que di con una posición en la que las revoluciones y la velocidad quedaban en la zona negra. La avioneta ascendía más bien lentamente. Me veía forzado a usar continuamente el pedal izquierdo del timón para mantener el rumbo correctamente, cosa que me daba que pensar. Pero, en fin, por unos instantes todo me pareció allí dentro bastante equilibrado.

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó Guesci con voz temblorosa.

—Una corriente de aire muy fuerte —respondí vagamente.

¿Para qué alarmar a mis pasajeros? En aquella avioneta sólo había sitio para el pánico que yo sentía.

—Pero, bueno, usted sabe volar en realidad, ¿no? —inquirió el italiano—. Quiero decir que sus palabras de antes fueron una broma... ¿Es así?

Aquel tono de voz gimoteante con que Guesci pronunció las palabras anteriores me irritó.

—Usted puede ver lo que hay por sí mismo —respondí bruscamente.

Corregí un nuevo giro a la izquierda, adelantando luego la palanca de mando. Seguidamente, la velocidad se redujo, quedando la manecilla del tacómetro fuera de la zona roja. Al poco, vuelta a efectuar una corrección similar... Aquello era inacabable, cansado, extenuante.

—Por lo que veo, las cosas no le marchan bien —dijo Guesci, pretendiendo sondearme.

—He de decirle algo que quizás ignore, Guesci. Cuando se está acostumbrado a pilotar un caza «Mach 2», un avión supersónico, se necesita algún tiempo para moverse con desenvoltura dentro de la jaula en que nos hallamos.

Puedo jurarlo: ni siquiera me daba cuenta de lo que estaba diciendo.

Guesci asintió, vehemente. Ansiaba creer en mi destreza. Y había observado, sin embargo, detalles que le aconsejaban un proceder totalmente contrario. En las trincheras no suele haber ateos. ¿Qué decir de lo que pasaba a bordo de un avión como aquél, volando en circunstancias comprometidas a unos trescientos metros de la tierra italiana? En nuestro caso quedaba explicada la desaparición de todo escepticismo.

—¿Tiene usted mucha experiencia en lo concerniente al vuelo en aviones de propulsión a corro? —me preguntó Guesci.

—He pilotado «Sabres» y «Banshees» —respondí al tiempo que corregía un giro a la izquierda, empujando luego la palanca de mando para impedir la peligrosa pérdida de velocidad, etcétera.

Me mordí los labios para no sonreír. Después de esto mi atención se concentró en el aeroplano, necesitado de sucesivas enmiendas, iguales a la que he citado últimamente. A continuación le pedí a Guesci que se ocupara de Karinovsky. Entonces consideré la conveniencia de dejar las bromas a un lado, dedicándome a la seria tarea de adivinar las «salidas» de nuestra pequeña nave.

Nos desplazábamos a la velocidad de ciento sesenta y ocho kilómetros por hora, habiendo alcanzado una altura de novecientos metros. Cerré el gas y seguimos volando a ciento cuarenta y cuatro. De acuerdo con lo que me decía la brújula, navegábamos hacia el sudoeste. Ya se había hecho la luz por completo. La brillante y arrugada «piel» del Adriático se encontraba bajo nuestros pies. Tolmezzo, nuestro punto de destino, se hallaba en los Alpes, esto es, en una zona situada al norte. Moví suavemente la palanca de mando hacia la derecha.

El aeroplano respondía hundiendo su ala derecha. Levantó la proa al mismo tiempo y la velocidad comenzó a disminuir. Tenía la seguridad de que el condenado motor iba a caerme encima y tiré bruscamente de la palanca hacia mí.

Aquél fue el más torpe de los movimientos que podía hacer. El motor tosió igual que una pantera herida y la proa se empinó más todavía. Oprimí sin contemplaciones el acelerador hasta el límite máximo, corrigiendo la maniobra con toques continuos del timón y la palanca.

Tuve que insistir. El avión se balanceaba alarmantemente.

La línea del horizonte aparecía y desaparecía frente a mí. La velocidad había descendido hasta noventa y seis kilómetros por hora.

Comprendí por último que lo que debía haber hecho era empujar la palanca de mando hacia delante y no atraerla hacia mí. Procedí tal como queda indicado, dimos un salto y ganamos velocidad rápidamente. Pero entonces el ala derecha empezó a inclinarse en dirección al mar.

Efectué una corrección más. El ala citada se elevó... bajando de pronto la otra. Guesci me gritaba no sé qué palabras y Karinovsky había abandonado por unos momentos la contemplación de su herida.

Aquello marchaba mal. Con las enmiendas sucesivas a mis torpes maniobras no lograba nada positivo. Percibía una pesada vibración en la cola. Habíamos perdido altura. Estábamos a unos trescientos metros del suelo y el descenso proseguía. Al parecer, yo no podía dominar el aparato. Experimenté la impresión de

que, de un momento a otro, iba a desgajarse del fuselaje una cualquiera de las alas.

Fue entonces cuando Guesci se lanzó alocadamente sobre los mandos. Luché, forcejeé para quitármelo de encima. Karinovsky nos llamaba a gritos. Guesci y yo nos agarramos mutuamente, mirándonos con fiereza. El italiano intentó morderme en una muñeca y yo le propiné un formidable golpe en la nariz con mi frente. Esto le tranquilizó, por lo visto.

Durante estos instantes nadie se había ocupado del avión. Puse atención de nuevo a mis controles y me encontré con que el balanceo había desaparecido. Al dejar yo en paz, involuntariamente, el timón, la avioneta había efectuado la corrección por sí sola.

Acababa de aprender una lección en extremo valiosa. «Cuando vaciles —me dije—, deja el avión; éste reaccionará oportunamente.»

Toqué con prudencia la palanca de mando, intentando que el aparato lo hiciera casi todo. Nos elevamos hasta mil doscientos metros, desplazándonos ligeramente al este a ciento cincuenta kilómetros por hora. El vuelo ahora era normal, no existiendo apenas colaboración por mi parte. Ya todo en orden, por lo que apreciaba, me volví hacia Guesci.

—No se le ocurra a usted volver a hacer otra vez eso —le dije fríamente.

—Lo siento muchísimo. No comprendía lo que estaba haciendo.

Karinovsky explicó:

—Nye intentaba ver cómo respondía este aparato. Cualquier necio se hubiera dado cuenta de ello.

—Desde luego, desde luego —repuso Guesci, amoscado.

En la tierra no hay ni habrá nada más maravilloso que creer. Hasta yo empezaba a dar crédito a las palabras de Karinovsky.

—Señor Nye —me dijo Guesci—, siento mucho lo ocurrido... ¿Va usted a efectuar todavía algunas pruebas más?

—Esa es una de las cosas que depende de ciertas condiciones —contesté con no poca suficiencia.

Guesci asintió. Karinovsky no se molestó siquiera en hacer aquel gesto de aprobación. Lo que yo había dicho era axiomático.

—¿Y qué le parecen las condiciones presentes? —inquirió el italiano tímidamente.

Reflexioné unos segundos antes de contestar. Me dolía la cabeza horriblemente y tenía las ropas empapadas de sudor. Había asimilado definitivamente un pronunciado tic nervioso en el ojo derecho y me temblaban las manos como cuando se sufre de ataxia locomotora. Pero el hecho principal era que continuaba volando a bordo de aquel avión.

—Las condiciones actuales no son malas —respondí—. Efectivamente, de momento todo parece estar en orden.

¿Y cómo suele construir el necio su paraíso? Pues utilizando los derruidos ladrillos de la ilusión y el acuoso cemento de la esperanza. Así hablaba Zaratustra Nye.

## Capítulo 22

HABÍAMOS estado volando hacia el nordeste por espacio de un cuarto de hora casi. El Adriático quedaba a nuestras espaldas. Veíamos ahora, a nuestros pies, la amplia llanura de Italia septentrional. Decidí que había llegado el momento de saber a dónde nos encaminábamos. Pregunté a Guesci si disponía de mapas.

—Naturalmente que sí —respondió el italiano—. Ya verá que he pensado en todo.

De debajo de su asiento extraje una carta numerada ONC-F-2. Veíase en ella el norte de Italia y más de la mitad de Europa. Estaba saturada de símbolos referentes a aeropuertos, zonas especiales, ciudades, aldeas, montañas, regiones pantanosas, mares, lagos, líneas de conducción de energía eléctrica, diques, puentes, túneles y toda clase de datos de gran interés. Aquello no se parecía en nada a la extensión plana, verde y castaña y siempre uniforme que sobrevolábamos.

Pensé que era conveniente que me descargara de alguna responsabilidad.

—A ver, Guesci... Averigüe usted dónde estamos. Luego, dígame qué punto hemos de alcanzar y cómo.

—¡Pero si yo no sé nada sobre mapas aéreos! —exclamó el hombre. Karinovsky le ayudará. Supongo que no esperarán ustedes que lo haga yo todo.

Los dos se pusieron a estudiar el mapa. Aproveché aquel rato para aprender algo como piloto. Describí suaves curvas hacia la derecha y la izquierda, descendí, subí, manipulé repetidas veces el acelerador y llevé a cabo otros sencillos experimentos. Comencé a notar una leve sensación de confianza en mí.

—¿No podría usted volar un poco más bajo? —me preguntó Guesci—. No distingo ninguna señal desde esta altura.

Nos colocamos a unos seiscientos metros del suelo. Al cabo de unos minutos, Guesci suspiró, comentando:

—La campiña no presenta aquí ningún rasgo característico.

—Desde luego, con su colaboración se puede ir a cualquier parte.

El italiano repasó el mapa atentamente. Ahora inquirió:

—¿Qué tiempo ha transcurrido, aproximadamente, desde que dejamos el Adriático, penetrando en la costa?

—Supongo que unos diecisiete minutos, poco más o menos.

—¿A qué velocidad hemos estado volando? ¿En qué dirección?

—Hemos volado a ciento cuarenta y cuatro kilómetros por hora, en dirección nordeste. Bueno, ése es un cálculo hecho algo a la ligera.

Karinovsky levantó una mano.

—Redondeemos un poco esa cifra. Digamos que hemos volado a ciento sesenta kilómetros por hora, lo cual facilitará nuestra estimación. Esto significa que hemos cubierto unos cuarenta kilómetros. Si proseguimos nuestro desplazamiento hacia el norte, pronto cruzaremos el río Piave. He ahí una señal que no dejaremos de advertir.

—¿Y qué vamos a hacer cuando la descubramos?

—Seguir el curso de la corriente de agua, que nos conducirá a Belluno. Después de sobrevolar el valle del Piave alcanzaremos San Stefano di Cadore.

—¿Cómo sabremos que nos hemos orientado bien? Guesci tenía la respuesta a tal pregunta.

—Poco antes de llegar a la población hay una central de energía eléctrica.



—¿Está seguro de poder localizarla?

—No se preocupe —indicó Guesci—. Usted cuide del avión... Lo demás corre de mi cuenta.

Sin saber por qué concretamente, me desagradó el tono de voz con que el italiano me había hablado. Sin embargo, ¿qué podía hacer en aquellas circunstancias? Sólo una cosa: concentrar la atención en mi cometido.

Proseguimos nuestro viaje en dirección norte. No tardamos en ver el Piave. Hice girar al avión y seguí el curso del río por el noroeste, dejando atrás dos de sus curvas. Comprobamos nuestra posición sobre Valdobbiadene. La tierra comenzaba a elevarse ahora y hube de procurar que el aparato ascendiera suavemente.

En unos minutos nos colocamos en las laderas de los Alpes, a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar. El río seguía una dirección nortenordeste. Guesci localizó la población de Peltre a nuestra izquierda y Karinovsky vio un molino a la derecha. Todo coincidía. A nuestra llegada a Belluno nos hallábamos a dos mil setecientos metros de altura. Los Alpes se extendían frente a nosotros igual que una masa de puntas de lanza. En la cabina hacía frío.

Me costaba mucho trabajo dominar al avión en aquellos instantes. Fuertes corriente de aire ascendentes batían sus alas. Además, las condiciones externas, con respecto al funcionamiento del motor, habían variado. El aire era más limpio, más «fino».., A nuestros pies, el valle del Piave era una clara, una limpia cuchillada practicada en las Dolomitas. La naturaleza accidentada del suelo me obligó a remontarme por encima de los tres mil metros de altura.

Oí a Karinovsky al lanzar una exclamación de alarma. A treinta metros, a mi derecha, vi claramente el pico de una montaña. —¿Hay algo más así por aquí? — quise saber prudentemente.

—Nada nos debe preocupar ya volando a esta altura —opinó Karinovsky—. Lo único dar con San Stefano.

El valle del Piave seguía curvándose hacia el este. Guesci nos señaló la central de energía eléctrica. Luego distinguimos San Stefano a la derecha, en una elevación de dos mil quinientos metros, aproximadamente. Incliné el avión de lado, iniciando un suave descenso.

Vimos algunas casas. Había empinados prados, de pequeñas dimensiones, debajo de nosotros. A un lado de la población quedaba la vía férrea, que iba de un extremo a otro de la parte edificada.

—¡He ahí nuestro punto de destino! —gritó Guesci.

Vi la cabaña, en forma de U, instalada a kilómetro y medio de la aldea. Distinguí una zona de terreno despejado frente a la U. Desde el aire todo parecía tener el tamaño de un sello de correos. Desde luego, yo no sería capaz de aterrizar nunca en un espacio tan reducido. Lo malo era que no descubría nada que se me antojase mejor. Continué descendiendo, describiendo vueltas en torno al campo, confiando en que la que se me venía encima no sería tan mala como se me antojaba.

Intenté mantenerme cerca del borde del campo, avanzando contra el viento. Reduje la velocidad y empujé hacia delante la palanca de mando. Una masa de árboles pasó en tromba junto a nosotros y hasta nuestro mismo refugio. De pronto me encontré en el extremo opuesto de la zona, girando hacia el nordeste.

Me había precipitado, obrando con excesiva celeridad. Repentinamente, me acerqué demasiado al suelo. Volaba a una velocidad aterradora, muy bajo para moverme con seguridad y muy alto para intentar el aterrizaje. De acuerdo con lo que yo había aprendido de diversos héroes populares en las páginas de los semanarios infantiles, debía conquistar más velocidad, elevándome seguidamente

para realizar una nueva tentativa de aproximación. Pero no me atreví a obrar así. Mi dominio del aparato era excesivamente incierto y el suelo quedaba a muy poca distancia. Rechiné los dientes, empujando la palanca de mando hacia delante y cerrando de repente el gas.

A unos cinco metros de altura, el avión empezó a perder velocidad, estremeciéndose. Estuvo a punto de capotar, entonces. La mitad del campo había desaparecido ya detrás de nosotros. Tiré de la palanca de mando. El aparato levantó bruscamente la proa y abatió la cola. Por fin, las ruedas delanteras entraron en contacto con la tierra y aquél comenzó a dar saltos. Pegué resueltamente la empuñadura de la palanca a mi estómago...

Inclinados hacia la izquierda, ya en el suelo, el fuselaje describió un violento giro en aquel sentido. El ala golpeó la tierra, igual que la hélice, que se hizo pedazos. Toqué frenéticamente el pedal de la derecha, haciendo funcionar los frenos. La avioneta continuó girando, elevándose y descendiendo alternativamente. Iba a dar la vuelta. Esto me pareció irremediable. Por último, se quebró el tren de aterrizaje y el aeroplano se arrastró sobre su vientre. Fue a detenerse hacia el final del pequeño campo, a unos seis metros de una valla de madera tras la cual había un diminuto bosque de pinos. Giré la llave del encendido. El agente X había terminado con éxito otra de sus peligrosas misiones.

Nadie había sufrido ningún daño, pero nadie tampoco tenía ganas de hablar. Contemplamos una vez fuera de él los restos del aparato, echando a andar luego en dirección al refugio.

Yo experimentaba una profunda sensación de relajamiento. Al otro lado de la gran puerta de roble de la vivienda, el agente X se esfumaría para siempre. Sólo quedaría de él aquella dudosa personalidad: William P. Nye. De pronto, sentí unos deseos irreprimibles de dar la vuelta y huir de aquel refugio alpino, de escaparme de Italia, de desaparecer de Europa. Quería salvarme perdiéndome... Y también ansiaba mantener viva, sin saber por *qué*, la imagen absurda del agente X.

Estábamos en el pórtico de la entrada. La mano de Guesci descansaba ya en el pesado tirador de bronce de la puerta. Renuncié a mi sueño de volar y de renacer, inventando un proverbio que se acomodaba a la ocasión: quien produce una ilusión se ve antes que nadie cogido entre sus redes. Tal reflexión no me produjo mucho consuelo.

Un hombre joven con el pelo muy corto abrió la puerta desde dentro, notificándonos que nos esperaban. Penetramos en la vivienda, deslizándonos por un corto vestíbulo antes de internarnos en una gran habitación, dentro de la cual descubrí un cuadro con una vista panorámica de los Alpes.

En el extremo opuesto de la sala había un hombre. Estaba plantado frente a la gran chimenea, con las manos atrás, cogidas sobre su espalda. Las llamas del fuego encendido a sus pies proyectaban nerviosamente su sombra sobre el techo. Volvióse hacia nosotros, sonriente.

—Caballeros —dijo—, me alegra mucho comprobar que han salido airosos de su accidentada aventura. Empezaba a sentirme preocupado.

Aquel hombre era Forster. Manteníase erguido, risueño y, sobre todo, muy tranquilo. Oí el ruido de la puerta al cerrarse a nuestras espaldas.

## Capítulo 23

¡QUÉ CUADRO! Inesperadamente, los tres osos se encontraban de cara con el cazador. De haber podido paladear aquel momento habría conocido el sabor de

las cenizas. Lo que más me dolía era pensar que había trabajado lo indecible para llegar a aquel especial lugar y no a ningún otro. Ni siquiera había llegado a considerar por un instante la conveniencia de cambiar de objetivo final. No había caído en la cuenta tampoco de que en éste podía aguardarnos una desagradable sorpresa. Bueno. Allí estábamos... Estimé irritantemente injusta nuestra suerte.

¡Vaya jugarreta! Me compadecí de mí mismo. Uno había estado corriendo, improvisando, escabullándose para, por fin, llegar al ansiado refugio, sólo para encontrarse con que las reglas del juego habían sido alteradas, sólo para descubrir que el refugio se había convertido en una fortaleza enemiga y que se había perdido la partida.

Claro que se me había olvidado una cosa: aquel juego carecía de reglas.

Era preciso volver a la realidad. Y la realidad era ésta: dos hombres nos apuntaban con sus revólveres mientras un tercero nos registraba. Habiendo acabado con este formulismo, Forster nos invitó a tomar asiento. Obedecimos mecánicamente, sentándonos en las sillas que él señaló, aceptando incluso lo que nos ofreció para beber, y hasta cigarrillos... Los hombres de Forster se refugiaron en las sombras y él dio un paso adelante, como el actor o danzante busca el círculo de luz que ha de realzar su actuación. Nosotros le contemplábamos como hipnotizados, íbamos a escuchar con la máxima atención lo que tuviera que decirnos y luego no tendríamos más remedio que dejarnos matar. Consecuencia lógica: Karinovsky, Guesci y yo no formábamos un grupo de ciudadanos satisfechos.

—Permítanme en primer lugar —dijo Forster—, que les explique qué estoy haciendo aquí cuando ustedes me suponían dando tumbos por las zonas pantanosas del Véneto, Se habrán formulado, indudablemente, tal pregunta, ¿no?

Ninguno de los tres abrió la boca.

—Voy a contestársela —prosiguió diciendo Forster—. Guesci, sus manejos no permanecieron tan en secreto como usted se había figurado. Supe de sus discretas indagaciones referentes a embarcaciones y avionetas, así como de su proyecto de utilizar un refugio en San Stefano. Dejé a la mayor parte de mis hombres en Venecia con la orden de que le capturaran o le diesen muerte, de ser posible. De no poderse lograr tales objetivos, procurarían dificultar sus movimientos. No era necesario que yo supervisase una operación de carácter rutinario como ésa. Decidí esperarle tranquilamente aquí, confiando en que su inteligencia sería superada por su obstinación. Naturalmente, hube de librarme de su gente primero. Esto no me costó mucho trabajo. Aquélla recibió oportunamente un mensaje de su jefe cambiando el lugar de la cita. El coronel Baker y sus ayudantes se encuentran en estos momentos en Villa Santini, a unos veintiocho kilómetros de aquí.

Forster aguardaba nuestra reacción. Pero no vio nada. La insensibilidad de su auditorio le enojó.

—Me figuré que resultaría divertida una breve charla con ustedes. Ahora observo que es un fastidio. Supongo que es una tontería que continúe perdiendo el tiempo.

Sin la menor prisa, extrajo de debajo de la americana una pesada «Browning» automática. En aquel momento, precisamente, yo había llegado a plantearme una conclusión: no quería morir. Deseaba, por el contrario, con todas mis fuerzas, continuar viviendo. Por espacio de treinta o cuarenta años más, si era eso factible. Y si no, con treinta o cuarenta minutos más de vida también me daba por satisfecho. A fin de seguir viviendo, yo estaba dispuesto a todo, arrastrarme, a implorar, a mentir y a robar, a hacerme federalista o comunista, arriano o azteca, u otra cosa requerida inapelablemente por la situación.

Hasta estaba dispuesto a ser de veras el agente X. Esto —iqué curioso!—, venía a ser lo más difícil.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté a Forster.

El hombre sonrió.

—Que haré fuego sobre ustedes.

—¿Un tiro en la nuca?

—Tal vez. ¿Tiene usted miedo, señor Nye?

—Desde luego que tengo miedo. Pero hay algo más: estoy desilusionado.

—Muy comprensible. En su caso...

—No me ha entendido —insistí—. Usted me ha producido una honda decepción.

—¿Qué habla usted, señor Nye?

—Su cobardía me repugna —replicó el agente X.

Pude notar que sus hombres avanzaban casi imperceptiblemente. Forster levantó su pistola automática, apoyando el índice en el gatillo.

—Va usted a recibir el tiro en la cara, a modo de recompensa por su observación.

—Es igual —repliqué—. Su bala no alterará este hecho: valgo yo más muerto que usted vivo.

Forster guardó silencio un momento. Luego, dijo:

—Señor Nye, ¿es que intenta provocarme para ver si se le presenta una ocasión de pelear conmigo? Si es así procure mejorar sus métodos, ya que procede usted con evidente torpeza, dada la claridad con que da a entender sus propósitos. Y eso, amigo mío, no conduce a nada ya. La época de nuestra rivalidad personal se ha esfumado. Tengo una tarea que cumplir, un deber al que he de hacer frente con la máxima eficiencia posible.

Mis labios se distendieron en una sonrisa.

—Ya me figuraba que se iba a escudar en su trabajo, Forster. ¡Qué suerte que tenga usted esa arma en las manos! De no ser así le habría partido ya en dos.

Mis palabras de reto le hicieron efecto. No porque fueran sinceras, sino precisamente por su falsedad. Sabía que podía quedarse conmigo en el terreno de la dialéctica y le irritaba que en aquellas circunstancias no pudiese demostrarlo.

—Su táctica le acredita, señor Nye. Sin embargo, ¿qué otra cosa se le ofrecería hacer ahora?

Cierto. Pero Forster hablaba en realidad para sus hombres. Intentaba convencerlos. De otro modo hubiera disparado sobre mí tres minutos antes, dejando sus explicaciones para más adelante.

—Su conducta sería comprensible de ser usted un funcionario de importancia secundaria. En ese caso, claro, no se le habría ocurrido enfrentarse conmigo. Hubiera sido una ridiculez. Pero yo le había considerado un hombre de mi altura...

Hice una pausa para encender con teatrales gestos un cigarrillo.

—Nuestras carreras son semejantes. Las separa una diferencia, sin embargo. Yo he logrado una honesta fama de luchador. De usted lo único que se dice, en cambio, es que ha llegado a ser un burócrata medianamente eficaz.

Forster estaba demasiado indignado para hablar. Por supuesto, yo era terriblemente injusto con él. Se me antojaba más injusto todavía morir, no obstante.

—Posee usted muchas y buenas cualidades —añadí—. Es usted inteligente, rudo y razonablemente hábil. Por desgracia, carece del instinto del luchador personal.

—Creo que ya ha hablado bastante —manifestó Forster. —Lamento haberle dicho todo eso. Ahora bien, quizás prefiera haber oído tales palabras en mis labios antes que en los de sus superiores.

—¡Ya está bien, Nye! —chilló él, apuntándome con su arma.

—Me parece que lo mejor que puede hacer es quitarme de en medio en seguida —me apresuré a indicar—. Todavía podría decirle peores cosas.

—Usted no es más que un paranoico desbordante de fantasía —gritó Forster—. ¿Cree de veras en su reputación?

Hice un esfuerzo para recostarme en mi asiento y cruzarme de brazos. Mis resecos labios se movieron, dibujando una sonrisa desdeñosa.

—Mire, Forster... —comencé a decir—. En un encuentro personal con usted no me costaría mucho trabajo matarle, fueran cuales fueran las circunstancias de nuestra pelea, fuese cual fuese el arma elegida. Habría de empuñar usted una espada y yo un abrelatas, por ejemplo, y me desembarazaría de su ingrata persona en unos minutos tan sólo. Usted se las ha arreglado siempre de manera que sean otros los que luchen. Ha procurado cuidadosamente hurtar el cuerpo a la hora de la verdad, por si salía algún valiente que le abría la *cabeza* en dos mientras apuntaba muy nervioso su pistola o quitaba a ésta, temblando, el seguro...

Uno de los hombres de Forster fue incapaz de disimular una sonrisa. Aquello estaba bien. Y lo mejor de todo era que el jefe lo había notado.

Guesci y Karinovsky me miraban con la boca abierta. Les eché un vistazo indiferente, tornando a fijar los ojos en Forster.

—Este ganado —indiqué señalando a mis compañeros—, vale poco. Guesci es el eterno «amateur» y Karinovsky tiene poca importancia en el cuadro de conjunto. La lucha quedó entablada realmente entre usted y yo. ¿Qué opina sobre el particular, Forster?

Éste me miró fijamente. Luego, su faz se relajó, dejando de arrugar el entrecejo. Pronunció lentamente las siguientes palabras:

—Creo que está usted fanfarroneando.

—¿Yo?

—Usted, sí. En sus palabras no descubro el menor acento de sinceridad. Y ellas proclaman sus apuros, su desesperación, su angustia de hombre acosado, perdido...

—Es otra de sus suposiciones. Nunca está seguro de nada —repuse, tajante.

—Vamos a verlo ahora mismo.

Forster guardó la «Browning» en uno de sus bolsillos.

Medió uno de sus secuaces:

—Perdón, señor. Sería una imprudencia...

—¡Tú te callas! Lo que pueda haber entre Nye y yo es cosa nuestra exclusivamente. Nada ha cambiado, ¿eh? Si yo peleo con Nye y pierdo, vosotros ya sabréis qué hacer, ¿no?

El otro asintió, disgustado.

Forster se volvió hacia mí.

—Según las informaciones que figuran en su expediente, usted es un experto en lo tocante a armas antiguas. ¿Es verdad eso?

—Pruebe a ver.

—Eso pienso hacer. ¿Está usted auténticamente convencido de que sería capaz de matarme empleando para conseguirlo cualquier arma?

—Absolutamente convencido.

—Cualquier arma, he dicho. ¿Seguro?

—Puede usted elegir, sí.

Forster, según comprendí entonces, me había hecho cometer un error táctico. Deseaba matarme, desde luego, pero aspiraba a hacerlo llevándome a su terreno. La lucha proyectada se montaba para que sirviese de lección a sus hombres. Le serviría también de exhibición ante sus superiores. Forster pensaba en ella para hacer subir su papel. Alargando ansiosamente el tiempo, me había dejado llevar por mi adversario, viéndome obligado por último a aceptar de buen grado el arma que Forster propusiera.

—Le ruego que considere de nuevo ese extremo —me indicó Forster, sonriendo amigablemente.

Estaba forrando la trampa de hierro. Nadie podría acusarle jamás de haberme forzado a acomodarme a su elección.

Decidí, ya que había dado aquel mal paso, sacar el máximo partido de él.

—Se lo dije ya, Forster: cualquier arma. ¿Quiere acaso que se lo comunique por escrito?

—No será necesario. Quería estar seguro de haberle entendido bien. Me parece que dentro de esta sala podremos hallar una completa selección de armas.

Me señaló con un gesto la pared opuesta. Abandoné mi silla, acercándome a aquélla. Estaba cubierta en buena parte por sables de caballería, espadas de anchas hojas, dagas, mazos con pinchos de hierro y otros instrumentos semejantes con los que me hallaba menos familiarizado.

—¿Qué tal iría esto? —inquirió Forster.

Había señalado un cruzado juego de cimitarras, turcas o árabes, a jugar por su aspecto, de curvadas hojas.

—Bien, a mi juicio —respondí.

—Pero no todo lo bien que fuera de desear. Veamos... ¿Qué opinión le merece el cris?

Forster intentaba ver cómo reaccionaba yo ante cada arma. Así llegaría a averiguar con cuál de ellas me encontraba menos familiarizado. Podía haberse ahorrado tanta molestia... Yo no tenía acerca del manejo de las espadas, dagas y demás instrumentos cortantes, yo no tenía, digo, más conocimientos que los que adquiriera años atrás leyendo a Sabatini o viendo algunas películas de Errol Flynn.

—El cris no presenta, por lo que a mí respecta, inconvenientes —declaré.

Forster se desplazó a lo largo del muro. —He aquí dos espadas típicas de la época de las Cruzadas. Son exageradamente grandes, de difícil manejo...

—Pero resultan muy potentes en manos de un hombre hábil —subrayé.

—Es probable. ¿Ha utilizado alguna vez el mazo?

—El principio en que se basa su empleo parece estar bien a la vista.

—¿Y qué piensa de esto otro?

Miré, vacilando por una fracción de segundo...

—Conforme —dije rápidamente, intentando disimular mi error.

Pero a Forster no se le había escapado aquel detalle.

—Si usted no tiene nada que oponer, este elemento puede proporcionarnos un rato de diversión.

Había cogido un hacha de doble cabeza y muy corto mango, que aparecía atravesado por una tira de cuero.

—Vea bien esto, a ver si le gusta.

El arma en cuestión resultaba bastante desagradable incluso de aspecto. Las cabezas, gemelas, estaban curvadas hacia atrás, en forma de cerradísima media luna. Toqué las hojas de acero, observando que tenían el borde tan afilado como una navaja de afeitar.

—Fueron los vikingos quienes emplearon esa arma, desde luego —explicó Forster—. No se maneja con la misma facilidad que el sable o la espada, pero le sorprenderá su eficacia si acierta a dar con la técnica de su empleo... Los vikingos que usaban tales instrumentos no temían a los enemigos armados con sables. Coja un escudo, Nye; forma parte también del equipo.

Vacilé de nuevo. Fue inevitable... Hube de esperar a que Forster escogiera un escudo entre la docena que vi en la pared. Yo, entonces, elegí otro similar. Era redondo, reforzado con bronce. Contaba con un asa, para la mano, y una correa que se pasaba por el brazo. Se me antojó sorprendentemente ligero. Descubrí que había sido construido con cuero grueso y endurecido, sujetado posteriormente a un armazón de madera forrado con bronce.

—¿Está decidido a que probemos con estos elementos? —inquirió todavía Forster.

—Lo que usted quiera.

—Se lo advierto, ¿eh? No estoy del todo desacostumbrado a esta arma.

—No importa —repuse, sincero.

Forster se volvió hacia sus hombres.

—Ustedes no intervendrán para nada en este duelo. Si pierdo, mala suerte. En tal caso, ya saben lo que han de hacer: desembarazarse de los tres prisioneros y salir de Italia.

Se inclinó brevemente hacia mí.

—Me tiene usted a su disposición, señor Nye. —De acuerdo —contesté.

Sonreí. Otra fanfarronada para hacer creer a Forster que se había equivocado al escoger el arma. Pero había pasado ya el momento de las bravatas y contrabravatas. Forster se me acercó. Su faz era inexpresiva. Había inclinado ligeramente hacia delante su escudo, elevando la mano que sujetaba el hacha. Yo comenzaba a luchar por lo que pudiera quedarme de vida...

## Capítulo 24

NOS ESTUDIAMOS mutuamente mientras girábamos con los escudos extendidos y las hachas levantadas. Forster se desplazaba en torno a mí casi siempre, saltando como si tuviera muelles en las piernas. Se me ocurrió pensar

entonces, por vez primera en el espacio de varios minutos, que yo no era realmente el agente X, supremo maestro en el manejo de toda clase de armas, despierto cerebro, planeador de mil estratagemas, agresor astuto, en posesión de infinitos recursos. Yo sólo era William P. Nye, un tipo satisfecho y pacífico, a quien habían obligado a empuñar un hacha para ponerse delante de un individuo altísimo, enojado, fornido, de rápidos movimientos, que ansiaba por encima de todo matarme... y que probablemente se saldría con la suya.

Forster se agachó de pronto, procurando asestarme velozmente un golpe. Me alejé de él de un salto, listo para contraatacar. No se me presentó la ocasión. Mi adversario se recuperó con una rapidez increíble. El movimiento violento de la pesada hacha no había influido en su estabilidad. Había colocado el arma en posición instantáneamente, con un retorcimiento de la muñeca impresionante. Ya avanzaba hacia mí por segunda vez.

Paré dos golpes sucesivos con el escudo y asesté uno. En Seguida me di cuenta de que me había empleado demasiado a fondo en este intento, exagerando el esfuerzo. Fui incapaz de recuperarme a tiempo. El hacha de mi contrario se abatió implacable sobre el brazo que le mostré...

Me eché hacia delante en el crítico momento, alcanzando a Forster en el pecho con el brazo derecho para hacer lo posible por que errara el golpe. Él retrocedió, recobrándose magníficamente y volviendo a *avanzar*. Quedé en una posición comprometida, pero me las arreglé bien para neutralizar su acción. Sentí la vibración del golpe bajar por mi brazo cuando nuestras armas chocaron en el aire.

Comprendí que tenía perdida la pelea, justamente lo que en un principio me había figurado. Me invadió un terrible desaliento al descubrir aquella verdad. ¿Cómo iba a salir el agente X malparado en un encuentro como aquél?

Forster tornaba a aproximarse a mí, diestramente preparados escudo y hacha. Sonreía... ¿Dónde habría aprendido aquel bastardo a combatir con el hacha? Abatí mi arma sobre él. Bloqueó el golpe, apuntó sobre mi cabeza y bajó el brazo. Éste resbaló por mi escudo. Había reaccionado tarde, pero pude haber sufrido un daño más grande: su hacha me había causado una herida en el muslo izquierdo.

El dolor me inmovilizó. Vi a Karinovsky y a Guesci, muy juntos, sentados en el sofá, contemplándonos gravemente. Los tres hombres de Forster estaban al otro lado de la habitación. Habían bajado sus armas y presenciaban la extraña lucha con despreocupación y hasta alegría. De repente, quise ganar aquel encuentro. Me daba lo mismo que después sucediera una cosa u otra: yo lo que deseaba con toda mi alma era ser allí el triunfador.

Me eché hacia delante, haciéndole perder a Forster el equilibrio. Abatí varias veces el hacha igual que si hubiese tenido en las manos una paleta de matar moscas. Forster retrocedió, bloqueando un golpe sobre la cabeza, la cintura, el hombro, la cabeza de nuevo... El hacha de mi enemigo interceptaba inevitablemente siempre el desplazamiento de mi brazo. Luego, disparó el suyo como un boxeador en dirección a mi axila derecha, al descubierto momentáneamente.

Todo intento de bloqueamiento tenía que fallar aquí. Opté por quitarme de en medio y escapé con una larga herida a la altura de mis costillas. Separados, comenzamos de nuevo a dar vueltas por la habitación.

Hasta ahora la cosa no marchaba muy bien para mí. Me veía acorralado por mi adversario y yo parecía incapaz de librarme de su asedio. Ya era malo que él tuviese en las manos un hacha; peor resultaba aún que conociera los secretos de su eficiente manejo.

Forster se agachaba, se erguía sin cesar. Yo giraba con él. Mi respiración se había convertido en un ronco rumor. Hasta el peso del arma me molestaba. Eran



dos quilos y medio o tres de acero que se me antojaban cinco o seis. Me dolía la espalda; empezaba a sentir una gran rigidez en la pierna izquierda.

Forster me atacó súbitamente, arañando mi escudo. Después repitió el movimiento en sentido inverso. Pasé a la ofensiva y entonces hubiera podido herirle de haber tenido fuerza suficiente en el brazo para ello. Yo iba aprendiendo, pero no con la rapidez necesaria para sacar el indispensable partido de la iniciación a aquel estilo de lucha. Intercambiamos algunos golpes y él me produjo un rasguño en un costado antes de que nos separáramos.

Seguía empeñado en vencer, pero sabía que no lograría mi propósito. Por el camino que seguía, decididamente, no iba a ninguna parte. Forster me haría trizas sin muchos esfuerzos. Se trataba de una amenaza de derrota que el agente X no podía tolerar. El agente X sólo tenía un lema: vencer. Los medios a emplear eran lo de menos. No había por qué distinguir entre lo justo y lo injusto. Lo único que interesaba era triunfar.

Yo no tenía otro problema que el de alcanzar el objetivo propuesto.

Me pareció que era el propio Forster con su actitud quien me deparaba la única oportunidad. De haber querido matarme, simplemente, sin más, habría podido hacerlo con anterioridad a aquella situación. Evidentemente, no le apetecía asistir a un fin normal; deseaba llegar al mismo lentamente. Era preciso que yo le diera una satisfacción; era necesario que Forster viese convertido en realidad su deseo de actuar de una manera impresionante.

Se abalanzó sobre mí una vez más y yo retrocedí apresuradamente. Acababa de hacer mi composición de lugar. Forster quiso alcanzarme con una serie de rapidísimos golpes y yo continué retirándome, retirándome... Hasta que tropecé con algo, cayendo al suelo.

Nada más tocar éste, me cubrí con el escudo. Mis piernas se hallaban expuestas a un golpe fatal. Pero Forster se echó a reír, tocándome suavemente en un tobillo.

—Levántese, señor Nye —me dijo—. Me lo ha puesto todo demasiado fácil.

Entonces retrocedió unos pasos, un movimiento que yo había previsto.

Me incorporé lentamente, sacando mi muñeca de la tira de cuero. De pronto ataqué, buscando la cabeza de mi contrario. Automáticamente, él levantó el escudo, dejando sin protección pecho y vientre. Bandeé el hacha con las fuerzas de que pude hacer acopio, soltando aquélla con precisión en el momento crítico.

Forster adivinó inmediatamente mi intención. Con un movimiento reflejo perfecto desplazó el escudo, situándolo donde le correspondía estar. Su magnífica reacción contrastaba con el claro fallo de mi golpe. Había soltado el hacha en el momento preciso, pero, desgraciadamente, el dedo pulgar se me había enganchado por un instante en la tira de cuero, desviando el disparo.

El hombre que tenía enfrente se había movido para anular mi destreza, no mi torpe asalto. Estaba descuidado cuando mi hacha rebotó en el suelo, a medio metro de él, elevándose como una ondulante cobra al atacar para situarse detrás de su elemento protector.

Comprendió el peligro a que se hallaba expuesto en la última fracción de segundo y bajó rápidamente el escudo. Oí un fuerte golpe cuando el borde de aquél tocó el hacha. Me vi perdido...

Forster se irguió, sonriendo. Luego, el escudo cayó al suelo y yo descubrí el hacha, enterrada hasta el puño en su pecho. No había obrado con la rapidez necesaria para reducir a nada mi desviado tiro. Había conseguido tocar la empuñadura de la terrible arma, pero el acero se hundió irremediabilmente en su carne.

Con una petrificada sonrisa, se derrumbó. Y entonces empezó un «baile» más que regular en aquella habitación.

## Capítulo 25

HABÍA ESTADO considerando exclusivamente mis personales acciones. No se me ocurrió pensar que Guesci y Karinovsky podían haber estado aguardando una oportunidad para intervenir. No; no se hallaban descuidados en los últimos instantes de mi pelea con Forster. Y cuando el hacha quedó sepultada en el pecho de mi enemigo, ambos comenzaron a actuar.

Guesci corrió en dirección al muro cubierto de armas y Karinovsky se desplazó en el sentido opuesto, camino de la mesa que había junto a la chimenea. Seguidamente, empezaron a arrojar sables, botellas de ginebra, mazas, frascos con olivas, cimitarras, cocteleras y otros objetos diversos, sorprendiendo a los secuaces de Forster desde sus respectivas y separadas posiciones.

Karinovsky me dio una voz:

—¡Apodérese de su pistola!

Me lancé alocadamente sobre el cadáver de mi adversario, registrando a toda prisa sus bolsillos. Nuestros enemigos disparaban sin orden ni concierto. Por fin me hice con el arma, repeliendo la agresión. Utilicé el cuerpo de Forster a modo de parapeto y en aquél quedaron sepultadas algunas balas.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Karinovsky.

Le vi en el momento de levantar una pesada mesa de café, que lanzó al otro lado de la habitación. Guesci se había agazapado detrás del sofá. Me incorporé para agacharme, arrojándome sobre aquel improvisado refugio, donde caí de espaldas. Estaba ya fuera del alcance de las balas, relativamente.

Éramos, pues, tres hombres allí y sólo contábamos con una pistola. Quedaban unas nueve balas en la recámara de la «Browning». Con todo, de haberse decidido los hombres de Forster a atacarnos, la cosa hubiera quedado liquidada en cuestión de unos minutos. Habían preferido, sin embargo, ocultarse tras las macizos muebles del refugio. Vacilaban ahora, hablaban entre sí, discutiendo la conveniencia de efectuar una carga contra nosotros en regla.

La batalla había llegado a un punto muerto. Esto no valía lo que una victoria, pero era mucho mejor que ser un cadáver. Los hombres de Forster se hallaban a unos seis metros de nosotros, escondidos tras una muralla de sillas y mesas. El ventanal de la gran sala se encontraba situado a sus espaldas; nosotros estábamos entre el sofá y la chimenea. La única puerta la teníamos a nuestra derecha. Situada en «zona batida», era imposible su utilización por uno y otro bando.

—¿Qué les parece que hagamos ahora? —preguntó Guesci. Yo conocía la respuesta adecuada a tal pregunta:

—Esperar.

—¿Habrán oído los disparos en la aldea? —inquirió Karinovsky.

Guesci se encogió de hombros.

—Es lo más probable. Ahora bien, fuera de la temporada del esquí, en estas poblaciones no suele haber más de un policía.

—Uno es mejor siempre que ninguno —comenté—. Quizás se decida a ayudarnos.

—¿Corriendo así el peligro de que le maten? —preguntó Guesci, irónico—. No piense usted en eso siquiera. Todo lo que hará, si es que hace algo, será ponerse en contacto con las autoridades de Belluno, que se encuentra a noventa kilómetros de aquí. Es posible que entonces esa gente envíe varios policías, los cuales utilizarán el tren para trasladarse.

Oímos los susurros de los hombres de Forster, al otro lado de la habitación. Seguían cambiando impresiones, como nosotros.

—Puede que los que esperan en Villa Santini se decidan a dar un vistazo por estos parajes.

—Seguro que lo harán —opinó Karinovsky—. Sin embargo, ¿hasta cuándo podremos continuar aquí?

Los susurros habían cesado. Oímos unos ruidos. Estaban cambiando de posición una de las mesas del parapeto. Miré rápidamente hacia la derecha del sofá.

—Se mueven —dije.

Karinovsky asintió.

—Las barricadas móviles constituyen un invento bélico antiquísimo —explicó—. Datan de la época en que se fundaron las ciudades estado griegas, por lo menos.

—¿Cómo hacer frente a esa amenaza?

—La defensa clásica consiste en arrojar sobre los atacantes aceite hirviendo y plomo derretido.

—Habremos de recurrir a otros procedimientos —declaré—. Guesci, colóquese en el otro extremo del sofá. Esté preparado.

La barricada enemiga se encontraba a tres metros de distancia de nosotros. Disparé sobre la mesa más a mano. A aquel alcance, la bala de nueve milímetros perforó la madera y la mesa dejó de moverse. Las pistolas de nuestros adversarios comenzaron a funcionar... Me agaché, desplazándome a un lado para ofrecerle mi pistola a Guesci.

—Un disparo —susurré.

Asomóse, haciendo fuego. Parte de la barricada se detuvo frente a él. Me devolvió el arma. Se me ocurrió de pronto una idea.

—¡Por ahí, por ahí, Guesci! —grité—. ¡Dispara, dispara!

Seguidamente, me puse en pie.

A aquella distancia podía ver a nuestros atacantes boca abajo, detrás de las mesas. Disparé tres veces y escuché un grito de dolor. Torné a agazaparme detrás del sofá.

Las barricadas habían dejado de ser móviles. Los secuaces de Forster celebraban otra conferencia. Karinovsky anunció:

—Esta vez se lanzarán en tromba sobre nosotros.

—Quizás no procedan así. Esa decisión entraña un grave peligro.

—No se les ofrece otra alternativa —puntualizó Karinovsky—, que la de prolongar la tregua indefinidamente, episodio que terminaría con su arresto. En vista de ello, optarán por atacarnos aunque sea a la desesperada.

—Creo que tiene usted razón —contesté—. Vale más que nos adelantemos a esos hombres a la hora de pasar a la acción —entregué la pistola a Karinovsky—. Acérquese a mí, Guesci.

Nos separamos arrastrándonos del sofá para encaminarnos hacia la chimenea. Guesci me seguía. Su expresión era de duda... Me despojé de la chaqueta, doblándola. El italiano me imitó. Procurábamos protegernos las manos con nuestras prendas al comenzar a sacar ramas del fuego. Sufrimos algunas quemaduras, pero pronto dispusimos de una docena de flameantes antorchas frente a nosotros. Karinovsky había intercambiado unos tiros con los individuos parapetados.

—Muy bien —dije—. Ahora, Guesci, hay que intentar alcanzar con el fuego cuanto le parezca combustible: manteles, cojines, tapetes, etcétera.

Todo humeaba ya y los hombres de Forster retrocedieron apresuradamente. Arrancaron las cortinas del ventanal, utilizándolas para apagar algunos fuegos aislados.

Yo había estado esperando aquella oportunidad. Cogí unas tenazas que vi entre los hierros de la chimenea y las lancé con fuerza contra los cristales de la ventana, dando en los del centro. Noté en seguida cómo penetraba en la habitación el fresco vientecillo de la montaña. El fuego acusó también su llegada: una alfombra comenzó a sisear y a crujir y varios humeantes objetos a los pocos instantes empezaron a ser pasto de las llamas.

Seguimos arrojando leños y ramas ardiendo en todos los sentidos. Mientras tanto, Karinovsky mantenía a nuestros enemigos ocupados. Pronto se corrió el fuego a los muebles, muy barnizados. Aquello tomaba ya las proporciones de un incendio. Los hombres de Forster habían llegado a una situación comprometida. No se puede apagar un incendio cuando se está librando una batalla bajo la amenaza también de las llamas de un fuego voraz.

Dos hombres salieron corriendo hacia la puerta... Karinovsky hirió al primero en un brazo y mató al segundo. Nuestro tercer enemigo se decidió por lanzarse por la ventana. Desgraciadamente para él, no calculó bien la altura, quedándose colgado sobre el antepecho, dando gritos, con un puñado de aguzados vidrios clavados en el vientre. Sus cabellos, por si esto fuera poco, comenzaron a arder. Karinovsky le obsequió con lo que quedaba en el cargador de la pistola.

Había llegado el momento de salir de allí. Quizás habíamos apurado demasiado la cosa. Karinovsky había llegado al límite máximo de sus resistencia. Antes de alcanzar la puerta se derrumbó pesadamente. Intenté levantarlo, pero no pude. Con la mano izquierda no podía hacer nada. Fue entonces cuando descubrí que en el transcurso de la lucha una bala me había atravesado limpiamente la muñeca.

Guesci se agachó, echándose a Karinovsky sobre los hombros. Reanudamos nuestro camino hacia la puerta. La habitación se había llenado de humo. Éste nos cegaba y tropezamos con una de las paredes. Nos deslizamos a tientas a lo largo de ella. Experimenté la angustiada impresión de que nos movíamos en el interior de un armario. No cesaba de hacer recomendaciones a Guesci para salir de allí, aunque yo mismo no sabía a qué atenerme. Anduvimos así un buen rato. Debimos de dar más de tres vueltas a la habitación...

Luego, la pierna izquierda se negó a sostenerme y caí. No lograba ponerme en pie. Guesci se detuvo.

—¡Siga, siga andando! —le grité.

No podía *avanzar* más. El hombre se arrodilló, dejando a Karinovsky en el suelo, junto a mí.

¡Maldito fuego!

Pensé en él durante unos minutos. Después abrí los ojos, mirando a mi alrededor. Estaba tendido sobre un lecho de húmedas hierbas. El refugio, a mi

espalda, a unos quince metros de distancia, era pasto de las llamas. Quise preguntar a Guesci cómo habíamos logrado salir de él y si Karinovsky vivía aún. Me faltaron fuerzas para tamaña empresa...

Unos segundos más tarde —eso me pareció a mí—, éramos rodeados por un nutrido grupo de aldeanos. Había entre ellos un solo policía, que nos contemplaba con un curioso aire de azoramiento, y varios americanos. Reconocí a mi viejo amigo George. Y a mi jefe, el coronel Baker.

—¡Nye! —dijo el último—. ¿Se siente usted bien? Nos presentamos aquí con la mayor celeridad posible. Al principio, cuando recibimos el mensaje de Guesci, nos imaginamos, pensé...

Le contesté «n un tono de voz tan claro como brusco: —Lo que usted haya podido pensar, coronel, no me interesa. Lo que sí me interesa, en cambio, son sus acciones, que he encontrado deplorablemente ineficaces.

Me complació ver a Baker avergonzado. Me quedaban unas cuantas cosas más por decir, pero no se me presentó la oportunidad necesaria. Y es que en aquel instante, precisamente, perdí el conocimiento.

## Capítulo 26

CUANDO VOLVÍ en mí de aquel desmayo me encontré instalado en un cómodo lecho, dentro de una habitación desde cuya ventana se divisaban los Alpes. Pero no se trataba de los Dolomitas, sino de los Cárnicos, según me hizo saber la simpática enfermera que me atendía, una mujer de mediana edad. Me hallaba en Austria, en la ciudad de Kotschach. Llevaba vendajes por todas partes.

Al marcharse la enfermera entró en el cuarto el coronel Baker, quien se encargó de ponerme al corriente de los últimos acontecimientos.

Encontrándose el refugio en que nos recibiera Forster todavía en llamas, él y sus hombres nos habían metido apresuradamente en un coche para cruzar cuanto antes la frontera. No hubo otra solución. Las autoridades italianas y los representantes de la prensa habían comenzado a formular preguntas indiscretas. Obtendrían, desde luego, las correspondientes respuestas... Lo que nadie garantizaba era que fuesen sinceras. Se pretendía sólo que resultasen razonables.

Durante sus dispares y peligrosas actividades, la herida del hombro de Karinovsky se había infectado. Habría de pasar todavía una semana en un hospital, pero quedaría perfectamente; lo suyo no tendría mayores consecuencias.

Guesci padecía una profunda depresión de tipo nervioso. Nada en definitiva que no pudiera curar una estancia en la Riviera de varias semanas o meses.

Los dos habían relatado a Baker los detalles de nuestra aventura. Al llegar aquí, el coronel tosió, desasosegado, aclarándose la garganta.

—Con franqueza —dijo—: de no haber sido por lo que ellos me han contado, yo no habría dado crédito a sus hazañas. Bueno, no es mi propósito ofenderle, Nye... Es que tienen mucho de inverosímiles. Sorprende lo de la expedición submarina, el hidroplano, el avión, el duelo con las hachas de batalla... De un agente secreto no se esperan casi nunca tales cosas.

—Claro que en este caso se trata del agente X, amigo mío... —le recordé.

—Sí. Tiene usted razón —el coronel frunció el ceño, apretó los labios y se rascó la mejilla con el dedo índice, añadiendo—: Quería hablarle de eso. En fin de cuentas, el agente X fue un producto de nuestra invención. Pero ocurre ahora que yo sé muy poco acerca de su persona. Ignoro, por ejemplo, lo que estuvo usted

haciendo durante los años comprendidos entre su salida del colegio y la fecha de su encuentro con George en París.

Me miró esperanzado. Yo sonreí, sin decir nada.

—Supongo que no le importará referirme sus andanzas por entonces —apuntó Baker.

—Prefiero no volver sobre mi pasado —respondí—. Ahora bien, me desagrada que se refiera usted a mí como un «producto de su invención». Yo me juzgo a mí mismo su descubrimiento. —Sí, desde luego —manifestó Baker—. Ya me figuré que se expresaría en esos términos.

El coronel movió los dedos, tabaleando, sobre el borde del lecho. No sentía la menor compasión por aquel hombre. Aquel «Padre de las Mentiras» de poca monta había estado dedicado muchos años a tejer osados embustes a fin de hacer caer en sus redes a los incautos, igual que la araña aguarda el instante de cazar a la mosca. Ahora, el ilusionista se veía enredado en su propia maraña. La mentira se había vuelto contra quien la utilizara constantemente como arma.

—Me preocupa la posibilidad de que usted no haya sido nunca lo que ha parecido ser —declaró el coronel—. Quizás haya sido, y sea todavía, un agente secreto de considerable experiencia, introducido en el plan por un organismo distinto del gobierno americano...

—¿Por qué había de obrar así esa supuesta organización?

—Para espiarnos —contestó Baker, molesto—. Hay centros que jamás estuvieron dispuestos a aceptar nuestra autonomía.

—La cosa se me antoja un poco traída por los pelos —opiné.

—Tal vez. Pero eso es lo que ocurre con todos los detalles del presente caso. ¿No quiere usted ayudarnos a aclarar la situación?

—Yo no tengo nada que ocultar. Por tal motivo, nada tengo tampoco que decir.

—Bien. Quizás sea esto inevitable —declaró Baker—. Nuestro plato de todos los días en el seno del servicio secreto es la incertidumbre. La operación ha tenido un final satisfactorio. Usted, Nye, ha actuado brillantemente y debo felicitarle. El aprecio que me inspira tendrá, desde luego, formas más... tangibles.

—Es usted muy amable, señor.

—Creo que ha llegado ya el momento de que nos ocupemos de su futuro —indicó el coronel.

—¿De mi futuro? —Naturalmente. Mi misión no se reduce exclusivamente a hacerme de buenas herramientas; he de utilizarlas siempre que hagan falta. Me gustaría poder seguir contando con su colaboración, Nye. Me agradecería mucho que se pusiese a trabajar a fondo para nosotros.

Me tomé unos minutos antes de contestar. Pensé en Mavis, quien en aquellos momentos me estaría esperando en París. Pensé en el proceso de reanudación de mi vida, tal como había sido antes. La aventura había terminado, tanto si el coronel lo sabía como si no. El agente X había hecho su juego y no tenía por qué volver a empezar. Había llegado el instante de que aquél se esfumara graciosamente para que William P. Nye volviese a la vida.

Y, sin embargo, esta razonable solución no me satisfacía. Al igual que muchos de mis compatriotas, yo soy tímido, cordial con los amigos, idealista y me siento un mucho provinciano. Participo de nuestra preocupación nacional ante el peligro exótico. Nunca se hallan muy lejos de mis reflexiones las tierras remotas y las mujeres misteriosas. Exteriormente, soy un hombre como tantos. No obstante,

es frecuente que paseando por las vulgares calles de mi población natal escuche el rumor de las olas al estrellarse contra un arrecife de coral o que me vea a mí mismo perdido por las vías inundadas por matas silvestres de un centro que perteneció a una civilización desaparecida para siempre.

Soslayamos muy a menudo nuestros verdaderos móviles, sustituyéndolos por determinados apremios. Yo había elegido el dinero de Baker. Había sido eso mi excusa ante el mundo cotidiano. Aceptándolo, me convencí de que hacía una cosa absurda por una razón práctica. La vida me resultaba más llevadera conservando aquel sueño infantil de la ciudad invadida por las aguas...

Pero ahora el juego había terminado. La realidad, por desagradable que sea, es mejor que la ilusión. Mi declaración y a la vez cortina de camuflaje fue breve. — Lo siento, coronel. Simplemente: no es posible... No puedo aceptar su propuesta.

—Piense en ella tomándose un poco de tiempo —señaló el coronel—. No es necesario que tome su decisión ahora mismo. Habrá de descansar una temporada, a fin de recuperarse. Y no surgirán dificultades sobre la cuestión del pago.

Sonreí entristecido, moviendo la cabeza.

—Piense también —agregó Baker—, que le necesitamos muy de veras.

—Muy amable —repuse—. Supongo, pese a todo, que contarán con otros agentes.

—Ninguno de ellos es adecuado para esta particular operación. Tenga en cuenta que las Célebes no han estado nunca dentro de nuestra zona de operaciones, aunque en cierta ocasión tuvimos un hombre estacionado en las Islas de la Sonda.

—Hum —dije por toda respuesta, frunciendo el ceño, pensativo, intentando recordar dónde paraban las islas mencionadas.

—El hombre a que me refiero murió —prosiguió diciendo el coronel—, y nuestro delegado de Sumatra desapareció la semana pasada en la ciudad de Samarinda, al este de Borneo. Logró hacer pasar un mensaje con la colaboración del capitán de un junco de Hong Kong, quien lo llevó a nuestro puesto del archipiélago Sulú.

—Sí, sí, ya comprendo —manifesté, sin entender nada, pero advirtiendo que se me presentaba una nueva tentación.

No había estado nunca en Oriente. Como única experiencia relativa al misterioso Este podía citar varias noches pasadas en las tortuosas calles del barrio chino neoyorquino. Y, desde luego, había visto muchas películas y leído innumerables libros...

Torné a poner los pies en el suelo con algún esfuerzo.

—Me parece que va usted muy lejos y demasiado de prisa, señor —declaré—. ¿Por qué motivo necesitan concretamente de mis servicios? —No tenemos ningún otro agente que hable con fluidez *tagalo* y *yunnanés* —replicó el coronel.

Le miré con fijeza. ¿Quién diablos había deslizado tales datos en mi ficha? ¿A dónde me llevaba mi mentira? Realmente... ¿podía estar seguro de que era una mentira? ¿No sería yo, de veras, el agente X, víctima de un momentáneo ataque de amnesia? Esto parecía tan razonable como la forzada noción de que yo era en realidad William Nye.

—Nos vale usted también —dijo Baker—, por ser capaz de tripular un *prau*.

Asentí mecánicamente. Luego, con gran firmeza, declaré:

—¡No! ¡No puedo hacerlo! ¡Y mi decisión es irrevocable!

—Piense en ello —insistió el coronel Baker.

Abandonó la habitación entonces, satisfecho por el daño que acababa de causar. Me recosté en la almohada, recomendándome a mí mismo la máxima sensatez. Pero sentíame ya víctima del hechizo del Este, rogándome que regresara a sus mares, bañados por la centelleante luz del sol, a sus indolentes ciudades, a sus aldeas, en cuyo seno, periódicamente, la fatiga espiritual se convierte en irrazonable pasión. Aspiré de nuevo el perfume de las empalagosas especias, el olor fuerte del petróleo y el carbón; vi otra vez la podredumbre que invadía ciertos oscuros medios, arruinando a los hombres y destrozando sus ideas...

¿Por qué, en fin de cuentas, había de vivir yo en perpetuo contacto con la realidad? ¿Pues no era la ilusión una envoltura perfectamente adecuada a mi temperamento?

**FIN**